



COLORES Y FORMAS
para un poeta

Homenaje a Carlos Clementson

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA



Homenaje a Carlos Clementson

Universidad de Córdoba
Vicerrectorado de Estudiantes y Cultura. Delegación de Cultura. UCOCultura
Delegación Territorial en Córdoba de la Consejería de Cultura y Deporte de la Junta de Andalucía

Comisario de la exposición / Coordinación y documentación técnica del catálogo

Miguel Clementson Lope

Textos

Carlos Clementson, Miguel Clementson Lope, Bernd Dietz y Carmelo Casaño

© De la presente edición: UCOPress / Comité organizador del homenaje de la ciudad de Córdoba:

“Carlos Clementson, una pleamar que no cesa”

© De los textos: sus autores

© De las fotografías: F. Sánchez Moreno

M. Clementson Lope

Rafael Martorell

M.^a Concepción Martín Álvarez

Diseño Gráfico / Maquetación

Delegación Territorial en Córdoba de la Consejería de Cultura y Deporte de la Junta de Andalucía

Sonia Peinado – UCOCultura (Universidad de Córdoba)

Edición fotográfica

Sonia Peinado, Rafael Martorell y F. Sánchez Moreno

Montaje exposición

Rafael Martorell

Especial gratitud y reconocimiento a:

Real Academia de Córdoba, Excmo. Ayuntamiento de Villa del Río (Córdoba), Rafael Cerdá, Juan Muñoz González, Carlos y Daniel López-Obrero, Federico Castro Morales, M.^a Dolores y Luis Ortiz García, Familia Clementson Domínguez, Juan Roberto Gillman Mellado, José M.^a Cabello de Alba Portero, Familia Jiménez Arévalo, Congregación “Hijas del Patrocinio de María”, de Córdoba, José F. Rodríguez Escobar, Escuela de Arte y Superior de Diseño *Mateo Inurria* (CFGS de *Técnicas Escultóricas en Madera y Piel*, y CFGS de *Fotografía*).

Portada y contraportada

Antonio Bujalance, *Vista de Córdoba*, 2000, óleo / lienzo, 200 x 200 cm y *Retrato de Carlos Clementson*, 1987, tinta / papel

Impresión

MG Marketing & Graphics Solutions –Villa del Río (Córdoba)

21 x 26 cm, 152 pp.

THEMA: DCF

ISBN: 978-84-9927-950-3

eISBN: 978-84-9927-951-0

DOI: <https://doi.org/10.21071/000099>

DL.: CO 55-2026



Esta publicación se encuentra bajo una licencia internacional Creative Commons BY-NC-SA 4.0. Puede copiar, distribuir, adaptar y crear obras derivadas de este contenido, siempre y cuando le atribuya la autoría original y no utilice esta obra con fines comerciales. Las obras derivadas también deben estar bajo una licencia similar.

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA

Homenaje a Carlos Clementson

Edición al cuidado de Miguel Clementson Lope





Ensoñación en la playa de La Cola, Águilas (Murcia),
foto: M. Clementson

CLEMENTSON Y EL ARTE

Bernd Dietz

Ut pictura poesis, naturalmente. Quien pretenda apuntar algo feliz sobre el solapamiento entre el poeta y el artista plástico, a estas alturas, arrostra un serio riesgo de soltar una tontería. Igual que no existe progreso en inteligencia cognitiva de Simónides de Ceos a Santo Tomás de Aquino, pasando por Aristóteles, al abordar los vericuetos de la belleza y de la mimesis, conviene recordar que la simbiosis entre el primor percibido y la vocación de preservarlo mediante esa labor que conjuga *téchne* y *frónesis* se remonta al pasado más remoto de la raza. Así que las diferentes artes no pueden sino convivir problemáticamente hermanadas, como en el *Laocoonte* de Gotthold Ephraim Lessing.

No hace falta evocar a William Blake o Dante Gabriel Rossetti, tan diestros en un oficio como en otro, o pensar en la pericia desigual, aunque digna de admiración y estudio, en personajes como Bécquer, Alberti o Gaya. Es obvio que las artes espaciales y las artes temporales se abrazan y entrecruzan, porque lo raro sería no discernir que hay volumen en la poesía o la música, lo mismo que ritmo y cadencia en la pintura o la escultura. Dicha fusión de propósitos y funciones que tantísimo goce proporcionara, durante milenios, a nuestros antepasados se ha mantenido incluso en el último siglo o así, por desgracia tan proclive a la demolición, el nihilismo y la fealdad, por aquello del antiarte igualador y colectivizante.

La obra de cualquier poeta en serio (lo cual excluye al adanista iletrado, tan frecuente en esta *andywarholería* del egocentrismo identitario) refleja su diálogo particular con la tradición: los autores que le han insuflado el aliento primigenio, sus héroes privativos, los precursores y coetáneos que conforman su comunidad de elección. La desbordante obra poética de Carlos Clementson describe y elucida, por tanto, su singladura biográfica como lector, como descubridor de prodigios y degustador de maravillas. Para bien y para mal, las palabras no menos que los silencios de su radio de acción retratan filiaciones, prioridades, rechazos, vocaciones. Con el ámbito iconográfico, y más exactamente con las artes plásticas, ocurre tres cuartos de lo mismo.

La presente exposición supone tan solo una muestra parcial, una selección basada en lo factible y contingente, fruto de la magia perspicaz de Miguel Clementson Lope. Pero ha sido configurada con toda intención y fundamento. En ella se incluyen obras a todas luces relevantes para la peripecia de nuestro escritor, por razones ecrásticas, personales, simbólicas, inspiradoras y espirituales. En vista de la obligación de acotar, sintetizar y limitarse a unos cuantos trazos, encontramos una muestra de composiciones que, sin agotar la indagación, suministran pistas tanto acerca del orbe del escritor como sobre los avatares de su tiempo.



El joven Carlos Clementson en La Cola (Águilas, Murcia), h. 1956, foto: Julio Clementson Arderius

De ahí que nos tropecemos con lo clásico y con lo moderno, con los ecos de la plenitud grecolatina y mediterránea a la par que con el desasosiego del creador contemporáneo, con el quebrantamiento de los moldes y la observancia de las lealtades más sagradas. Como maestro del verso, Carlos ha hecho de la celebración vital y el servicio a la belleza el eje de su empeño, el epicentro de su residencia en la tierra. Entre las venerables ruinas arquitectónicas plasmadas por

José Garnelo o la bellísima fotografía del pionero Gustavo Gillman, de una parte, y la provocadora máquina de escribir de Rafael Martorell, más próxima al lirismo de una instalación de Joan Brossa que a la ordinariez del urinario de Duchamp, palpitan una panoplia de posibilidades estéticas e interpretativas, un hontanar de talentos, destinados a hacernos pensar, sentir, calibrar y seguir buscando lo mejor dentro de nosotros mismos.

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA

Homenaje a Carlos Clementson

Miguel Clementson Lope

Como en las más consistentes sagas literarias, tal y como si de una película de la época dorada del cine se tratara, el transitar de las décadas en la biografía de Carlos Clementson tiene ese sedimento perfumado que suele acompañar el destello de los seres tocados por el singular distintivo de la significación personal. Como en los mitos, el punto de partida es contrario y desfavorable al disponer el destino que su venida al mundo fuese simultánea al inexorable fallecimiento de su madre, si bien dos nuevas vidas –la del propio Carlos y la de su hermano mellizo, Enrique– afloraron a la par que la fundamental presencia maternal se disipaba en su carnalidad para siempre entre las sombras, quedando así convertida en evocación perpetua para estas otras nacientes criaturas. Y no obstante, será su propia abuela paterna, María de la Alegría, quien tras haberse ocupado de la crianza de sus propios hijos –Carlos, Ángeles y Julio– y ya a una edad avanzada, rehabilitará ahora de nuevo esos precisos cuidados maternos, sacando fuerzas renovadas de un agotamiento acentuado por las ventiscas contrarias que depararon los trágicos e inciertos años de la guerra y los duros tiempos de la posterior posguerra, para ocuparse de nuevas crianzas que, cuatro años más tarde se verían incrementadas con el nacimiento de un nuevo nieto, José Carlos, único vástago de su propia hija Ángeles, quien quedó igualmente huérfano de madre en el trance del alumbramiento.

También constituyó un referente educativo en la formación del joven Carlos su propio abuelo Alejandro, hijo de un ciudadano inglés asentado en Cartagena, y la de su propio padrino Carew Martin Ashley Cooper, descendiente del Conde de Shaftesbury, establecido a su vez en Lorca y casado con su tía-abuela María Dolores Arderius, hermana de su abuela Alegría, de tal manera que un consecuente estoicismo vital, el apasionamiento por el mundo griego y por el clasicismo en general, y esos aires marinos que siempre han formado parte de la cultura y la insularidad británicas quedaron invariablemente engastados en el orbe referencial del poeta para el posterior desarrollo de toda su obra.

* * *

Por todos es conocida la nuclear dedicación de Carlos Clementson a la lírica, su condición de poeta. Igualmente ha sido reconocida su labor como comprometido profesor de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, en la que ha ejercido como tal durante más de cuarenta años. En cambio, no se conoce tanto otro medular ofrecimiento de Carlos, al que se ha aplicado con auténtico interés y gran apasionamiento a lo largo de su vida: la crítica de arte. Y es que Carlos, a una fina valoración

estética suma en todo momento su consustancial sentido lírico, lo que convierte su glosa artística en pura creación literaria. En esta tarea muchos han sido los artistas que han tenido la fortuna de hacerse merecedores de uno de sus poemas. De esta convivencia permanente y continuada con los artistas durante su transitar vivencial surgió años atrás el libro *El color y la forma* (1996), en el que recogió un amplio compendio de poemas de fundamentación artística.

El presente proyecto reúne obras pictóricas y escultóricas en las que se efigia el orbe literario de este significado poeta contemporáneo, así como el propio dominio de la pura creación literaria representado aquí por adicionales consideraciones plásticas hacia alguno de sus autores referenciales, de tal manera que en el ámbito expositivo conviven –a modo de recíproco homenaje– quienes se hicieron merecedores de sus versos –mediante la disposición de una amplia selección de trabajos– con las imágenes literarias suscitadas en su día a través de aquellas perdurables *ficciones* grabadas por Clementson sobre papel, que se funden así, en este común perímetro espacial, con las correspondientes efigies pictóricas y escultóricas de otros tantos creadores plásticos de nuestro tiempo. Con este propósito medio centenar de artistas rinden tributo de homenaje con sus luces y sus sombras, su color y su plástica al dominio de esta otra creación hermana que es la actividad literaria.

Como ha llegado a reconocer el propio Carlos, manifiesta sentirse un «poeta-pintor», al menos a través de la palabra; para sentenciar al cabo: «La llamada de las letras me distanció de la práctica de la pintura... pero siempre me quedó la nostalgia del color y la forma».

«La poesía, como la pintura...», versos convertidos en color, bidimensionados sobre la plana superficie del papel o del lienzo –o ficciones que fueron recreadas para la palabra mediante la escritura que dio en su día fundamento a la creación literaria–, y que ahora emergen transcritos a través de la forma o por medio de rutilantes coloraciones, para ser contemplados y gozados por el espectador... artistas al cabo que se dan la mano y caminan a la par en esta otra ficción compartida en que aquí y ahora pretendemos que cohabiten.

Poemas que fueron surgiendo –como el propio Carlos reconoce– «... en la serenidad de los claustros de la Facultad de Letras, y en la íntima y refrescante belleza de sus patios, donde he escrito tantos poemas y he traducido a muchos autores, favorecido por el silencio y la histórica atmósfera de este edificio entre medieval y dieciochesco, hoy día en que el silencio casi se nos ha convertido en un lujo».

Y es que, como acertadamente argumenta el pintor Juan Cantabrana, «la prosa poética de Carlos está construida como una obra plástica; es una verdadera *pintura* donde la pluma hace las veces de pincel... y va plasmando zonas cromáticas estructuradas sobre sus pensamientos (algo así como si viviera las mismas sensaciones que el pintor ante *el natural* durante la ejecución del cuadro), pues detenta la facultad misteriosa de posicionar su espíritu en el mismo punto de vista que el artista plástico».

Carlos ha sabido reconocer desde siempre aspectos fundamentales para entender el por qué de esa atracción, las razones de esa intuitiva fascinación por las artes plásticas en general y, en especial, por la escultura. En un texto inserto en el catálogo de la exposición «IMAGO TRANS SPECULUM –AUTORRETRATOS», organizada por la



Excursión familiar a Cabo Cope (Águilas), h. 1954, foto: Julio Clementson Arderius

Real Academia de Córdoba en 2023, de título «Mis amigos los pintores (evocaciones cordobesas de un amante del Arte)», confiesa el poeta fragmentos biográficos en los que reiteradamente aflora y queda manifiesta esta congénita propensión, la insoslayable seducción que en distintos momentos de su transitar vivencial va reafirmando con respecto a complacientes tareas elaboradas con lápices de colores y acuarelas; su temprano apasionamiento por la arqueología; la huella indeleble que dejó en su formación la gran escalinata barroca del Colegio de la Inmaculada, en la cordobesa Plaza de la Compañía, que desde siempre vino a constituir para él «una gran metáfora arquitectónica de la poesía de Góngora»; el rotundo pórtico hexástilo, dotado de poderosas columnas de orden gigante de la iglesia del Colegio de Santa Victoria, de estilo barroco-clasicista pero casi emparentado con el purismo de lo bramantesco... una permanente lección de clasicismo y un fecundo y concluyente

testimonio de la romanidad de la ciudad de Córdoba. Más adelante, en la época del pre-universitario Carlos se sintió atraído por el expresionismo abstracto y por la música de jazz. Y no obstante, como confirma el propio poeta, trasvasada la etapa de adolescencia la llamada de las letras lo distanció de la práctica de la pintura, aunque para siempre le quedaría vigente un manifiesto apasionamiento paralelo por las artes plásticas en general.

Tras sus años universitarios en Murcia, donde se doctoró en Filología Románica en 1979 con una tesis sobre *La revista Cántico y sus poetas*, tras otra de licenciatura en torno a *Paul Valéry y Le Cimetière Marin*, regresa a Córdoba, reintegrándose en la dinámica cultural de la ciudad, reactivando sus inquietudes respecto a las artes plásticas y reanudando su relación con los pintores y escultores actuantes en el territorio, de los que siempre ha reconocido que lo han enriquecido con su trato, ejerciendo sobre él con sus obras un gran poder de seducción.

Estos afectos, que constituyen por sí solo un auténtico tesoro de sensibilidad y belleza, han sido plasmados en verso o mediante impresiones crítico-literarias por parte del poeta a lo largo de toda su trayectoria.

En reciprocidad de ofrecimiento y en estimación de mutuas «correspondencias», ahora, distintas generaciones de autores han querido sumarse a esta reafirmación plástica de homenaje al poeta de Córdoba, una urbe bimilenaria que fulge en la Historia a través de los versos con que sus hijos más preclaros han sabido fundarla, cimentarla, otorgarle vigor y esencia vital o engalanarla para los sentidos, y que ciertamente se hace merecedora de perseverar en la Memoria, en la Leyenda y el Tiempo como «Ciudad de la Poesía».

En estimación de la fecha de nacimiento de los artistas participantes, lo cual nos permite abarcar un lapsus cronológico de 127 años que nos lleva desde 1856 hasta 1983, hemos secuenciado la siguiente prelación de artistas participantes, que incluye cuantos estilos, tendencias y dicciones han tenido desarrollo en tan amplio margen temporal, y en que las estéticas predominantes se han diversificado con tan gran profusión por motivo de los medios de comunicación contemporáneos y el auge y desarrollo de las nuevas tecnologías:



Premio «José Hierro». Carlos Clementson con Claudio Rodríguez, Ángel García López, Antonio Hernández, José Hierro y Francisco Ynduráin. San Sebastián de los Reyes (Madrid), 6 nov. 1993. Foto: M. Clementson



JULIA HIDALGO • *Carlos Clementson*.
lápiz grafito / papel

EN OFRECIMIENTO AL POETA

Miguel Clementson Lope

Nacido en Westminster, en 1856, el británico **GUSTAVO GILLMAN** se erige como decano entre los artistas integrados en esta exposición. Su dedicación profesional preferente fue la ingeniería industrial y la minería, pero como destacado representante del positivismo decimonónico y como brillante adalid en los campos científico y tecnológico, consecuente con la revolución industrial en que se inserta, también supo desarrollar muchas otras capacidades creativas, entre las que se encuentra la fotografía, donde destacó especialmente por méritos propios, ya que realizó las primeras fotografías en color que se conocen en España: los autocromos, y con la misma disposición hacia la búsqueda de nuevos asuntos temáticos, podemos

considerarlo como el pionero de la fotografía social en España, sensibilizado por plasmar la realidad en que vivían los grupos humanos residentes en sus entornos de trabajo, al margen de su mero interés etnográfico, habiendo sido reconocido igualmente, desde el contexto internacional, como uno de los más importantes fotógrafos sociales de su época. Esta imagen del *Patio de los naranjos*, tomada en 1900 con motivo de una estancia de Gillman en Córdoba, nos muestra la familiar fisonomía de ese entorno con los *riwaqs* cegados y provistos de ventanales, destacando poderosa la presencia del antiguo alminar de Abderramán III, que aún persevera envuelto y coronado por el cuerpo de campanas dispuesto a principios del siglo XVII.



Carlos Clementson en el patio del estudio de Juan Hidalgo del Moral, Barrio de San Basilio, 2015

Queda representado aquí **JOSÉ GARNELO Y ALDA** con una de las obras elaboradas en su periplo helélico, realizado en 1911, en la que se condensan las actitudes inherentes para una feliz orquestación de las formas y la luz en el espacio envolvente, con la maestría que dispone y decanta el paso de los años en continuo despliegue de la plástica. ¡Cómo aflora en este caso esa siempre ponderada retentiva de la memoria, para una vigorosa plasmación de la luminosidad y una enérgica pero sutil plasmación del cromatismo!

Se trata de un trabajo realizado *alla prima*, sin apenas encaje lineal o dibujo de partida, resuelto mediante seguras pinceladas, que adquieren sobre el soporte pictórico toda su plena dimensión constructiva, al cumplir certero propósito cada plano de color y quedar sus contornos hábilmente recortados sobre otros con funcionalidad y acomodo de naturaleza plenamente compositiva.

RAFAEL BOTÍ es un artista de exquisita sensibilidad, cuyo dominio del oficio se oculta tras una aparente ingenuidad. Su pintura, de atemperado colorido, ha ido evolucionando con el paso del tiempo, fluctuando desde las fórmulas que interiorizó en sus estancias parisinas —ciertas notas cubistas y de tratamiento de color matisianias— hasta la consecución de un mayor rigor y consistencia constructivas determinados por el acertado uso del cromatismo, que encauzó bajo la tutela y el magisterio de Vázquez Díaz, para alcanzar finalmente sus particulares parámetros estéticos, en que la gravedad inculcada por el maestro nense va cediendo ante el lirismo poético de este músico cordobés, que supo «orquestar» como nadie las claves lumínicas del color: Botí intensifica, decanta y purifica la realidad, y la estiliza como una fina y gozosa nota musical, bajo el signo de una armonía interior que inspira toda su obra. Su paisaje urbano, nada monumental, y sus rincones ajardinados, como concurre en este *Arriate de las petunias*, están conformados con una límpida sencillez, con una pulcra y esencial dicción que huye de todo lo solemne, abigarrado y barroco, hasta socavar lo esencial, para mostrarnos su verdadera y auténtica consistencia interior.

La pintura de **PEDRO BUENO** representó en sus comienzos una reacción frente a las maneras academicistas, al incorporar a sus trabajos ese sin-

gular expresionismo de carácter sensitivo que tan peculiarmente los define, subyaciendo siempre latente en éstos un rigor compositivo extremo y un exquisito cuidado de la forma, en atención a la adecuada concreción de los más puros valores pictóricos. Vinculado a las celebraciones de la *Academia Breve de Crítica de Arte*, formó parte igualmente del colectivo de autores que integraron la denominada *Escuela de Madrid*. Su aportación a este proyecto ratifica la consideración de uno de los programas más estimados por el artista dentro de su producción: el autorretrato, que secuenció a lo largo de su reconocida trayectoria profesional, legándonos un continuado repertorio de registros de su propia imagen, constituyendo éste de 1974 una de sus más acertadas realizaciones.

Diligente y comprometido, y pertrechado de una amplia cultura, **ÁNGEL LÓPEZ-OBREIRO** ha sido considerado un precursor y uno de los pioneros en relación con las inquietudes renovadoras de la pintura española desde los años treinta. A lo largo de su trayectoria fue asimilando los distintos posicionamientos programáticos paralelos al devenir de su biografía y supo extraer de ellos todo cuanto podía adaptarse a su fuerte personalidad creadora: tras una etapa postcubista evolucionó hacia el realismo social; atravesó etapas en las que fueron sucediéndose distintos programas argumentales —y dicciones igualmente diversificadas en cuanto al despliegue de sus potencialidades—, que van desde la paciente construcción puntillista —en que hemos de insertar su *Vista de Córdoba, desde el estudio del pintor*, de 1975— hasta el más comprometido realismo, siempre de tono crítico respecto a los condicionantes sociales e históricos y manteniendo como constante en todo caso sus persistentes alusiones surreales. Habiendo superado ya su fase experimental de tentativas

cubistas y unas vagas incursiones en el ámbito del surrealismo, desembocó en una suerte de naturalismo mágico que le llevaría poco después hasta un realismo de claras connotaciones ecológicas, fundamentado por exigencias ético-sociales.

La consideración de la figura humana, a través de una constante estimación de la belleza como valor más trascendente; la persistencia de una peculiar nostalgia poética; sus particulares interpretaciones, manifiestamente idealizadas; la sensualidad de sus personajes y el profundo conocimiento que tiene del oficio, facultan a **MIGUEL DEL MORAL**, el pintor de «Cántico», para enfatizar, como valor fundamental de sus trabajos, el puro goce de pintar. Queda aquí representado con una singular figuración de fines de los años setenta del pasado siglo, de título *Caballero con antifaz*, en que el artista recrea una particular estimación del *Siglo de Oro* español.

MARIO LÓPEZ, quien fuera señera figura dentro de «Cántico», al margen de su despliegue creacional en el ámbito de las letras desarrolló igualmente desde siempre una comprometida actividad pictórica vocacional, que se vio considerablemente acrecentada en sus años de madurez, en los que se dedicó con auténtico entusiasmo a la práctica artística. Como su poesía, también es elegiaca su pintura. Mario persiguió la concreción de imágenes esenciales, depuradas al extremo por un requerimiento de rango conceptual que raya en ocasiones con lo espiritual; las temáticas que representa proyectan al espectador una afable serenidad, una sencilla nobleza, una rústica elegancia, de tal forma que lo dispuesto sobre el lienzo se ajusta con la consistencia y la compleja elementalidad de lo necesario. Sus composiciones fulgen como vidrieras, y su trama lineal se despliega tal

y como si un emplomado discurriera por el esquema estructural del motivo. La agricultura y sus ciclos estacionales se asoman con frecuencia a su serena obra pictórica, constituyendo un trasunto argumental de referencia, que gusta alternar en sus preferencias –como concurre en el caso de la *Ermita de Jesús*– con racionalizadas fachadas para sus paisajes urbanos, cuya trama lineal supone una suerte de celebración del triunfo de la geometría en el desarrollo de la civilización.

La evolución pictórica de **ANTONIO POVEDANO**, siempre de la mano de su constante compromiso estético, le ha llevado a transitar distintos ámbitos de expresión. Para la estimación de la figura humana –como concurre igualmente respecto al paisaje–, concreta siempre sus improntas desde la introspección, especulando en torno al motivo, en un reflexivo despliegue de su versado repertorio semántico como fórmula de intensa búsqueda de la propia esencialidad interior. El sentido constructivo de Povedano tiene que ver con el trazo y con una especial significación de la sintaxis con que el cuadro ha sido estructurado, que en este *Picador* de 1962 y pese a que el despliegue del género conlleva la obligada consideración de unos condicionantes insoslayables respecto a la estimación de la forma, podemos ya vislumbrar como uno de sus fundamentos estimativos.

La obra pictórica de **GINÉS LIÉBANA** se construye desde una figuración objetiva, enraizada con el arte centroeuropeo, de intensa carga narrativa, plena de símbolos y freudianas intencionalidades, que quizás alcance sus mayores logros en la estimación del género del retrato, donde conspira con el efigiado para constatar esos enigmas íntimos que apenas reconocemos, y que, sin embargo, constituyen aspectos fundamentales de

nuestra personalidad. En *Escenas del pensamiento discontinuo...* da rienda suelta a su portentosa imaginación para plasmar esa característica ósmosis estética de la que siempre hace gala para mostrarnos alguno de los sorprendivos resquicios de los que se nutre el inquieto espíritu del artista.

JUAN POLO VELASCO llegó a ser durante muchos años, sin lugar a dudas, el decano de los escultores cordobeses, pues llegó a contar con una amplia trayectoria profesional en relación con esta especialidad de las artes. Bajo la yema de sus dedos el barro adquiere la categoría de material precioso, que la luz lisonjea con especial celo tras oportunas veladuras. Polo es un escultor diligente, experimentado en innumerables enfrentamientos con la materia, triunfador de oficio sobre la forma, poeta excepcional en este privativo debate de toda una vida en el dominio de la tridimensionalidad.

Desde que en 1940 se matriculara en la Escuela de Artes y Oficios *San Telmo*, de Málaga, sus incursiones en el dominio de las exhibiciones plásticas han sido constantes y numerosas. En Madrid estudió y trabajó en el taller de Mariano Benlliure, del que fue durante dos años avezado discípulo, hasta matricularse en la Escuela Superior de Bellas Artes *Santa Isabel de Hungría*, de Sevilla, para proseguir sus estudios y completar su formación. A lo largo de su vida ha obtenido numerosas condecoraciones de carácter nacional y se ha ocupado de atender diversos encargos planteados desde una estética naturalista dentro del ámbito de la imaginería religiosa, especialidad ésta junto a la del retrato –con la que figura aquí representado con su *Busto de Pedro Bueno*, de 1992– en las que Polo ha conseguido ratificarse como un auténtico maestro. Desde 1956 habilitó taller propio en Fernán Núñez, luego convertido en casa-museo

donde ha logrado reunir una amplia y completa representación de su producción escultórica.

Con el decurso del tiempo **JUAN VACAS**, auténtico mago de la imagen e inquieto experimentador de este procedimiento creativo, se ha erigido en figura mítica para las nuevas generaciones de artistas fotógrafos de Córdoba, en las que aún permanece latente su legado, constituyendo el *blanco y negro* y los *drippings* las dos grandes vertientes en que el maestro fundamentó durante más de cuarenta años su prolífica e inagotable actividad creativa. Fue un auténtico referente en lo que debe constituir la pasión por la fotografía, por el puro despliegue de la práctica fotográfica *de verdad*, aquella que tras un esforzado periodo de aprendizaje experimental posibilita al artista «inmortalizar imágenes» ayudado de su cámara, con el objetivo de *fixar impresiones* de las ideas –figuraciones intelectivas, al cabo– «que ya tienes en la cabeza», en una disposición que permanentemente viene a recrear el mito platónico de *la caverna*. El retrato realizado al poeta en el familiar entorno académico de la Capilla de *San Bartolomé*, de 1980, viene a constituir un fiel reflejo de sus excelsas capacidades expresivas respecto al dominio del claroscuro.

Las esculturas de **AURELIO TENO** se caracterizan por su profunda imbricación telúrica, pues utilizaba frecuentemente gemas y piedras semipreciosas para conformar un universo plástico de alucinantes cristalografías, en el que conviven fórmulas expresionistas que se engastan entre la propia belleza natural de los cuarzos, ágatas, piritas y turquesas..., con lo que se configuran piezas de una gran fuerza y vehemencia simbólica. Su propuesta de *Proyecto de monumento a Fuente Ovejuna* data de 1988, constituyendo la entrega

que realizó a la Real Academia de Córdoba con motivo de su nombramiento como académico correspondiente.

Sus previos estudios de solfeo y piano en el Conservatorio de Música de Córdoba no consiguieron hacer desistir a **LOLA VALERA** de su firme voluntad de convertirse en pintora, para lo que marchó a Madrid para completar su formación en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, donde fue compañera de curso y entrañable amiga de Antonio López y donde conoció al que fuera su marido, Tomás Egea Azcona. Al margen de su labor creativa llegó a desplegar una dilatada carrera docente como profesora de *Dibujo Artístico* en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos *Mateo Inurria* hasta 1994, fecha en que se jubiló. En su obra plástica sus preferencias temáticas se decantaron desde un principio hacia el género del paisaje, considerado mediante vistas urbanas que impregnaba de poesía y una característica sencillez –diríase pureza–, ciertamente franciscanas, a través de una intencionada economía expresiva equidistante entre la realidad y el sueño. Las líneas estructurales del motivo se incurvan, describiendo ritmos ondulantes aderezados por la extrema pulcritud compositiva con que llega a definir planos de color de una gran exquisitez tonal. Sus programas argumentales preferentes están inspirados en el luminoso paisaje de los pueblos de Córdoba, con el que da forma a una arquitectura primorosa que patentiza su presencia cristalizada en un tiempo ausente, ya que al suprimir la presencia humana en estos trabajos cobra mayor protagonismo la geometría, creándose una atmósfera manifiestamente enigmática, ajena a todo sonido; un arte ciertamente sumido en *el silencio*.

DIMITRI PAPAGUEORGIU ha sido uno de los artistas más influyentes de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país y en especial dentro del ámbito del grabado. Nacido en Domokos (Grecia, 1928), llegó a Madrid en 1954 becado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España para completar su formación, una vez ultimados sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de Atenas. Contactó con la vanguardia de postguerra, muy activa en esa década y, asociado a otros jóvenes intérpretes, decidió poner en práctica distintos proyectos tendentes a difundir las técnicas de estampación en nuestro país. Desde el punto de vista programático el mundo griego se constituye en referente habitual de sus composiciones: el mar, los campesinos y las tierras que circunvalan al Egeo, fusionando en sus obras la bizantina belleza de sus figuras femeninas con el perfume salino y el fulgor de los paisajes mediterráneos; también los héroes y los dioses de la Antigüedad, de manera que la contemplación de todo este orbe supone una excepcional oportunidad para abismarse en el cosmos mítico del clasicismo. Dimitri dio desarrollo a una obra personal de excepcional maestría técnica y decidida decantación hacia una vertiente experimental. Habitualmente colaboró con los más destacados escritores contemporáneos, como ha concurrido en el caso de Clementson al ilustrarle varios poemarios de fundamentación helénica, y ha sido traductor al castellano de los textos escritos en griego por autores de la talla de Yannis Ritsos y Odysseus Elytis.

La formación de **PEPE DUARTE** tuvo desarrollo entre la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba y la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla. Su evolución posterior quedará marcada por su integración en el *Equipo 57*, del que formará parte hasta su disolución definitiva en 1961. A partir de

1963 se adscribirá al realismo social, desarrollando una comprometida labor en el seno del grupo de grabadores de *Estampa Popular*, que marcará toda una época de fuerte compromiso expresivo para su plástica, que es la dicción a la que corresponde *La barquilla*, obra de la década de los años setenta con que el artista participa en el presente homenaje. La fuerza expresionista de su estilo logra conciliar el documento social con el lenguaje neorrealista, y los ecos del *pop* con el surrealismo e incluso con el paisajismo metafísico. Con el cambio de milenio su acción creativa va a tener como centro la pintura sin adjetivos, con la que procuró dar cuenta de la levedad de la existencia, y de la anodina perseverancia del ocio en la sociedad actual.

Nacida en Santa Cruz de Tenerife y formada en su Escuela Superior de Bellas Artes, **MARÍA BELÉN MORALES** acrecenta su figura y la apreciación de su obra con el paso de los años como una de las más consistentes escultoras de la contemporaneidad. Numerosas exposiciones individuales y colectivas avalan su trayectoria profesional, al margen de su integración en colectivos artísticos innovadores o su gestión como presidenta de la Fundación «Óscar Domínguez», iniciativas que evidencian su constante e irrenunciable compromiso cultural.

Su tenaz y voluntariosa apuesta en la búsqueda de nuevos paradigmas volumétricos la sitúan en el contexto de una predisposición conceptual en perseverante y firme estado de renovación. Así, en la búsqueda de una identidad propia ha transitado desde la figuración a realizar una suerte de abstracción simbólica con ciertas connotaciones organicistas –que es precisamente la etapa a la que pertenece la obra *Formas de silencio I*, de 1976, con la que participa en el presente homenaje–,

para decantarse en su etapa de madurez creacional por el genuino y complejo lenguaje propio de la construcción geométrica.

Emplazado su proceder en el ámbito de la pura «edificación» de la forma, ha ido surgiendo de manera progresiva y pautada un nuevo orbe metafórico suscitador de todo un cúmulo de originales y novedosas ideas y conceptos, emergiendo así imágenes de lo *ascensional*, lo *expansivo* o *convergente*, metáforas del viento, de la montaña y de las fuerzas telúricas del archipiélago canario mismo. El hierro queda texturado y tratado con procesos de oxidación y acabado a la cera, con lo que se incide en la sinceridad y coherencia cromática respecto al material primigenio, para disponer ante la mirada del espectador volúmenes estructurales que devienen como un medio para configurar espacios, en el que la forma —como materia en construcción— se expande, hollándolo y desplegando en el espacio mismo toda su potencialidad expresiva.

La fotografía creativa de **JOSÉ JIMÉNEZ POYATO** se inserta dentro del neorrealismo y entronca directamente con el genuino neorrealismo cinematográfico italiano, que tanto admiraba el prieguense. Dentro de esta adscripción estilística podemos insertar sus primeros trabajos realizados en blanco y negro en distintas localidades de la Sudbética, cuyas imágenes tuvieron importante resonancia internacional, habiendo sido un activo dinamizador de la vida cultural cordobesa, en primera instancia durante la triste postguerra, como uno de los impulsores del recordado Cine-club *Liceo*, del *Círculo de la Amistad* —junto a Fuentes Jiménez, Martínez Bjorkman y Rafael Mir—, y mediante la continua actividad expositiva desplegada desde la *Galería Studio-52*. Y no obstante, lo más

característico de su producción está constituido por el amplio repertorio de retratos realizados en los años cincuenta a artistas, escritores e intelectuales de la época entre los que destacan los integrantes del grupo «Cántico». Aun subsisten reconocibles ciertos rescoldos de aquella técnica del claroscuro, en la que predominaban significativamente las zonas en sombra para que una suerte de impronta estatuaria emergiese de manera dramatizada ante el espectador; en este retrato del poeta Carlos Clementson realizado en los años ochenta del pasado siglo.

El artista franco-argentino **JULIO SILVA**, afincado en París desde 1955 y durante la mayor parte de su trayectoria profesional hasta el punto de llegar a nacionalizarse francés en 1967, como su maestro, el pintor Juan Batle Planas, compartió paralelos apasionamientos entre las artes plásticas —donde se movió dentro de la estética del surrealismo— y la literatura, que le condujo a ilustrar a numerosos y destacados autores del siglo XX, entre ellos a Julio Cortázar, con el que mantendría una larga amistad. En 1970, un viaje por Italia y una visita a Carrara despiertan en él su instinto del volumen, lo que determinó su incursión en la escultura monumental que con posterioridad dispondría preferentemente en distintos enclaves urbanos de Francia e Italia. *El baile de las hormigas*, de 1993, se inserta en el contexto de sus prolíficas series de propensión surreal, en que la línea conjuga su potencialidad formal con un magistral empleo de la mancha para determinar las grisallas del claroscuro, en la tarea de crear atmósferas inquietantes donde transitan los alucinados personajes que recrea. En su amigo Saúl Yurkievich encontró el universo lúdico de la poesía, en que igualmente confluyó con Carlos Clementson, quien le dedicó el entrañable poema que acompaña su obra.

Desde la irrupción de **TOMÁS EGEE** en los ámbitos expositivos cordobeses mediante su aportación para el Salón *Córdoba* (1964), al margen de su dedicación pictórica —en la que se ha movido dentro de una figuración crítica, siempre connotada de una sutil e ingeniosa carga de ironía—, ha desplegado igualmente una intensa actividad como ilustrador, que se ha visto desarrollada en prensa, en el ámbito del cómic y en destacados proyectos editoriales. En su obra se advierte una manifiesta propensión hacia la simplificación compositiva, en la denominada línea clara de su admirado Saúl Steinbeck (1914-99), que en su día supo renovar el humor y la sátira con la incorporación de elementos caligráficos e influencias cubistas. Egee despliega un discurso teórico legible para el espectador, infiltrado siempre de un humor vaporoso y delicado, que cala el lienzo o el papel para impregnar de sátira —o declamación poética— cada trabajo. Su trazo es invariablemente introspectivo, especula con las formas para que la práctica de la pintura devenga en oráculo, de cuyo despliegue no extraemos respuestas sino más preguntas. Uno de sus trabajos, inserto en el presente homenaje, nos muestra al poeta navegando a través de su propio mundo literario, pertrechado de un particular “cuaderno de bitácora” como todo referente para determinar su personal singladura creacional.

EDUARDO CORONA ha sido a lo largo de su dedicación profesional un hombre «de taller», continuador de esas prestigiosas sagas de autores que a través de los siglos dieron cumplido testimonio de las capacidades del pueblo hispano para las artes plásticas, ocupándose de dar cualitativo fundamento a estas manufacturas, ensanchando su presencia y horizonte hasta los territorios de ultramar. Formado en las múltiples disciplinas que

ya eran propias desde la época gremial: dibujo, modelado, talla, dorado y restauración, marcha no obstante a Barcelona para completar su aprendizaje, lo cual le dispuso en el estatus de un genuino *homo universalis* de nuestro tiempo. Dedicado preferentemente a la restauración, ha dirigido durante décadas la escuela-taller vinculada a la Diputación de Córdoba, realizando importantes labores tanto en el Palacio como en la Iglesia de la Merced, en la que por dos veces hubo de rehacer —y por entero tras el incendio de 1978— su monumental retablo, de más de 500 metros cuadrados, con inclusión de la totalidad de su imaginería y pinturas. La restauración del *Cristo de La Piedad*, de la cordobesa Iglesia que le da nombre, ubicada en el flanco este de la *Plaza de las Cañas*, constituyó motivo argumental para Clementson, quien dedicó un intenso poema tanto al periplo épico que la propia imagen religiosa suscitó como a las precisas labores de restitución patrimonial desplegadas por Corona.

ANTONIO BUJALANCE es, a todos los niveles, artista de dilatada trayectoria, que cultiva con notoria perfección tanto la pintura mural como la de caballete, destacando en esta última sus características visiones de carácter neofigurativo, de un cierto trasfondo constructivista, fundamentado en su siempre clarividente dibujo, con que ha sabido personalizar todas sus realizaciones. En estos últimos años su arte evoluciona hacia una grave y desoladora reflexión en torno a la degradación de la naturaleza y el paisaje de nuestro tiempo. Una reflexión que estilísticamente se plasma en un vívido expresionismo, de formulaciones a veces igualmente tangentes a la abstracción, que no disuenan de su anterior trayectoria, siempre orientada al estudio de los distintos valores cromáticos y ma-

téricos. Su *Fuente de Córdoba en Plaza de Séneca*, de 1996 —en la que ya se constata de manera clarividente esa característica necesidad de habilitar un sólido andamiaje interior, tan preciso y consustancial en la pintura mural o en trabajos de gran formato, en los que Bujalance ha constatado ser un auténtico maestro—, es una obra muy apreciada por Clementson, que ha utilizado como portada en algunas de sus publicaciones, tanto por recrear las raíces romanas de esta ciudad milenaria, como por ostentar el nombre de su hijo más preclaro a lo largo de la historia. Además, Carlos vivió un tiempo en el contexto de esta plaza, lo cual evoca felices recuerdos adicionales socavados desde las propias vivencias del poeta.

MANUEL VELA nos ofrece en *Purpúreas rosas sobre Galatea*, de 2003, una visión de fundamentación ensoñadora, envuelta su terracota en una mórbida sensualidad de signo e imbricaciones neomodernistas. La más hermosa y amada de las cincuenta nereidas, Galatea, la ninfa marina que despertó el amor del cíclope Polifemo, figura aquí representada en pleno esplendor de su belleza, coronada su cabeza por una diadema de rosas rojas como reza en el verso compuesto por Góngora, como premonición de la conversión de la sangre de Acis —tras ser aplastado por la enorme roca lanzada por celos del gigante— en las aguas espumosas de las que habrá de brotar el río Etna, quedando transformado así su amante en inmortal espíritu fluvial. Difícilmente puede reflejar una escultura la esencialidad inherente a los seres sobrenaturales; cuando esto se consigue por parte de un artista hemos de congratularnos conjuntamente con el autor y hacer pública noticia de esta coyuntura. Así, con la rotundidad de su presencia inmortal, con el

magnetismo profano de su belleza insoslayable emerge la volumetría plena y exacta de esta Galatea con la que Manuel Vela nos sitúa plenamente en el contexto mítico en que las pasiones de los hombres encontraban justa proyección en la acción paradigmática de la deidad.

JUAN CANTABRANA ha sido desde siempre un devoto aspirante a desplegar una pintura pura, reconociéndose adicto a la luz, a su energía, frecuencia y vibración. Se posiciona así en el dominio de la escenificación lírica del color; interesándose por captar, ante todo, los más mínimos matices de iridiscencia, las más diversificadas secuencias tonales, los valores táctiles más variopintos, los destellos de mayor suntuosidad... al cabo, en un pintor alucinado por una pagana e irrenunciable adicción solar que le mueve a conformar gozosas perspectivas mediante las que recrea un mundo esencial, plagado de fractales y conformado por la eclosión vital y candorosa de una secuencia lúdica de color. El retrato, como asunto temático, ha sido considerado por parte de Juan en múltiples ocasiones a lo largo de su ya dilatada producción, y en el que ha compuesto expresamente para este homenaje nos muestra al poeta en plena efervescencia de inspiración con motivo de uno de sus personales discursos críticos, que tanto ha prodigado en las inauguraciones de sucesivos proyectos expositivos, tanto en la Galería *Studio-52* como en la Sala *Mateo Inurria* de nuestra ciudad. No obstante, es oportuno señalar aquí que para Cantabrana, al margen del programa argumental, lo realmente importante siempre ha sido la escena cromática en general, plasmar al sujeto inmerso en una atmósfera envolvente, y llegar a representar adecuadamente esta dimensión trascendida.

En la producción de **RAFAEL RODRÍGUEZ PORTERO** destaca su dedicación a la estimación

de la estatuaria monumental, habiendo realizado dentro de este contenido diversas composiciones escultóricas que jalonan su trayectoria profesional, destacando entre ellas las del grupo dedicado al *Inca Garcilaso de la Vega* o la concebida para exaltar la figura de *San Francisco Solano*. Gusta Rafael otorgar a la forma solemne majestuosidad, dando desarrollo a volúmenes rotundos, de orgánica contexturación, que siempre connota de una enérgica y consistente expresividad. Para este homenaje a Clementson ha concebido una obra especialmente grata al poeta: nada menos que efigiar al más egregio y trascendente cordobés de toda la historia en el ámbito de la cultura: Lucio Anneo Séneca, a quién Carlos dedicó el extenso poema en connivencia confesa que acompaña a este busto y que constituye toda una aleccionadora síntesis de su fecundo legado.

Centrado en la consideración de la figura humana, **JUAN HIDALGO DEL MORAL** es un autor de sólida y muy completa formación, y de estilo independiente en relación a cualquier tendencia en boga. A través del despliegue de su plástica redivive Hidalgo un concepto actual del clasicismo, asumiendo al tiempo las más permanentes formulaciones y experiencias del arte contemporáneo. Dominio y sabiduría técnicos, acogidos al ámbito y atmósfera normativos de una ciudad como Córdoba que, a pesar de sus esplendores andalusíes, no ha olvidado el fundamento romano de su estirpe. Y todo ello aunado a una profunda sensibilización hacia las puras revelaciones de la belleza ideal, pues como todo clasicismo, la pintura de Hidalgo del Moral se elabora sublimando los motivos que la realidad nos muestra, socavando las imágenes primigenias de un modelo —o de un recuerdo— en la búsqueda tenaz del arquetipo

como pauta de acción en sus trabajos. En su *Retrato del poeta Carlos Clementson* (2015), obra perteneciente al Museo de Bellas Artes de Córdoba, nos muestra las referencias que han servido de fuente constante de inspiración al poeta, dispuestas entre libros en los anaqueles y en su mesa de trabajo, y aún aquí, para la plasmación de una concisa imagen y como constatación de comunes afanes referenciales, permanecen reconocibles los rescoldos clasicistas de Úbeda, ciudad en que desplegó Juan su docencia al tiempo que supo interiorizar la energía y el aliento renacentista de la ciudad para su obra.

MONTSERRAT DEL VALLE, tras obtener su licenciatura en Bellas Artes en 1971, desplegó una intensa actividad expositiva que le llevó a mostrar sus obras en toda España, alcanzando temprano reconocimiento en el panorama de las artes. A través de sus magistrales retratos, bodegones y paisajes ha sabido emplazar su estética en un moderno equilibrio entre una suerte de figuración trascendida y la pura abstracción. Con absoluta preponderancia de luminosidades envolventes, que le llevan a tamizar exquisitamente los colores —con predominio de entonaciones perladas y agrisadas— y ayudada de una límpida clarividencia compositiva, da despliegue a una pintura que propende hacia la ingrávida y evanescente categoría o naturaleza de la música y la poesía tanto cuanto a los propios recursos cromáticos y espaciales que son consustanciales a la pintura.

En la producción de **EMILIO SERRANO** se aprecian tres aspectos que son fundamentales para la estimación de su obra: el rigor respecto a la técnica, el paso del tiempo y la memoria, y una perseverante reflexión existencial —manifestada mediante desolados simbolismos colectivos e

individuales—. De ahí su incipiente dedicación a la figuración social a fines de los sesenta, la etapa de interactividad entre realismo mágico y espacio plástico, y su constante testimonio de la presencia humana —casi siempre engastada entre ruinas, como expectantes seres que habitan paisajes yermos—. En *San Rafael*, una obra de 1976, la efigie del arcángel protector preside la composición, coronando al tiempo la escena. Una reflexión sobre el discurrir del tiempo y su memoria, referida a unos seres que inexorablemente transitan y cuya imagen se desvanece a la par que los objetos.

MARÍA TERESA GARCÍA LÓPEZ ha transitado desde el academicismo realista de los años sesenta del pasado siglo hasta un cierto surrealismo con clara preponderancia formal, en el que se imbrican figuraciones humanas con telas, drapeados o paños suntuosos, y con otras estructuras esquematizadas. Su personalísima magnificación de puntuales figuras históricas, bajo la que subyacía una cierta intencionalidad crítico-satírica, constituyó un referente dentro de su producción, destacando por su contundente expresividad la original interpretación con que secundó el ciclo dedicado a Velázquez y a su órbita creacional, donde da desarrollo a una sugestiva y original galería de personajes en los que fusiona una cierta vertiente sarcástica, una rotunda estilización deformadora y la constatación de la solidez de un oficio manifiesta mediante la solvencia compositiva y la brillantez del cromatismo.

El abulense **ÁNGEL SARDINA** nos muestra uno de sus sutiles y vaporosos trabajos: *Cristal pisanado azul con pies veloces*, composición realizada en 2002 que constituyó su aportación para el gran homenaje que los artistas rindieron a don Luis de Góngora, reuniendo tanto un amplio compendio de imágenes del poeta como de su ya de por

sí exuberante y complejo mundo creativo. Ángel, por su parte, nos desvela la desnudez cristalina de los blancos, que aquí decantan y espiritualizan la materia, dejándola reducida a una mera sugestión visual de calidades musicales. Ángel, ciertamente, es un artista sinfónico: pintor, diseñador, muralista, creador de vidrieras y experimentado grabador. En su proceso creativo el rigor queda garantizado, pues tanto su vida como su obra constituyen un resultado medido pero igualmente meditado, de tal modo que el equilibrio entre *búsqueda* y *azar* afecta a su biografía tal y como conmueve y determina cada uno de sus trabajos. Ángel, en suma, es «un ser sin aristas» —tal y como acertadamente llegó a definirlo Diego Bedia—, que llena sus horas y sus días de «pruebas de estado» personales, íntimas, secretas, nunca a la vista, para dar despliegue a todo un sorpresivo orbe de registros estéticos plenamente singularizados.

El pintor emeritense **JOAQUÍN GONZÁLEZ «QUINO»** gusta acometer sus proyectos artísticos en estimación de amplias series, transitando en su despliegue entre la figuración y la abstracción, y para esta ocasión aporta un trabajo mediante el que rinde tributo al conocimiento y a la cultura, posibilitada por *la luz de razón*, por la cognición y el discernimiento que los libros transportan a través de los siglos, y que formó parte de la serie «El saber y el tiempo», acometida en una etapa de fundamentación expresionista.

La secuencia vital de **JOSÉ MÁRQUEZ** viene a confirmar que nacer artista conlleva un determinismo insoslayable y que aún sin ejercer aparentemente como tal, toda ocupación alternativa trasluce empero esa particular manera de relacionarse con la luz y las formas, con los objetos que habitan el espacio —y con el espacio mismo—

para reafirmar esa singular comunión con el orbe circundante.

No fue precisamente un camino de rosas su transitar formativo y, no obstante, fue alumno de López-Obrero en la Escuela de Artes y Oficios de Córdoba, quien dejó una huella indeleble en esa manera que Ángel tenía de fundamentar su quehacer plástico en un corpus teórico solvente y comprometido; reconoce igualmente Márquez sus débitos estético-emocionales respecto a dos de sus grandes amigos: Juan Zafra y Emilio Serrano; le interesa el teatro, tanto a nivel interpretativo como, ante todo, desde el corolario abarcante propio del estatus del autor dramático, y también la poesía y la fotografía, en cuyos despliegues pone siempre de manifiesto su particular manera de «ver», manifiesta en series tan originales como la titulada *La belleza que pisamos*. En su obra plástica se mueve dentro de un informalismo con fundamento figurativo, gustando acometer la realización de amplios ciclos que giran en torno a concretas temáticas como las dedicadas a San Juan de la Cruz o la titulada «Hombres-dioses / dioses-hombres» en que se inserta el trabajo elaborado por su parte para homenajear a Carlos Clementson.

Domina **JULIA HIDALGO** con plena solvencia las posibilidades de los procedimientos pictóricos, con los que ha sabido alcanzar —tras vertebrar su esforzado proceso evolutivo— un estilo propio dentro de la figuración contemporánea, no exento de constantes guiños y alusiones socavadas desde el ámbito mismo de la abstracción. En su proceso creativo, tras atender una meditada fase de análisis, pasa posteriormente —en violenta reacción contra todo convencionalismo— a deshacer lo transitado mediante el paroxismo de

la mancha, siempre generadora de centelleantes presencias lumínicas y motivadora de esa aparente inmediatez de ejecución en la que, no obstante, se priorizan los puros valores matéricos y visuales de la obra, sus texturas e implícita plasticidad. En su pintura habita una suerte de realismo de lo esencial, que nos muestra de la realidad misma sólo aquello que, a su juicio, merece ser trascendido. Sus *Adelfas* constituyen un auténtico caleidoscopio de vivencias, al mostrarse una serie de improntas anímicas personales confirmadas por la celebración del cromatismo y sus transliteraciones energéticas y psicológicas.

Al clasicismo sensual y generoso concerniente a la volumetría de las masas constitutivas, de clara ascendencia mediterránea, yuxtapone el escultor **JUAN ZAFRA** un decidido expresionismo formal, manifiesto mediante los escorzos y el manierismo inherente a la compostura de sus figuras. A lo largo de su ya amplia trayectoria ha ido dando desarrollo a una obra ciertamente pletórica, que se desparrama de manera sistemática inundando el espacio, y que posteriormente retornará a una concepción más clasicista, en la que la figuración humana cobrará absoluto protagonismo. Está representado Zafra por *Volanda*, un trabajo realizado en hierro batido que data de 1987, testimonial evidencia de lo transitado hasta depurar formalmente la realidad para poder alcanzar algún grado de esencialidad formal.

El escultor gerenense **ANTONIO POLO** trabaja preferentemente el hierro, material que domina a la perfección, para dar desarrollo a composiciones abstractas —o en otros casos muy próximas a la abstracción— de una gran fuerza expresiva. Sus registros, de una gran pureza formal, quedan conformados a veces en estadios de

determinación final muy próximos a los planteamientos minimalistas, por el proceso de simplificación y reducción a que ha sometido a algunas de estas piezas en su búsqueda de lo esencial. En *El laberinto del poeta* nos muestra una personal consideración de la lucha interna que todo creador ha de abordar para dar reflejo de una manifiesta autenticidad emocional revelada a través de su obra.

La obra de **LUIS-JUAN TORRES** oscila entre una figuración fresca y directa, que caracteriza a sus pinturas, y la abstracción de sus últimos trabajos digitales. Para esta exposición ha realizado una obra digital en la que ha fusionado lo figurativo con lo abstracto, al quedar incorporadas ambas dicciones en una única y sumaria composición, en la que objetos fragmentarios quedan integrados con los elementos y recursos geométricos que son característicos de su obra anicónica, para dar despliegue a un trabajo plástico estructuralmente integrado y dotado de eficiente dinamismo. Para la ocasión aporta su obra *Luna*, que ilustra el desenlace de un extenso poema de Carlos dedicado a recrear la figura del Minotauro, como representación de los instintos salvajes y la naturaleza oscura y reprimida del ser humano.

La pintura de **PEPE BARROSO** viene determinada por una manifiesta filantropía, que le lleva a indagar sistemáticamente en torno a las relaciones humanas y a las que determina nuestra propia especie con la naturaleza. En *Amanecer en el golfo*, inspirado en un poema del cordobés, da desarrollo a un trabajo de adscripción figurativa, en el que se entremezclan –como suele ser habitual en la mayoría de los casos– elementos naturalistas con otros de fundamentación onírica. Un preciso dibujo, un colorido aplicado de manera acuosa y

el empleo de referenciales caligrafías sobrepuestas, suelen ser pautas estéticas referenciales en la mayoría de las composiciones de este autor, que siempre nos remiten a determinadas obras del humanismo renacentista.

RAFAEL CERDÁ es un autor que ha conocido la figuración y la abstracción, y el juego con los volúmenes y la materia pictórica, siempre motivado por un continuado afán experimental que ha sabido secuenciar con absoluta solvencia sobre distintos soportes: papel, lienzo, pero también a través del hierro y en despliegue de la tecnología digital. En esta ocasión, con *La adelfa*, ha optado por la abstracción, donde el espectador puede imaginar, e incluso vislumbrar, el combate de formas y de colores que pasa por la mente del artista. Sus trazos son inconfundibles, para orquestar en este caso una obra resuelta con técnica mixta y *collage*, y en la que también se ha incluido al completo la transcripción del poema de Clementson que fundamenta su personal interpretación plástica. No hay referencia espacial ni temporal. Son sencillamente planos con aires de eternidad.

La obra de **JUANJO GÓMEZ DE LA TORRE** se sustenta en el impresionismo, pero la intensidad cromática del fauvismo y el gesto y el trazo del expresionismo abstracto también tienen gran importancia en el desarrollo de sus trabajos. Así, con *Árbol seco* ha representado una eclosión ejecutante, con acento de apunte, para vertebrar una composición de evidente expresionismo, en la que el dibujo deviene trazo e incluso gesto batiente y en la que la orquestación de una coloración mermada asume máximo protagonismo.

En las obras del granadino **JESÚS IÁÑEZ FERRER** lo matérico adquiere primordial protagonismo,

de manera que densos empastes y dispares elementos, como tierras, hierros, cuerdas o maderas, quedan incorporados habitualmente a sus texturas para dotarlas de una consideración casi escultórica. Con *Poema eterno*, un homenaje a la lírica contemporánea encarnada en uno de sus más consistentes y sempiternos valores, el sevillano Antonio Machado, ha integrado ortogonales planos geométricos, de abstracta determinación, con transcripciones fragmentarias de sus versos, que acopladas a modo de estela configuran visiones referenciales en el discurrir de la travesía vital del artista.

La obra fotográfica de **MANUEL ÁNGEL JIMÉNEZ ARÉVALO** queda dilatada en el tiempo hasta el punto de haber quedado establecidas distintas etapas creacionales: una fase inicial de “fotografía de viajes y conciertos”, a la que siguió su “etapa de retratos en blanco y negro”, tras la que tuvo desarrollo otro periodo en que abordó la fotografía en color itinerando por los pueblos de Andalucía, hasta impulsar otra nueva secuencia con la técnica del manipulado de imágenes aplicado al auto-revelado del procedimiento *Polaroid*, en que se crea una auténtica lucha entre la figuración del motivo seleccionado y la abstracción introducida por voluntad del artista, al intervenir la imagen cuando aún no se ha completado. No obstante, aquí se encuentra Manuel Ángel representado por su ya ampliamente reconocido retrato del poeta, que tantas veces ha sido inserto en sus distintos poemarios.

PACO SANGUINO se ha inspirado para la ocasión en un poema de Clementson, de título *Nada*, en que el escritor compone un bello ensalmo a la luz y a los seres que esplenden bajo el sol, junto al salitre y el resol del Mediterráneo. Cuatro for-

mas geométricas elementales nos dan cuenta de los fractales en que las ondas luminosas vertebran su complejo y siempre sorprendente discurrir fulminante, tan enigmáticas en el dominio de lo macro como en el ámbito de lo microscópico.

El creador sevillano **SANTIAGO CASTILLO** es un artista figurativo muy interesado por el paisaje, especialmente el industrial, y por la representación de la figura humana inmersa en su cotidianidad. En *Reflejos de las adelfas del Guadaira* ha representado un entorno que es icónico para el poeta cordobés, tanto por sus constantes referencias a las luminosas presencias de estas plantas en sus versos, como por el familiar vínculo que a través de su abuelo materno le une a este entorno de suaves colinas colmadas de pinares, en que este río serpentea entre frondosas riberas.

CARMEN POLONIO da buena cuenta en *Espacio interior* —obra elaborada expresamente para significar uno de los más perseverantes ámbitos vitales del poeta—, y en despliegue de su característica «visión serena», de la sutilidad con que abordarse pueden los encuadres a que someter sus motivos, de la consustancial placidez que suscitan sus coloraciones, de la naturalidad y candidez con que a los objetos es dable, y aún factible, llegar a otorgar vida en sus composiciones —tal y como concurre en los *stilleben* alemanes, que siempre aluden a una potencial «vida quieta» o «naturaleza tranquila», descartando toda estimación de sujeto inanimado, tal y como conlleva la designación de uno de nuestros más destacados géneros pictóricos: la «naturaleza muerta». Muy al contrario, en las obras de Carmen «las cosas» que dispone, los distintos elementos palpitan e insuflan hasta el espectador su aroma inmarcible, perpetuamente lozano por evocador. Así

comparece pues la galería de acceso a la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, durante décadas transitada por el poeta tanto para concurrir a sus clases como para recluirse en el departamento donde sumergirse en las dilatadas sesiones de trabajo que le han posibilitado el desarrollo de su ingente obra poética. En sus trabajos ocupan lugar preferente estos espacios interiores, íntimos y cotidianos, en los que fluye la vida como el paso de los días y las estaciones, y en los que siempre se intuye la presencia humana, acomodada y silente al compás de toda concreción, constituyendo al cabo el estudio de la luz objetivo preferente de estimación por su parte.

La pintura del antequerano **DAVID SANCHO** cabalga entre la abstracción y la figuración, de tal manera que en sus obras las formas sufren un proceso de simplificación o esquematización que las aproxima entre ambas dicciones estimativas. El color, liberado en ocasiones de todo contorno icónico que lo constriña, llega a irradiar fulguraciones de una gran pureza, que en este *Homenaje a San Juan de la Cruz, padre de la mística española* adquieren pleno protagonismo para la concreción de los fondos, al que aquí se ha dado tanta importancia o más que a la propia recreación física del cordero místico, pues lo que realmente interesa al pintor es la plasmación de un estado emocional verificado a través de la estimación psicológica del cromatismo.

RAFAEL MARTORELL es un autor de larga trayectoria creativa que, partiendo de una figuración objetiva en su inicial etapa de formación, ha evolucionado hasta un informalismo intimista en que las transcripciones signícas y la escritura caligráfica alcanzan pleno protagonismo en el conjunto de su obra, como pudo constatarse en la exposición celebrada en 2009 en la cordobesa Galería *Carmen*



RAFAEL CERDÁ, *La voz perpetua*, 2025

del Campo, e integrada en *Cosmopoética*, en la que sus ecolalias plásticas y sus ecografismos cerebrales —mediante los que nos *hablaba* acerca de sí mismo— encontraron reconocimiento y acomodo. Para esta muestra ha aportado una intervención / montaje en torno a la herramienta de trabajo más representativa para la creación literaria del siglo XX, una máquina bien reconocible que al ser manipulada queda transformada en una metáfora de la soledad del escritor ante el albor del papel, como preludio y constatación de la eclosión de la pura labor creacional. De título *Ausencia, esencia, poeta*, nos invita a reflexionar sobre el talento y en torno a la capacidad del ser humano para reinstaurar el mundo. En el folio se constata la transcripción de un poema en transito, y la cinta entintada que se desparrama hasta el suelo, el caviloso meditar y el esfuerzo temporal invertido por el intelecto, convirtiéndose la hoja de papel en una pequeña ventana a la que asomarnos y mediante la que quedan interconectados a su través y desde dentro el plano de las ideas con la realidad circundante, como nexo de incertidumbre y expectativa para la vida.

Una veintena de premios nacionales e internacionales avalan la carrera profesional de **FRANCISCO SÁNCHEZ MORENO**. Su cercanía a la realidad le ha permitido obtener imágenes contundentes de la actualidad, que ha compaginado con su faceta más creativa, reflejada en las más de cien exposiciones —tanto individuales como colectivas— en las que ha participado. En su obra fotográfica predomina la estimación del espacio urbano, sublimando estos entornos humanizados, aunque igualmente gusta propiciar una inmersión personal en soledad para *conjug*ar el tiempo histórico con el presente mediante su visión personal que, a través de la cámara, plasma de la ciudad, ahora trascendida por su mirada. En *Azul* nos presenta una imagen del poeta tomada en 2015, tratada ahora digitalmente para propiciar una suerte de inmersión cromática en la sima preponderante de su propio universo mediterráneo.

Tras secuenciar un dilatado periodo de aprendizaje en Pietrasanta (Toscana, Italia), en el taller de Franco Cervietti, considerado durante décadas el mejor obrador en el trabajo del mármol, **MARCO AUGUSTO DUEÑAS** es hoy uno de los más solventes y reconocidos escultores del panorama internacional, que ha dispuesto su obra en distinguidos enclaves de América, Europa y Próximo Oriente. Al margen de los encargos de fundamentación religiosa atendidos por su parte al más alto nivel, por directa encomienda de la Basílica de San Pedro del Vaticano o de la madrileña Catedral de La Almudena, Dueñas ha dado desarrollo igualmente a una obra más íntima y personal, en la que la figuración humana convive con ritmos y secuencias de sentido expresionista, y en la que el despliegue de la forma surge como consecuencia de una tensión implícita, dando desarrollo a tracciones vigorizantes

que fluyen en libertad para modelar un nuevo mundo creacional.

La obra de **GUILLERMO BERMUDO** está llena de ironía, determinando con sus trabajos una ácida y al tiempo desinhibida crítica social, para trascender aparentes divertimentos que en el fondo suponen auténticas cargas de profundidad para la denuncia de todo un amplio repertorio de mezquindades humanas. En todos sus trabajos, de meridiana clarividencia compositiva, tanto el dibujo como el color tienen especial protagonismo, así como el tratamiento con que suele abordar la concreción de los fondos compositivos, a veces tocados de un cierto barroquismo, pero siempre con protagonismo preponderante respecto al empleo de las líneas, que se hacen manifiestas a través de su poderoso dibujo para resolver con idéntica eficacia tanto los contornos como los dintornos del motivo, y con aplicación de coloraciones planas y homogéneas. En *Orfeo* ha recreado una serie de poemas dedicados a la consideración de este mito griego por parte de Clementson, aquí representado en su viaje al inframundo en el intento de resucitar a la bella Eurídice, pues al poeta cordobés siempre ha interesado en especial toda mitología de la Antigüedad.

En la pintura de **FRANCISCO ALARCÓN** podemos destacar su interés manifiesto por la estimación argumental de la figuración humana, que resuelve y concreta con aplicación de amplias y expresivas pinceladas para la determinación formal de los motivos, movido siempre por la búsqueda de la esencialidad icónica. Su *Ángel de eternidad*, compuesto especialmente para la ocasión e inspirado abiertamente en uno de los poemas de más íntima comunión en fe de Carlos: «Oración final de un alma en los umbrales del siglo

XXI», incluido en su poemario de fundamentación religiosa de título *Luz del mundo*, es una obra expresionista, compuesta con empleo de colores puros, y resuelta con *sprays* y acrílicos, aplicados de forma contrastada y directa sobre el lienzo.

JAVIER BASSECOURT es pintor ejecutante, tocado por el destino para perseverar desde esta condición para la existencia. A juicio de Carlos Delgado, «poseedor del don preclaro de poetizar lo que toca». En su quehacer la recreación plástica de lo observado se convierte así en motivo emergente singularizado, con vida y latido cordial propios, ahora trascendido por una razón, una exigencia y una voluntad suscitadas a partir de una conmoción interior personal que deviene como consecuencia de una *praxis* vivencial ejercida y gozada. En toda circunstancia ha sabido sacar máximo partido a una contenida paleta cromática, transitando siempre de la mano de un extremo rigor técnico, estético y compositivo, de manera que la agilidad de su pincelada y la plasmación constatable de su gestualidad nunca prescinden de la justeza cabal que exige la razón compositiva. En la obra con que concurre a la presente muestra, *Plaza de las Tendillas, 12 h., noviembre*, es bien reconocible esa habitual evocación trascendida que suele hacer de todo enclave seleccionado para su consideración perspectiva. La cordobesa Plaza de Las Tendillas ha sido valorada por el artista en reiteradas ocasiones, tanto en sus distintas estaciones anuales como al cabo de las distintas horas del día.

La sevillana **CARMEN CHOFRE** se reconoce como artista desde el ámbito de la figuración, con una obra ciertamente caracterizada por la extraordinaria sensibilidad con que da desarrollo a su particular secuencia creativa, en aplicación de

una pincelada fresca pero certera y una reconocida maestría en el uso del color. En su particular aportación para esta muestra recrea un poema cuyos versos principian así: «A veces, todo tiene sabor de agua cansada...», en que la representación de una testud femenina queda semi-inmersa con tan sólo los sentidos de la vista y el oído sin afectación perceptible respecto al dominio de las aguas, en silenciosa incomunicación háptica con la materia, aquí colmada por un hastío líquido que los sentidos anega.

La obra pictórica de **RAFA LÓPEZ** es de un gran impacto visual, tanto por las formas como por el colorido, dando despliegue a trabajos mediante los que interioriza en modo copartícipe las principales corrientes artísticas contemporáneas, tales como el neoexpresionismo, el grafiti, el arte pop, el surrealismo y la abstracción, para conformar un conglomerado de acúmulos barroquizantes en el que podemos ver entremezclados con absoluta naturalidad figuras, animales, objetos y elementos del paisaje, con otros signos y formas geométricas emergentes desde un repertorio anicónico o informalista. Para la ocasión ha recreado –como Carmen– el poema «A veces, todo tiene sabor de agua cansada», pero es el titulado «Últimas voluntades» el que acompaña su trabajo, en que el cordobés nos transmite una perenne comunión con sus referencias terrestres, recreadas a su vez aquí igualmente mediante infinitud de correlaciones a las que recurre el artista para conformar una obra de plena fundamentación psicológica, de resultados de activar una mirada interior compartida con el propio poeta.



MIS AMIGOS, PINTORES Y ESCULTORES (Evocaciones cordobesas de un amante del arte)

Carlos Clementson

Ahora que ya he trasvasado –Dios mediante– los ochenta, vuelvo la vista atrás y desde esta perspectiva de colmada madurez, contemplo al niño aquel que estudió primero en “La Milagrosa” y luego unos diez años en los Maristas de nuestra ciudad. Y mi primer recuerdo, antes de verme con un libro en las manos, es sentirme envuelto a todas horas en el mundo mágico de los lápices de colores, las acuarelas y los paisajes de algún álbum. Esa intuitiva afición a la pintura, niño aún y luego adolescente, yo la satisfacía con mi puntual visita a las exposiciones que tenían lugar en la sala Municipal de Arte de la calle *Góngora*, que, por vivir en *Cruz Conde 8*, tan cerca estaba de mi domicilio. Luego recuerdo mi descubrimiento, a los 15 ó 16 años, de Benjamín Palencia, en una mágica exposición en la sala de la Hermandad Farmacéutica, creo, y mi deslumbramiento ante aquellos paisajes radiantes de un color lleno de sugerencias.

Recuerdo una escena de trilla con los mulos en diferentes tonalidades, morados, naranjas, verdes, amarillos... e incluso una vista de la torre Alfonso del castillo de Lorca, que pronto recabó mi atención por mis vinculaciones familiares.

Otra experiencia estética imborrable fue el descubrimiento y excavación del templo romano de *Claudio Marcelo*, al que acudía casi diariamente por mi afición a la arqueología; y ante todo, día tras día, durante años, el ir y venir por

la gran escalinata barroca de las Escuelas de la Inmaculada, en donde estaba el Colegio *Cervantes* de los Maristas, y que a mí, en su rotunda policromía en mármol, se me aparecía como la gran metáfora arquitectónica de la poesía de *Góngora*, que precisamente había estudiado allí cuando aquel colegio lo regentaban los jesuitas... De ahí me queda mi enamoramiento por la Plaza de la Compañía con su armónico pórtico de columnas de la iglesia de Santa Victoria, que es toda una lección de clasicismo y, salvando los tiempos, un testimonio al viandante de la romanidad de nuestra urbe, que no debemos olvidar, aunque se trate de una edificación del XIX, en la que intervino el ilustre arquitecto Ventura Rodríguez.

Así, hasta mi curso de preuniversitario, en que me sentí muy atraído, en la pintura, por el expresionismo abstracto y por la música de jazz, a un mismo tiempo. Y tras dos óleos de amplio formato, colgué definitivamente la espátula y los pinceles, porque las letras, y en particular la poesía, sentía que llamaban a mi puerta, y no podía dejar sin hacer caso a aquellas recalcitrantes y sugestivas muchachas, que eso era lo que me parecían las musas. Pero siempre me quedó la nostalgia del color y la forma. Y así me siento, o me gusta sentirme, un poeta-pintor, al menos a través de la palabra.

Por eso, cuando tras mis años universitarios en Murcia, me reintegré a Córdoba, reanudé, y ya personalmente, mi vinculación con los pintores y escultores de nuestra ciudad, que, en su convivencia amistosa casi diaria, me han enriquecido con su trato y han ejercido sobre mí con sus obras una inesquivable seducción.

Dicha convivencia con la mayoría de ellos me ha brindado un tesoro de afectos, de sensibilidad y belleza, que en no pocas ocasiones intenté plasmarlo en verso o en algunas impresiones crítico-literarias.

Y ahora me veo —una vez terminado mi servicio militar con cerca de 27 años en el cuartel de Lepanto—, visitando la primera exposición que a mi vuelta me impresionó de un modo imborrable y permanente. Se trataba de una gran muestra de **Juan Hidalgo del Moral**, allá por el año 75, en las salas de “Atrium”. La rotundidad casi escultural de aquella pintura, tan renacentista, con fondos de la ciudad de Úbeda, en donde Juan había sido profesor, tan clásica y actual al mismo tiempo, parecía sintonizar con precisión con mi concepto clásico o renacentista de la poesía. Y cuando en la Sala *Mateo Inurria*, unos años después, Juan Hidalgo expuso su colección de dibujos y sanguinas inspiradas en el orbe literario de don Luis de Góngora, yo creo que casi entré en éxtasis, en un éxtasis de orden estético, ante aquellos cuadros, en el que se fundía mi devoción por la poesía y los personajes gongorinos y el trazo magistral del dibujante, a tono y en justa correspondencia plástica y sensual con el espíritu del gran poeta barroco.

Allí, en aquella sala, dirigida por entonces por el maestro **Antonio Povedano**, recuerdo una muestra excepcional de Viola, que era el primer pintor abstracto que, en un libro de reproducciones

pictóricas tan sólo en blanco y negro, ya me había seducido casi de adolescente. Y allí, en la Escuela la lo vi, contemplé su obra tan sugestiva, y lo oí con su voz quebrada. Luego la Sala *Mateo Inurria*, en colaboración con la Universidad, ha venido ofreciendo, hasta no hace mucho, año tras año, unas excepcionales muestras plásticas de todo tipo, con enjundiosos catálogos, que hoy forman una colección inestimable, y que quedan como permanente testimonio del arte desarrollado en nuestra ciudad durante estas décadas.

Pero la amistad poética con Juan Bernier es la que me llevó a lo que por entonces era el meollo urbano de la vida literaria y plástica de la ciudad, a mediados de los setenta. Aquellas tertulias, en la acera de “Siroco”, bajo la galería “Studio”, entre el fragor del tráfico y el humo de la contaminación, en torno a Juan Bernier, a **Pedro Bueno** o **Rafael Botí**, cuando venían de Madrid, ilustradas por la tensión intelectual de Carmelo Casaño, siempre al tanto de la última publicación ensayística, o por la dinamización amistosa y alerta de José Jiménez, marcaron, creo yo, un hito en la Córdoba cultural de aquellos años. En la galería “Studio” tuvieron lugar exposiciones de una excepcional categoría, desde todos los puntos de vista; ahí están los catálogos de todas ellas. Aquella tertulia que nos congregaba en la esquina de *Cruz Conde* y *Tejares* era como la atalaya o la antena del latido intelectual de la ciudad, y **Pepe Jiménez**, el vigía —ojo avizor— al tanto del palpito artístico, cívico y cultural de la urbe, al tiempo que nos iconografiaba fotográficamente para la posteridad gracias a su personalísimo estilo de luces y sombras. Su hijo **Manuel Ángel** seguiría pronto la estela paterna bajo tan buen maestro, aunque con unos presupuestos más acordes con sus nuevos horizontes generacionales.

Juan, ante su medio de vino, con su irónica sonrisa maliciosa y curtido por tantas sabidurías de la vida, entre socarrón y comprensivo, de vuelta ya de todo, y con su cigarro en la mano, nos contemplaba a todos como un comprensivo hermano mayor o un pariente muy cercano y familiar. El llorado y discreto Fernando Pérez Camacho, uno de los espíritus más cabales que nos han acompañado en Córdoba durante estos últimos cuarenta años, y fino poeta andaluz como era, nos lo dejó plasmado –hecho ya Juan estatua lírica de sí mismo–, en esta ajustada décima:

Por Ronda de los Tejares
 Juan Bernier en la memoria
 de la más reciente historia,
 ya en los libros escolares.
 Jóvenes adolescentes
 por playas inexistentes.
 ¡Córdoba lejos del mar!
 Y en la mirada prendida
 una sonrisa perdida
 por la terraza de un bar.

Con Juan Bernier yo solía pasar unas tres o cuatro horas al día, y él me iba informando de todo el desarrollo artístico-literario cordobés desde los años cuarenta que ha sido tan fecundo en todos los órdenes, de la poesía, la pintura y la arquitectura. Luego esa tertulia, en verano, la trasladábamos a la orilla del Mediterráneo, en Águilas, a donde Juan tuvo el valor y la locura de presentarse a bordo de su 127, tras un periplo de más de 400 kilómetros, teniendo que atravesar los tres tremendos puertos de la provincia de Jaén. Juan tenía entonces más de 75 años. Todavía no me explico cómo pudo llegar hasta allí con aquellas carreteras... y con su benévola sonrisa picarona de siempre.

Creo que Juan Bernier y Ángel López Obrero, entre los *seniors*, han sido los creadores con los que me he sentido más familiarmente unido. Con Ángel me sentía como con algún miembro de mi propia familia; muy querido, a la vez que admirado, no sólo por su sabiduría artística, sino porque, al igual que con Juan, me sentía muy afectivamente vinculado a su experiencia personal de los años de la República y de la guerra, tan próxima a la de algunos familiares míos. Parte de esa experiencia de Ángel, de su paso por la frontera hacia el exilio y su reclusión en los campos del sur de Francia, luego trabajando en una fábrica y temiendo la llegada de los alemanes, y su vuelta a Barcelona, huyendo de ellos, aunque ello le pudiera costar una condena a muerte, resuelta luego en unos años en la Cárcel Modelo, todo eso lo intenté expresar en el poema que le dediqué en mi libro “Ciudad de destino”, en el que recojo algunas impresiones líricas sobre lo que vengo evocando.

Tanto la experiencia bélica o de postguerra de Juan o de Ángel, todo aquello que ellos me narraban de primera mano, como se le puede contar a un hijo o a un sobrino, era tan terrible, tan dramático, tan espeluznante, que hoy nos resulta casi imposible imaginarlo siquiera.

En este sentido, luego, con Ángel viví un momento realmente emocionante; fue cuando los dos –Ángel y yo– fuimos, en la década de los 80, a recibir al gran pintor de Montoro **Antonio Rodríguez Luna**, a su vuelta de su exilio en Méjico, en donde quedó, entre tantos otros, algún muy querido familiar mío, como el novelista Joaquín Arderius, quien tuvo que sufrir igual experiencia que la de ellos, y allí está enterrado, desde 1969; todos ellos acogidos en aquella lejana tierra hispánica, junto a tantos otros españoles, gracias a la generosidad del

presidente Lázaro Cárdenas, que tiene un buen recuerdo escultórico en la céntrica calle *Córdoba de Veracruz*.

Fuimos Ángel y yo a recibir a Rodríguez Luna al andén de la estación. Bajó del tren aquel anciano y los dos artistas y compañeros de empresas juveniles se fundieron en un cordial abrazo. Apenas si se hablaron. Creo que sobran las palabras, o eran impotentes para expresar todo cuanto querían decirse a través de más de media vida de ausencia y lejanía. Luego, tomando un café en una terraza, Rodríguez Luna se le quedó mirando a los ojos a López-Obrero, y en voz muy baja musitó, cogiéndole una mano: “¡Cuarenta años, Ángel, cuarenta años!...” Casi sin palabras, tenía ante mis ojos la imagen viva de la sinrazón y el drama del exilio.

En estos últimos cuarenta años he tenido ocasión de mantener también muy francas y fraternas relaciones con los pintores de mi generación, con el querido **Emilio Serrano**, ese gran maestro que nos dejó hace un tiempo, y que llevaba la Córdoba íntima de su infancia de postguerra muy cerca y palpitante de su corazón de artista; con **Juan Cantabrana**, tan inconfundible y luminoso, tan felizmente ambicioso en la complejidad de sus grandes formatos; con la admirable **Julia Hidalgo**, la reina del color, toda ella radiante de sensibilidad y dominio, o con Juan Hidalgo del Moral, entre otros, quien, llevado por nuestra dilatada amistad, ha realizado un retrato en el que, por su afecto y maestría, salgo tanto ganando, y en el que ha plasmado —creo— lo mejor de mí, o al menos cuanto yo hubiera deseado llegar a ser un día. Hoy día dicho retrato se encuentra entre el fondo de nuestro Museo de Bellas Artes, al que ya va siendo hora de que le busquemos un nuevo y más adecuado emplazamiento que el insuficiente que hoy le agobia.

Dignas de recordarse eran también las reuniones en el estudio de **María Teresa García López**, rodeados de la grávida y rotunda opulencia de sus figuras, inspiradas en la corte de Felipe IV y en modelos de hoy, cónclaves en los que artistas, algún poeta y varios miembros del estamento universitario intercambiaban interesantes opiniones y preferencias.

Pero muy en particular han sido los *seniors*, los mayores, a los que he tratado tanto en sus obras como personalmente, quienes han suscitado en mí una admiración, un respeto y sobre todo un afecto casi filial, una especie de relación entrañable: pienso ahora mismo en **Pedro Bueno**, tan hondamente andaluz y cordobés, tan fino —tan suyo también otras veces—, el pintor de mayor sensibilidad literaria que yo haya tratado, quien me lograba emocionar simplemente escuchándole su lectura o comentario de algún novelista ruso, para él tan queridos. O **Ginés Liébana**, un auténtico genio pluridimensional. Hermanos mayores para mí son **Antonio Bujalance**, excepcional en la honda psicología de sus retratos y en la volumétrica belleza de sus paisajes urbanos, así como en sus originales y comprometidas incursiones en la ecología plástica, en su reivindicación y defensa de la Naturaleza a través del arte, o en sus característicos paisajes cósmicos; o **Eduardo Corona**, a quien debemos por dos veces la recuperación del retablo y la Iglesia de la Merced, después de aquella noche de pesadilla, cuando nadie creía posible llevar a término tan ardua empresa; o mi también medio-paisano el murciano, injerto en cordobés, **Tomás Egea**, inmenso retratista psicológico, dibujante inconfundible y lúcido, magistral en sus cerámicas, que él solía preparar en los hornos de la ciudad de Lorca, en donde asimismo dejara grandes murales enriqueciendo sus facha-

das. Por esas fechas, como quien no quiere la cosa, andaba confeccionando el personalísimo volumen *Los libros y los días*, en colaboración con Carmelo Casaño. Como en el anterior *Nuestra ciudad*, en sus ágiles e inteligentes ilustraciones –tan líricas, a veces, tan dulcemente críticas otras o satíricas– Tomás Egea va glosando y comentando en línea, con una lucidez plástica no frecuente, muchas de estas estampas literarias, en perfecto maridaje de texto y grafía, hasta el punto que, como su autor escribiera en *Nuestra ciudad*, “sin los dibujos de Tomás la propia palabra parecería falta de relieve, mutilada, sin una dimensión”. Y esto vuelve a ser verdad en este libro tan luminosamente ilustrado. Sin complejos de ninguna clase, Tomás Egea pone su pluma al servicio figurativo de estos breves ensayos, de estas semblanzas, de estas evocaciones, y logra gráficamente inyectarles una nuevo relieve formal y estético, además del que el escritor ya habíales infundido con su prosa. Y lo logra no sólo porque Tomás Egea tiene un casi insólito dominio de las formas, sino porque, al par que de una vibrátil sensibilidad poética, está dotado de una alerta intuición inteligente, que le hace captar, desde un primer momento, los diversos matices de la realidad.

De tantos pintores y escultores podría hablar, cordobeses y foráneos, como el griego **Dimitri Papagueorguiu**, que se quedó impresionado de la alegría de las calles de Córdoba durante los patios de mayo, y me comentó que ese inmenso alborozo colectivo él sólo lo había visto, de niño, cuando los griegos expulsaron a los alemanes de Atenas.

Otro tanto debería decir de mis amigos escultores, como **Rafael Rodríguez Portero**, gracias a quien tenemos, entre otras tantas obras de en-

vergadura monumental, su grupo sobre el Inca Garcilaso en Montilla, que Miguel Ángel Entrenas llevó brillantemente a la pantalla, y sus inolvidables efigies de Góngora, de Séneca o Manolete, o **Juan Zafra** con esa viva actualización inconfundible de un clasicismo para el siglo XXI, que nos hace pensar en la estatuaria griega pero magistralmente trasmutada y filtrada a través de veinticinco siglos de historia de la cultura, o **Francisco Luque**, con sus rotundas opulencias estatuarias femeninas, que reiteran los curvilíneos ritmos de las ondulaciones de la campiña de Córdoba.

De esta convivencia mía con los artistas de nuestra tierra a lo largo de estos últimos cuarenta años surgió un libro de versos, *El color y la forma*, y algunas páginas de carácter más o menos ensayístico... Pero hablando de mis últimas cuatro décadas en nuestra ciudad no puedo omitir mis cuarenta años de estancia en nuestra Facultad de Letras, en el antiguo Hospital del Cardenal Salazar, en donde ingresé el curso 1973/74 y he continuado vinculado hasta ahora, junto a la sabia experiencia intelectual de don Feliciano Delgado y el magisterio del profesor Cuenca Toribio, entre tantos otros compañeros. En la serenidad de sus claustros y en la íntima y refrescante belleza de sus patios he escrito muchos poemas y he traducido a muchos autores, favorecido por el silencio y la histórica atmósfera de este edificio entre medieval y dieciochesco, hoy día en que el silencio casi se nos ha convertido en un lujo.

EL POETA CARLOS CLEMENTSON EN LAS ISLAS DEL EGEO

Carmelo Casaño

Aunque su apellido sea anglosajón y tuviese un pariente lejano amigo de Gladstone, el poeta Carlos Clementson estuvo en la guerra de Troya.

Allí se encontró con Aquiles, con Helena, con Patroclo, con Héctor..., con carros flamígeros, teatrales caballos de ingenio, esclavas apetecibles y salaces, muchachas que vestían con peplos de color de azafrán; con el renacimiento integral del Duque de Bomarzo —jorobado, esteta, cruel—, con Leconte de Lisle, el pulcro traductor de Homero.

Cuando terminó la guerra ineluctable y se desvanecieron sus humos, se despidió de la insignificancia y del destino: de Leopold Bloom, el *Ulises* plebeyo de Joyce, y del *Ulises* heroico. Y en un barco, cargado de libros, con su gato y su canario, se fue a navegar para siempre por el Egeo, entre islas imperturbables; a perseguir la belleza, sus liberaciones, proponiéndose no llegar nunca a las costas de Ítaca.

Se hizo coleccionista de azules mediterráneos. Azules celestes y azules marineros. En treinta y dos siglos los ha reunido casi todos.

En una ocasión, para arrancarse un poco de soledad, se acercó hasta Abdera, donde enseñaban los sofistas. El más anciano, el sofista más correoso — qué atracción inconfesada la de los sofistas— le dio un consejo: que en sus temas literarios «hubiera siempre un asidero plástico». Exactamente el mismo precepto estético que, en otro tiempo y lugar, escuchó Luis Cernuda de labios de su profesor de retórica, un religioso que usaba «gafas idénticas a las que lleva Schubert en los retratos».

Le habría agradado asistir a la Hsing Ming Chia, la escuela china de las Formas y los Nombres, pero, aunque lo dudó, prefirió seguir navegando por el Egeo, por aquellas costas que tanto le recordaban a las de Murcia, como se había propuesto desde el principio (esos son los inconvenientes de tener obstinados tatarabuelos británicos).

Lo vi, la última vez, en el verano de 1972, un calmado mediodía, frente a la isla de Delos: continuaba en su balandro. Lo divisé desde la cubierta del «Cristóforo Colombo». Nos saludamos con alegría y, mientras agitábamos las manos, me gritó una recomendación: *-¡No dejes de leer los papeles italianos de Josep Pla!*

En *Los libros y los días*, Córdoba, Diputación Prov., 1993, págs. 107-109



TOMÁS EGEA • Carlos Clementson,
ilustración para *Los libros y los días* (Córdoba, 1993), tinta / papel, 28 x 20 cm.



Carlos Clementson, en casa de Montserrat del Valle y Ángel Sardina, Ávila, 1993, foto: M. Clementson



**Homenaje a
Carlos Clementson**

**«CORRESPONDENCIAS»
ENTRE EL POETA Y LOS ARTISTAS**

TURRIS EBÚRNEA

La Mezquita, que a todos asombra, es lo que a mí menos me gusta. Recuerdo que Gautier, en su Viaje por España, habla con entusiasmo de ella, y, en cambio, dice algo con desdén de la torre de la catedral, que a mí se me figura muy hermosa.

Pío Baroja, *Las horas solitarias*

Contra el azul del cielo cincelada
alzas tu noble y áurea orfebrería
de sillares de siglos, que a porfía
afirman tu oración ensimismada.

Un alminar te late, islamizada,
en tu interior, y su alta jerarquía
en el centro ancestral de Andalucía
confirma tu verdad, luz heredada.

En perpetua ascensión cual palma ardiente,
bajo el sol que te dora en tu hermosura,
en ti fúndense Oriente y Occidente,

oh columna de paz que, sura a sura,
salmo a salmo, creció, alta simiente,
dura espiga de luz y piedra pura.



GUSTAVO GILLMAN BOVET • *Patio de Los Naranjos, Mezquita de Córdoba* (1900),
fotografía analógica.

LECCIÓN DE HISTORIA

(Despedida a los pies del Partenón)

I

Equilibrio y razón, pura armonía
es la norma de mármol que preside
este sueño de dioses que a los hombres
más humanos y libres los hacía.

II

Hallaron la belleza y la elevaron
a la más alta escala que pudiera
el hombre concebir. Hela aquí, siglo
tras siglo, brillando ante la historia,
dictando su lección de geometría,
de bella inteligencia alzada en mármol.

III

Vino luego lo oscuro, un viento negro
que abatió las estatuas y agostara
el perenne laurel, su excelsa música,
y todo fue a parar al sumidero.

Pero sigue en tu espíritu la imagen
de aquel templo que guarda la armonía
y el ritmo musical de sus columnas
de mármol del Pentélico, y que funde
materia y logos, forma y pensamiento,
hoy ya tan sólo esencia de elegía.

Aún perdura el fulgor de aquel milagro.
Sí, aún nos llega su luz entre la niebla.



JOSÉ GARNELO Y ALDA • *Atenas: el Erecteion y el Partenón al sol de la tarde* (boceto, 1911),
óleo / lienzo, 31 x 61 cm., col. particular, Montilla



RAFAEL BOTÍ • *El arriate de las petunias* (1978),
óleo / lienzo, 64 x 54 cm., col. Real Academia de Córdoba

PARAÍSO INTERIOR DE PEDRO BUENO

Huerta del Solo, Villa del Río (Córdoba)

Con inconforme afecto ama este espacio, el pueblo,
este claro jardín que abraza el río —remanso
de familiar verdura—,
sus mañanas radiantes, y allá al fondo la nítida
pureza de la ermita: esta fina y desnuda
simplicidad, y la hermosa, exaltante costumbre
del vivir cada día
con el más hondo asombro matinal en los ojos.

¿Costumbre es el vivir? Mejor, sorpresa, aurora
primigenia del mundo en la tierra materna,
como edén restaurado por la atenta mirada
bañada en el amor: sabiduría más honda
del mirar que la ciencia tantas veces estéril:
mirar, mirar las cosas con los ojos de siempre,
con humana aquiescencia,
pues hermoso es el mundo cuando es nuestro y vivido
en estación de amor.

Su arte lo afirma.

Así, año tras año, el hombre ha ido aprendiendo
—a veces desde lejos— que un paraíso puede,
quizá, tan sólo ser unas paredes blancas
centrando el orbe todo de un pueblo en su pureza:
la luz natal filtrándose por un lienzo de lino
como el oro aventado de las eras antiguas,
iluminando el cuarto en el que va plasmando
con sutiles pigmentos y leves trazos diestros
la montaña, la Estrella, la ermita y el ciprés,
esos puros recuerdos de infancia y juventud
que siempre le acompañan cuando de aquí está lejos.

Ha vivido y conoce el precio de las cosas,
el valor de estos dones: esta luz, este cielo,
la luna en los olivos sobre el Monte Real
como era en un principio, mientras los hombres pasan;
el paternal rumor del río junto a la casa,
lentamente fluyendo como la vida misma,
ese río cuyas aguas de entonces ya pasaron
y, sin embargo, sigue permaneciendo el mismo,
como él, que a su orilla vive y se reconoce
como fue, como hoy es.

Atiende a su rumor. Las ondas traen
puras voces antiguas, maternas
latidos en sus aguas, pues los ríos, si bien
—larga memoria herida— hacia la mar discurren,
la imagen guardan siempre de quienes en su espejo
una vez se miraron.

Escucha su canción. Qué claras sílabas
de infancia entre sus árboles. Vuelve aquel tiempo
claro del despertar a esta costumbre
profunda del mirar. Vuelve la infancia
que no dejó de ser, como esas aguas
que, cual ella, pasaron y hoy son otras,
mas las mismas de ayer.

Las ondas brizan
reflejos de otro tiempo, estampas trémulas
en su encrespado tránsito:

Desnudas las acacias
en el frío de diciembre con olor a almazaras
y humilde Navidad...

Ardía la leña húmeda
de escarcha en los fogones, y la niebla de enero
cuajábase de aromas...

Al ritmo de estas aguas
los ojos del ensueño rescatan la memoria,
benigna y maternal, de unas manos perdidas
disponiendo el almuerzo al niño de otro tiempo,
a ese niño de ayer que hoy revive en los ojos
de estos otros que, en brazos puros de la nostalgia,
pueblan esta pared;

así como esas manos
femeninas sobre el lienzo pintadas
reiteran aquellas que no olvida, en idéntico
ademán de ternura, saltando sobre el tiempo,
en tantas otras formas —azules, rosas, malvas—
que la tarde dorada va irisando en su vuelo.

Por eso una materna querencia le conduce,
algunas tardes fieles,
al manso muro blanco de beatitud en que yace
—fundida ya a la tierra, en flor de eternidad—
bajo la luz de ayer, la fuente de su amor.



PEDRO BUENO • *Autorretrato* (h. 1974),
óleo / lienzo, 36 x 28 cm., Casa-museo «Pedro Bueno», Villa del Río (Córdoba)

Por eso ama esta tierra, su aroma de frescura vegetal, ciertas noches, el maternal regazo del limo de su orilla, el familiar temblor de las cosas de siempre henchidas, inmutables, cargadas de recuerdos, como un pomo de aroma.

Su historia aquí está escrita. El viento no la borra. Sin ella su pintura no sería tal cual es: maternidades, niños, entrañados paisajes, la gloria de unos frutos dando color al mundo.

Ha salido al jardín. Dulce ya el día se vence hacia la sombra. Un oro tierno beatifica el poniente y los azules contornos de la Sierra.

Alta una estrella fulge en la frente pura de la tarde. Se escucha su latir; viene de lejos, de altos cielos de ayer, viene del fondo de nuestro corazón. Una grisalla de finísima niebla va extendiéndose desde el Guadalquivir, entre calientes vaharadas de maizales; qué empañada veladura del sueño —lenta plata—. Dulcedumbre de límites, todo se encierra aquí: la diversa belleza vivida de las cosas que nos pervivirán.

Qué densidad de espíritu. Qué plenitud de alma encierra el valle.

Corta la vida es para tanta hermosura; breve el día e irrevocable la serena corriente ligera de las horas.

Por eso el hombre quiere que un rastro de ella —aquella que más hondo tocara su corazón— perdure; quede plasmada en arte, y en sus formas el color de la vida y el ideal del sueño, ambos a un tiempo, vibren como feliz testigo

de un cierto paraíso que existió en algún sitio; aunque, quizá, en el sueño, en realidad, tan sólo, o en el fondo del hombre. Ha salido al jardín. Todo el paisaje se recoge en su entorno.

Se inclina hacia la tierra, busca en los arriates, arranca alguna flor; la aspira tal si fuera el alma de este reino; y su mano al cogerla tiembla ligeramente, pues el hombre ha aprendido que todo lo que es bello y alegre —violeta o rosa fresca— oculta entre sus pétalos un destino de sombra. Su seducción radica en su precario gesto desamparado, ese esplendor inerme o fatal condición de ser para la muerte; y en ello su hermosura se acrece ante el silencio, y más fúlgida brilla su estela fugitiva, y más profundo exhala su dulcísimo aroma.

Y con ellas delante, con frágiles colores, levanta un simulacro de vida o de verdad; si frágil y precario, a imagen de sí mismo y el alma de sus sueños, por cierto, más perenne que esa alerta conciencia de vida que las crea y las traspone al lienzo, esa humana conciencia relámpago tan sólo, rápido parpadeo de luz entre dos sombras.

Pues un paraíso puede caber en estas rosas proclamando su efímero imperio desde un vaso de tallado cristal, estas violetas húmedas aún del primer rocío de la mañana, o esos frutos gozosos cogidos por su mano y en su mano elevados al lienzo para siempre, a nueva vida eterna o eterno sueño.

¿Vida o sueño?... Mera cuestión de amor: depende todo ello del color de verdad que le infundamos.



JUAN POLO • *Busto de Pedro Bueno* (1992),
terracota, 42 x 17 x 17 cm., Ayuntamiento de Villa del Río

CONSOLACIÓN DE LA BELLEZA

(Ángel López-Obrero contempla la ciudad una tarde de lluvia)

Son las tres de la tarde. Noviembre, y hace frío.
Sobre las blandas lomas de la campiña grávida
navegan lentamente galeones de nubes
con las velas henchidas de viento del Atlántico.
Por surcos y besanas va sembrando la lluvia
con íntima tristeza la promesa del trigo.

Son las tres de una tarde de otoño, y hace frío.
Junto a la cal enferma de patios y callejas,
como un viejo mendigo cansado del camino,
el otoño reclina su cabeza de niebla.

Está solo en la estancia. Con sus ojos inquietos,
desde el estudio en calma, abarca la ciudad,
sus confines agrarios fundidos en la bruma,
mezquitas y conventos, alminar y espadañas,
la calle de la Cárcel, o el patio de naranjos
por donde cruza oscura la prisa de un canónigo
camino de los doctos silencios del Archivo;
tutelar e inminente, la gran torre, porosa
de sol antiguo y lluvia, y entre ciudad y campiña,
el alfanje herrumbroso y cansado del río.

Está solo en la estancia, frente al lienzo en agraz
que acoge en su blancura
este mismo horizonte de torres y azoteas
que el jaramago encrespa con su humilde penacho
de heráldica pobreza menestral.

Poco a poco,
casi amorosamente, el pincel va esbozando,
dueño de la materia, del color y sus formas,
el plástico trasunto de la ciudad entrañable:
tejados y azoteas, espadañas, palmeras,
puertas desvencijadas que fustiga la lluvia
y el sol de los veranos,
decréptas paredes donde con lentas uñas
el tiempo ha ido labrando su escritura de ruina...

(Entre la lluvia, a veces, deja filtrar el sol
un pálido reflejo de plata sucia sobre
las alas del arcángel de piedra *que corona
de Córdoba la torre*).

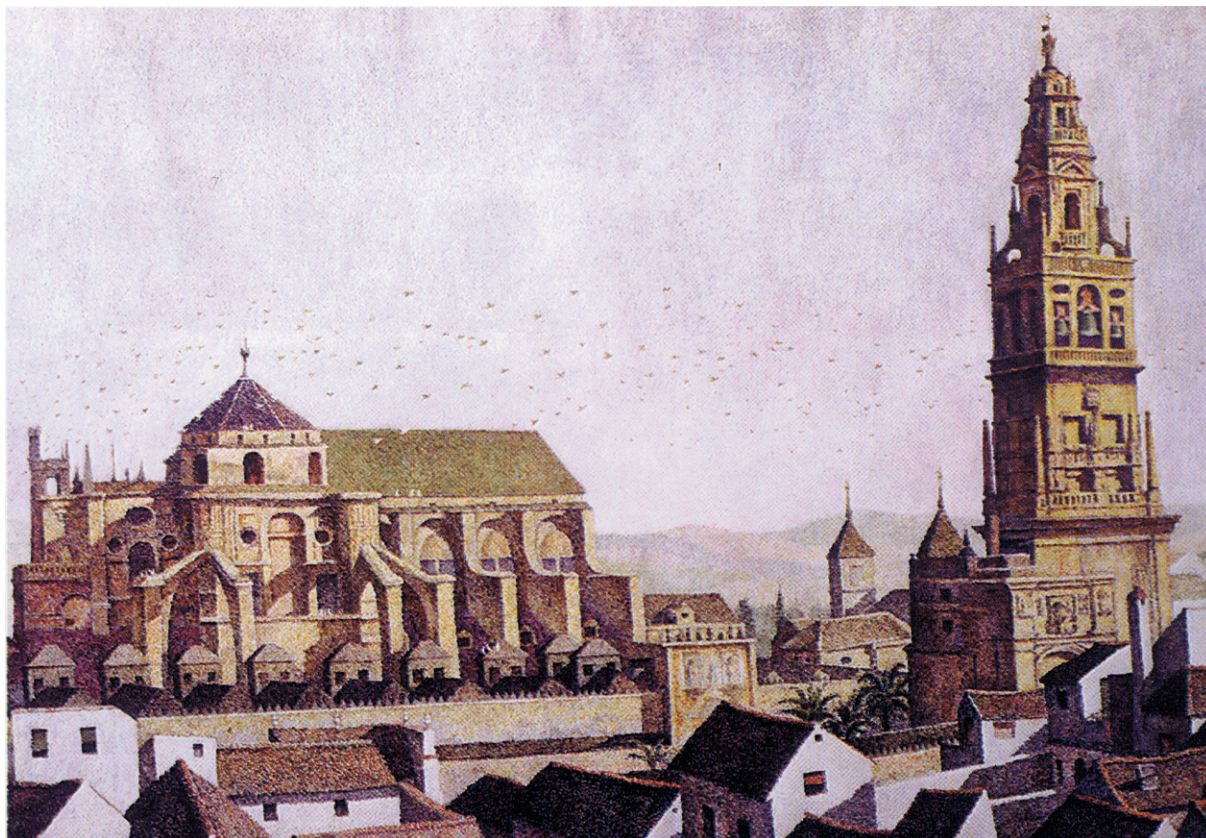
Cómo ha pasado el tiempo, casi sin darnos cuenta,
como estas nubes pasan...

Entre estas mismas calles jugara él, de muchacho,
cuando Córdoba aún era un reino invulnerable
de cal y de ternura, provinciano y doméstico
grave mármol de Roma, como una inmensa plaza
donde ir descubriendo el don de la belleza.

Bajo techos como éstos, su mano comenzara,
por un extraño anhelo llevada o un misterioso
afán, a ir perfilando
sus primeros dibujos, por un raro deseo
de plasmar para siempre ese oculto latido
cálido y cotidiano de las cosas sencillas:
una silla o una mesa, el silencio oloroso
de una vieja taberna, un búcaro con flores,
o el brocal encalado de un pozo en el verano
cuando el agua sabía a jazmines y a hiedra.

Está solo en su estudio. Le acompañan sus cuadros:
naturalezas muertas y paisajes vividos,
cabezas de muchacha o adustos segadores
con el sol de la trilla metido hasta los huesos.
(Desde un rincón irradia, matinal y rosada,
la carne de un desnudo, tornasoles de fruta...)

Frente al lienzo empezado, parece que fue ayer...
Y sin embargo cuánta pequeña y grande historia
ha ido desmoronando la gloria de aquel tiempo
feliz entre naranjos y aromas de tahonas
por las calles de Córdoba.



ÁNGEL LÓPEZ-OBREIRO • *Vista de Córdoba, desde el estudio del pintor* (1975),
acuarela / papel, 73 x 107 cm., col. Carlos López-Obrero, Córdoba

De aquel tiempo de entonces
queda hoy tan sólo esta sutil disposición
del alma en recrear la efímera presencia
serena de las cosas, como un pequeño dios,
y restaurarle al mundo, de nuevo, su hermosura
con mentido verismo, con mucho amor: la magia
del color y la sombra sabiamente dispuestos.

Contempla esos tejados que a emerger ya comienzan
sus cubistas volúmenes sobre la tela mientras
la lluvia va cayendo sobre calles y plazas.
Deja una pincelada
de azul triste en el blanco cansado de unos muros,
esfuma un horizonte o perfila un contorno.
Frente a sí la ciudad se recoge en un lento
sosiego de campanas.

Va cayendo la tarde.

Casi no le hace falta contemplar la teoría
de este urbano escenario —tejados y espadañas
de cal y de silencio— que a sus pies se adormece,
porque lo lleva dentro desde hace tantos años
que es ya parte de sí, y su íntima belleza
por ajenos paisajes le ha acompañado siempre,
a salvo ya en el fondo del pecho, intacta y pura
como un alto arquetipo de gloria indeclinable.

Suspende ahora un momento la labor.
Se echa hacia atrás y queda contemplándolo todo
con los ojos de ayer: recuerda
los amigos perdidos, los árboles aquellos
de las Ramblas, la brisa del Montseny,
la tramontana derribando los bancos en Figueras
el año treinta y nueve; la huida por la costa,
los márgenes repletos de coches atascados,
el paso de Port-Bou, la lluvia en la frontera,
las ganas de llorar,
la patria que quedábase ya atrás de nuestros pasos,
y que nos despedía tapándose los ojos

con un último abrazo de niebla avergonzada
mezclada a nuestras lágrimas.

Y luego, al otro lado,
los grandes arenales barridos por el viento,
la inmensa playa abierta al frío, al hambre, al miedo,
los granos de la arena clavándose en la cara,
la humillación oscura
de saberse sin nombre entre el rebaño,
la indefensión del paria,
mientras la cal de Córdoba, bajo el cielo de Francia,
de lejos le llamaba o le hería desde dentro.

(La tarde va cayendo con un lento cansancio.)

Y queda absorto un rato
con los ojos perdidos al fondo de sí mismo,
de su pequeña historia de español sin remedio,
mientras, conforme, piensa

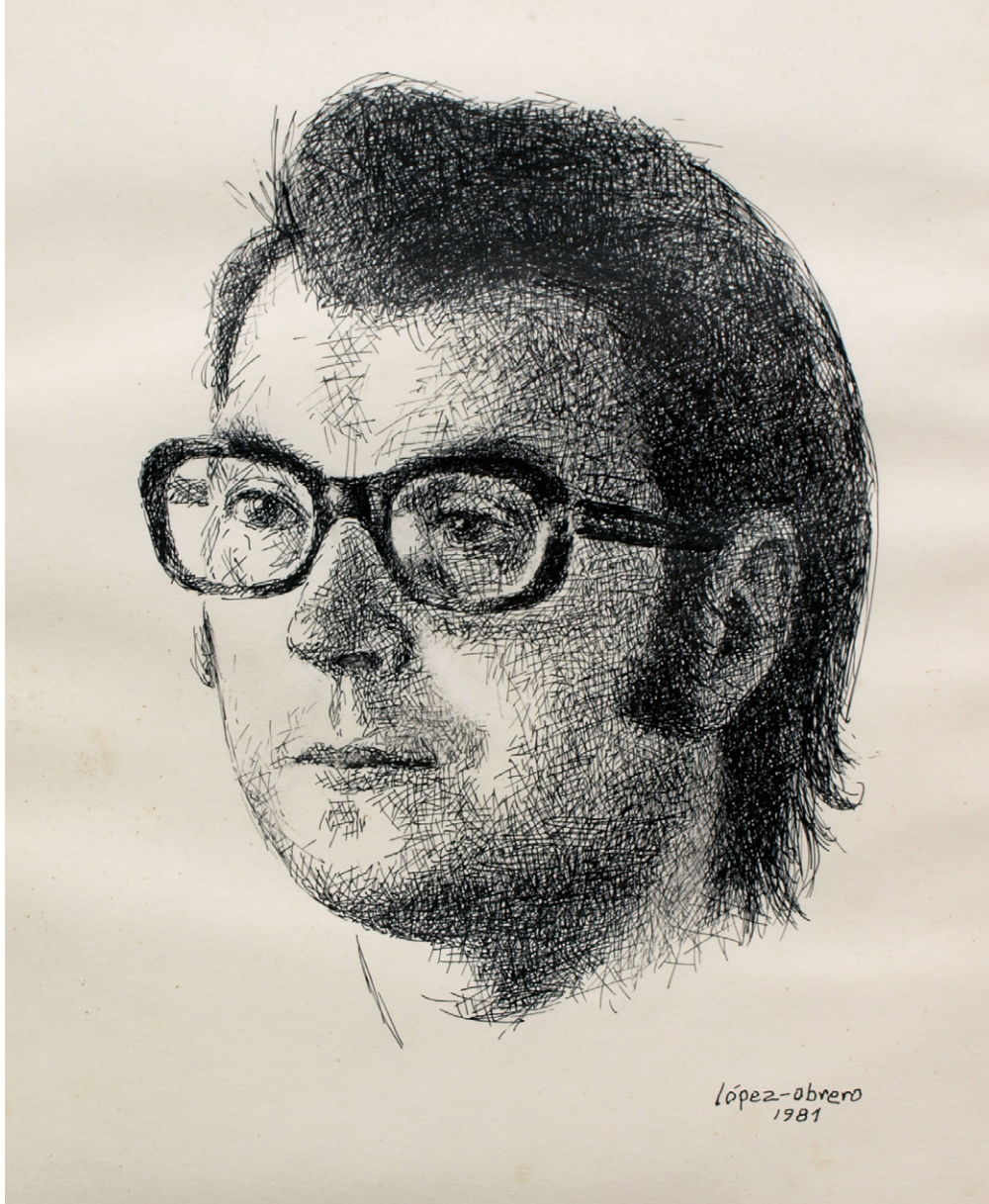
que por encima incluso
del oprobio y la cárcel, la estupidez o el crimen,
después de todo, acaso, bien valiera la pena
esta humilde aventura de fijar la belleza
a cambio de tan poco.

Y, al fin y al cabo, queda
tan sólo intacta y pura esta extraña inquietud,
esa íntima llamada que hace sesenta años
le llevara a afirmar la gracia de las cosas,
la realidad precaria de este mundo inestable.
Cómo a pesar de todo, tras el ruido y la furia
de un tiempo duro y triste,
queda entero este amor que le mantuvo a salvo,
invulnerable, aquellos
años de penitencia, ostracismo y silencio.

Regresa luego al lienzo,

y como de muchacho,

Ángel sigue pintando
mientras cae lentamente la lluvia sobre Córdoba.



ÁNGEL LÓPEZ-OBREIRO • *Retrato de Carlos Clementson (1981),
tinta / papel*

VERSOS PARA UNA EXPOSICIÓN de dibujos de Miguel del Moral

Puras y altas criaturas que en la luz os alzáis
como un árbol de música y de ritmos fluyendo
desde el centro sagrado de la vida y sus formas,
manando de sus fuentes como un agua armoniosa,

¿quién hasta aquí os alzara, de la sombra sacándoos,
espectral de lo incierto, resolviéndoos en pura
gracia andante o extática con tan sólo el prodigio
mínimo del grafito, y os fundó desde el yermo
de la nada o la página deslumbrante y desierta?

Mirad cómo ella ahora va poblándose, atónita,
va habitándose, ubérrima, por el gesto inspirado
de la mano creadora que, segura, establece
el perfil de las líneas a la luz de armonía,
y aquí sombras concierto o un fulgor, allá, nítido,
del papel marca un músculo, o una línea muy mansa
la mirada suave de una eterna muchacha
que aún seguirá tan bella cuando todo sea polvo...

Tan sólo un leve gesto es capaz de ir fundando
el ritmo, de la nada, si unos ojos alerta
y una emoción humana y una mano hacedora
confabúlanse —trinos— para fundar la vida,
no ya en barro ni en fúlgido cromatismo irisado
mas sólo por el trazo de un carboncillo alígero

que, alternando las sombras y la luz, modulando
va las formas, los cuerpos y la vida y la gracia.

Y hela aquí, hecha sonrisa casi alada, radiante
frente tersa, o frutales y brillantes mejillas
donde el pómulo incita a la tierna caricia,
viril forma afirmada o impúber juego ambiguo
de miradas y gestos en un halo indeciso.
(Todo cuanto se ama, o se sueña, o se espera).

Más no nos hace falta. He aquí toda la historia.
Estas líneas devuélvennos —sin querer— al origen
y al primer gesto plástico y fundante del hombre
cuando, una tarde fosca, un ser allá en su cueva
cuaternaria allegóse a unas negras ramillas
o a un tizón requemado de su hogar silencioso
—fuera el viento arrastraba grandes copos de nieve—
y con sorpresa trémula por las lisas paredes
fue poblando su abrigo de animales y formas
—cazadores, bisontes, signos, votos, deseos—
creando así y a su imagen la creación recién hecha,
viendo el mundo a su modo, como nunca antes viéralo,
sometido al imperio de su gesto y sus ojos.

Otro hombre, aquí, esta tarde, cuenta la misma historia.



MIGUEL DEL MORAL • *Caballero con antifaz* (h. 1978),
óleo / lienzo, 58 x 45 cm., col. particular, Córdoba

ITINERARIO ANDALUZ DE MARIO LÓPEZ

Poeta y pintor de Bujalance

Por estas calles blancas camina un hombre en sueños;
avanza lentamente, como quien lleva andadas
muchas leguas de tiempo, o cielo, con los ojos.
Por estas calles blancas camina erguido, un tanto
vencido hacia el otoño, hacia el poniente hermoso;
avanza lentamente, como si cada paso,
cada minuto eterno de sus días iguales
le llevara a sí mismo, sin prisas, con la cierta
seguridad que otorgan los mismos horizontes
aguardándonos fieles al fondo de los ojos.

Por estas calles blancas un hombre solo avanza;
viene de días antiguos, de cielos de otro tiempo,
y marcha hacia el pasado, hacia esas viejas nubes
que dejaron su huella por cielos ya olvidados.

Humilde es su universo, mas cuán hondo el latido
que acompasa su paso al transcurrir del campo.
Su presente es tan vasto como los días de agosto,
pero él guarda en sus ecos la honda voz del pasado.
Sabe de soles, lluvias, de nieblas y de escarchas.
Un hondo olor a orujo va dejando su rastro,
ese olor de aceituna molturada en diciembre
que nos deja en el alma un tibio olor a infancia,
a nochebuena antigua de anís, frío y campanas.

Hondos paisajes lleva grabados ya en el fondo
del corazón, tan grave, tan plena es su manera

de ver pasar las horas, el sol sobre unas bardas,
el viento en los olivos, las nubes por su alma.
Por las rutas de octubre vuelven las mensajeras
de los dulces otoños. Qué suavidad en el aire...
El paso de esas nubes, mansamente, sin daño,
con un surco de tiempo ha labrado su rostro.

Nunca el paso apresura. Nada anhela. La prisa
no muerde sus talones. Vasto y quieto es su tiempo
como el del mar, o el lento transcurso de los astros.
Ayer, hoy y mañana confúndense en su instante,
viejos surcos, cosechas, los ciclos de la tierra:
el pulso de los días que pasaron, y aguardan.

Por estas calles blancas camina un hombre solo,
avanza hacia la tarde, hacia el poniente en llamas
que altas torres sostienen como un altar barroco,
retablo en que los ángeles del ocaso se inflaman.

El aire lo conoce, los vencejos, las nubes;
lo saluda el crepúsculo, y ya en las almazaras,
cara a los olivares, el sol prende en su pecho
una rosa lentísima con su último reflejo:
esa ardiente caricia *que en el Sur se merece
quien va solo y callando tanto peso de cielo.*



MARIO LÓPEZ • *Ermita de Jesús*,
óleo / tablex, 66 x 50 cm., col. herederos de ML, Bujalance

ENVÍO PARA ANTONIO POVEDANO

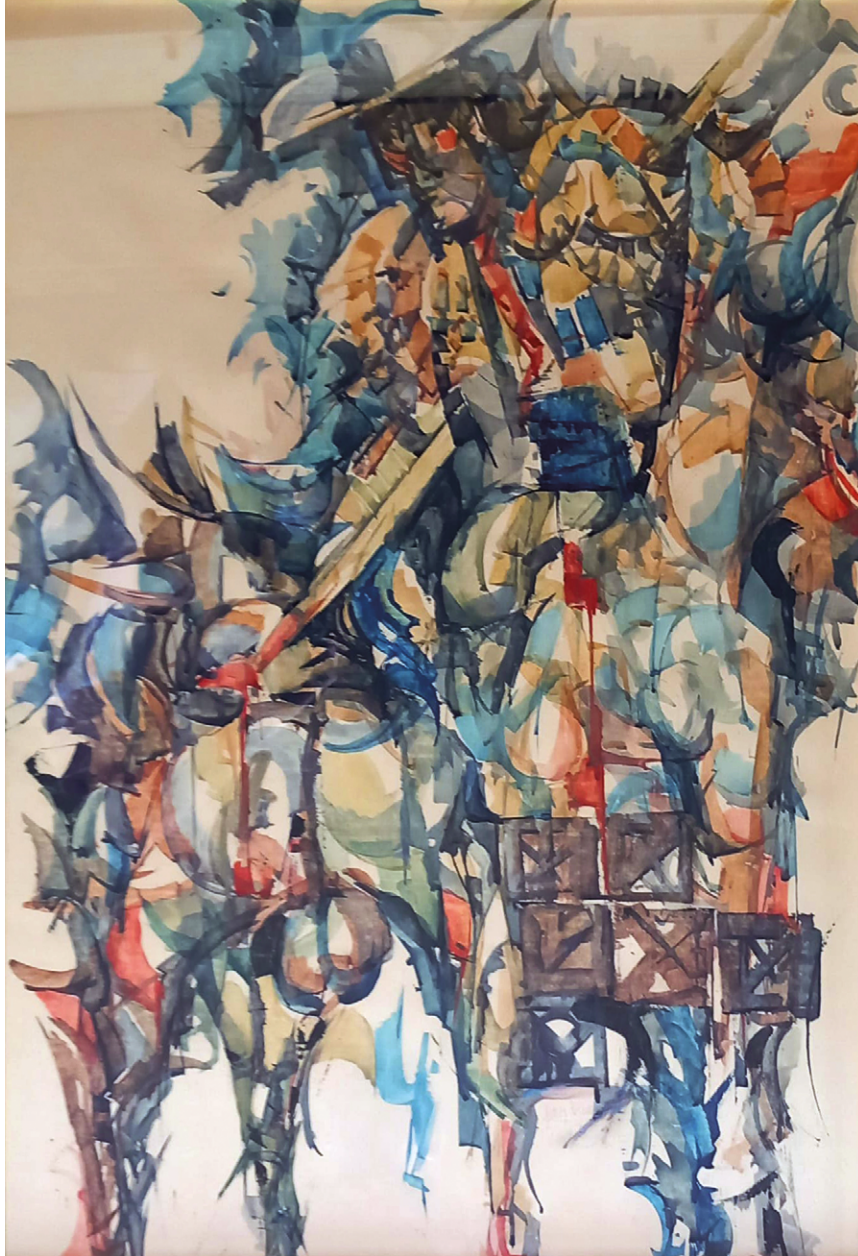


Y el templo estaba en sombras. Un silencio sin horas
—eternidad increada— flotaba por sus ámbitos
y sus profundas salas. Sobre sonoros mármoles
los pasos subrayaban la expectante aventura
como intuyendo acaso con un temblor sagrado
la irrupción del milagro.

Errante planeaba
la soledad de Dios, su sombra unánime
sobre el orbe vacío, alta sobre las aguas.

Y Dios dijo a la luz: ¡Hazte!, y se hizo.

Y tú le diste luego
forma, vida y color en tus vitrales.



ANTONIO POVEDANO • *Picador* (h. 1962),
óleo / lienzo, 100 x 70 cm., col. particular, Córdoba

LOS ÁNGELES ACTIVOS

A Salvadora Drôme,
Condesa de los Ángeles,
de la Real Orden Descalza

Los ángeles de Liébana nunca están en el paro contemplativo, oyendo las músicas celestes, ni son terribles ángeles, tal cual los viera Rilke allá en Ronda o en Duino, sino ángeles dinámicos, bailables y cantábiles.

¡Dios mío, estos ángeles que nunca se están quietos...! ángeles trompeteros y ángeles guitarristas, ángeles arquitectos y hasta ángeles toreros: —«Ángeles pasajeros al tren...» y ángeles guías turísticos, báquicos, peregrinos, que lo mismo que vuelan, tocan el “cello”, o bailan una pavana infanta en tu honor, tú *que eres de acero inoxidable, el último y más vivo pétalo del paraíso* que custodian los ángeles;

ángeles que otras veces te copian la mirada o imitan tu sonrisa, o te ponen la mesa, montan en bicicleta o pescan una trucha para el camino, ángeles médicos e ingenieros, que nunca están ociosos, tal cual primos carnales del ángel madrileño de Isidro el labrador, el santo que mejor se durmiera la siesta en los recalentados veranos de Castilla, mientras en carro andaban Teresa con San Juan refundando conventos,

y él sin crear ni uno, todo por hacer caso al bueno de Don Pedro Calderón de la Barca, quien ya nos advirtió que toda la vida es sueño,

y el sueño, ángeles son.

Y por aquí andan, de nuevo, triscando entre las calles —¡míralos cómo cantan y la bulla que traen!...— y qué polvareda alzan si remontan el vuelo y tornan a sus cielos de andar por casa, a alguna veleta o espadaña de una Córdoba hermética a cantarse un bolero o a bailar una samba por los años cincuenta con la joven condesa, o a subirse —volátiles ángeles lampadarios— a algún áureo retablo, o a pintarle un apóstol a Doménico el Greco, que se quedó en Toledo

a ver volar los ángeles, los infinitos ángeles de todos los oficios, que lo mismo te pintan que te hacen una casa, nada contemplativos, ni ángeles de Salzillo: *angeles liebanitas del desierto animado*, que gustosos trocaren sus violines y violas por las flautillas pánicas de Ricardo Molina cuando fueran de *week-end* a los silvestres campos de Sandua o Piedrahita.



GINES LIÉBANA • *Escenas del pensamiento discontinuo: la dama, el palacio abandonado y la barca en el vacío*, óleo / tablex, 51 x 67 cm., col. particular, Córdoba

LA LUZ DEL SILENCIO

(Paseo por una exposición fotográfica de nocturnos urbanos,
con iluminación natural, del maestro Juan Vacas)

Recorro tu teoría cordobesa hecha imágenes,
y entre cal y jazmines constelados de aroma,
me llevas al silencio por la calle Moriscos,
y por la Piedra Escrita me adentras al sosiego
de un ayer aún latiente que ha salvado tu cámara.

San Lorenzo es un fino relicario de plata,
bruñido por la luna; Santa Marina queda
envuelta entre tinieblas y fulgores de antiguos
arneses militares.

Subo por el Bailío
y resuenan mis pasos por Capuchinos como
en los años aquellos en que la ciudad era
el más íntimo reino gentil de la inocencia
a los ojos de un niño.

Luna y sombra, escritura
de luz vuelta en tus manos sutil caligrafía
de cal ajazminada sobre tapias que velan
aromas de otras noches y jardines de mayo.

Níveo, un mármol dormido, o una cal como un mármol
que olvidara su alcuernia, mas sigue aún alumbrando
en la sombra el camino. Sombras, luces, reflejos,
el rumor de una fuente con sus sílabas de agua
pensativa y secreta, mientras crece en la noche,
como un jazmín muy leve, y florece entre sombras
la honda luz del silencio...

Y con mudas palabras
escribes con la luz y el fulgor de esas sombras
el poema más íntimo de una Córdoba en sueños
que alienta en tu mirada y despliega el desnudo
de su propia belleza —claroscuro del alma
de una ciudad encantada— bajo el sol de tu cámara.



JUAN VACAS • *Retrato de Carlos Clementson* (h. 1980),
fotografía analógica

OTEADORA DE VIENTOS

(Escultura de Aurelio Teno, frente al mar de Rota)

Oteadora de vientos, proa anhelante
de infinitos azules absolutos,
¿hacia dónde tu ruta? ¿Mar o altura?
Ala atlántica, airón, bajel de acero
que perfila el levante con su gubia
e ilumina el fulgor de las estrellas.
Albatros mineral, alza tu vuelo,
gran cuchillo de luz, ala de hierro,
ráfaga celestial que desde el suelo
te alza —rayo y bajel— al vasto piélago
y al último confín del infinito.

Todo el mar para ti, todo el inmenso,
resucitado azul del mar creciente
acaja tu fulgor, oh tú, ola altísima;
águila, afán ardiente, Zeus del viento,
arráncame de mí: los dos muramos
en el azul total del cielo en llamas.



AURELIO TENO • *Proyecto de monumento a Fuente Ovejuna (1988)*,
bronce, 70 x 22 x 20 cm. [sin pedestal], col. RAC, Córdoba

LOLA VALERA

La pintora cordobesa Lola Valera, tan vinculada espiritualmente a Murcia por razones del corazón, como el autor de estas líneas, trae hoy a las tierras solares de este «serenísimo» reino de la luz que cantara el poeta musulmán, el perfil y la luz de otros paisajes y otras tierras de paralela herencia hispánica. Nos trae el silencio, la cal, la luz de las calles y los pueblos lejanos de la campiña de Córdoba, tierra grávida y honda de la Alta Andalucía, de esa otra Andalucía tan diferente al esquema meridional más difundido.

Son estampas quintaesenciadas de poesía y pureza que recogen a través de una gran economía expresiva, más no exenta de gracia, la línea escueta y sobria de una escenografía auténtica y luminosamente popular, en un contenido y sencillo alarde de primores, «primores de lo vulgar»: el zócalo, el zaguán, el empedrado, el arco enjalbegado, la cortina humildísima que agita un viento inmóvil, caseríos, y más allá, por encima de la quebrada teoría de los tejados, el campo insinuándose, los paisajes abiertos, ondulantes sobre las bardas casi cervantinas de un cortijo o una venta solitaria en el corazón ancho y pausado de la campiña cordobesa; toda una jaspeante arquitectura popular, equidistante entre la realidad y el sueño, en permanente vigilia bajo el cielo.

Son pueblos solitarios bajo el cielo del Sur, azul o tornasolado de una crepuscular melancolía, como ala dulce, pueblos, plazas y calles casi cristalizados en un silencio grave en el que sólo parecen resonar las pisadas lentas y reposadas de un invisible visitante. Pueblos y calles de Zueros, de Lucena, de Espejo o de Montoro, pueblos casi azorinianos, dormidos en el tiempo, casi fuera de él, escuetos y pulidos en la dicción límpida y lineal de Lola Valera, como la prosa enjuta y cristalina de Martínez Ruiz. Hay, pues, en la pintura de Lola Valera una voluntaria renuncia a toda ornamentación verbal o plástica, un arte del silencio, casi un bello recato monacal en la expresión de un mundo entrañablemente popular y franciscano, de un extraño y soterrado decoro, muy acorde con el espíritu y la grave sobriedad de las tierras y los pueblos de la alta campiña cordobesa, de esta tierra, Castilla la novísima, que no puede ocultar, bajo el sol africano, su espiritual vecindad con la meseta, pueblos serios de una Andalucía clásica y estoica –la otra cara de esa otra Andalucía barroca– que hoy Lola Valera acerca, con cariño y maestría, a las frutales claridades murcianas.

Lola Valera. Pinturas, 1952-2005,
Galería Tabá, Murcia, diciembre, 1979



LOLA VALERA • *Vista de Córdoba* (h. 2002),
óleo / lienzo, 140 x 69 cm., col. particular



DIMITRI PAPAGUEORGUIU • *Nocturno*,
grabado / papel, 39 x 49 cm. [matriz], col. «Casa de las Cadenas», Villa del Río



JOSÉ DUARTE, • *La barquilla* (1967),
grabado / papel, 40 x 30 cm., col. particular

GLORIA Y LOOR DEL ACRECENTAMIENTO

María Belén Morales

Tú has ampliado el número de los días del Génesis.
Tú ya puedes marchar, segura y grácil,
por un blando sendero armonioso
al reino inalterable de la gloria o la sombra.

Tú ya puedes partir, sereno el ánimo;
tú ya puedes marchar sin una queja,
de tus obras segura y de tu paso,
con una estrella blanca, o una sonrisa
brillándote en el pecho y tu labor cumplida
pues que has vuelto más vasto el cuerpo de las cosas,
más noble y más alegre la substancia del mundo.

Tú has bebido en su copa, sin agotar la fuente;
te has saciado y te has ido, y la has dejado llena
para todos nosotros de sólida hermosura
y realidad esculpida, colmada hasta los bordes.

La belleza es real, y todo lo que es bello
divino es en sí mismo, y un goce para siempre,
pero real, concreto, tangible a nuestros dedos,
cargado de substancia como árbol o manzana;
tan terso y verdadero en su terca hermosura
inexpugnable y nítida como el mar o el granito,
fundados desde siempre.

Mas ante todo es cúmulo de perfección, riqueza
vastamente ampliando
la temporal, diversa, riqueza de este mundo.
Y en ella tú resides, te expandes y te alzas,
y permanece el gesto ligero de tus dedos,
las silenciosas huellas calientes en el tiempo
de tus radiantes manos contra el viento y la niebla,
y concreta y potente te salva su pureza.

Pues tú has acrecentado el cálido y supremo
transcurso de la vida
con mayor realidad, y cuán hermosa:
el vuelo de unos brazos bajo la luz crecidos,
la musical cascada de una espalda fluyendo,
la curva de unos glúteos adorables, sin culpa,
y su frontis impúber de espuma amanecida,
naciendo entre los pétalos de la aurora del mundo:
la gloria de unas formas deliciosas y humanas
dulcemente plasmadas contra el viento y la niebla,
y te has dejado al paso tu sonrisa en la piedra,
tu ardiente permanencia en la fiesta del mundo,
y estás aquí, ya fuera del orbe de la nada,
cargada de presencia frente al viento y los años,
y en la paz de las cosas te quedas para siempre
resuelta en armonía contra el vasto silencio.



MARÍA BELÉN MORALES • *Formas de silencio I* (1976),
fundición en bronce, 35 x 30 x 26 cm., col. particular,
foto: Fernando Cova

PARTIDA DE NACIMIENTO

(23 de junio de 1944)

Es cierto todo aquello; es bien sencillo:
yo nací muerto ya y sin respirar:
un desnudo despojo ensimismado,
arrojado a este mundo entre gemidos,
como un brote en la rama que la escarcha
heló ese mismo instante al florecer.

Ahí estaba, expulsado de la fiesta
aun antes de a ella entrar, en los umbrales
de la luz y el calor, casi no siendo,
o mejor, ya sin ser, sólo un atisbo
o una extinta centella de criatura
ya sin pulso, en agraz echado al mundo
y arrancado a la muerte en un esfuerzo
que la muerte selló; presto a seguir
al claustro maternal que me engendrara
a su eterna morada entre las sombras.

Fue el abuelo Alejandro el que acercóse
a la mesa de mármol donde estaba
yo recién desprendido de mi rama,
un trémolo de ser sin movimiento,
como un vano proyecto, un breve impulso
de vivir cercenado en su principio.
Y atendiendo a ese aún tibio cuerpecillo

del seno maternal, lo tomó en brazos
y con piedad llevándolo a su pecho
fue dándole calor, fervor, afecto,
entrañables palabras musitadas,
el vapor de su aliento en tanto frío,
revivir intentando el cuerpo inerte
como ya el de la madre tras el parto;
fue insuflándole ganas de vivir,
de morderle a la muerte a puro grito,
o mejor, de llorar, de llorar mucho,
cual quien vuelve a soplar un ascua extinta
o a punto de apagarse; y poco a poco
le devolvió el calor, el pulso, el grito
de espanto y de emoción con que aquel náufrago
con las mínimas puntas de sus dedos
se asió a este mundo ya obstinadamente,
se aferró a su vivir con tercas fuerzas
negándose a yacer en el silencio,
negándole a la sombra su mordaza,
negándose a la nada inerte y fría,
y con párvulo empeño en aquel llanto
que, por fin, daba fe de su existencia
reclamó su derecho al nacimiento.

Córdoba, 5 de noviembre de 2008



JOSÉ JIMÉNEZ POYATO • *Retrato de Carlos Clementson*,
fotografía analógica, col. Jiménez Arévalo, Córdoba

RECUERDO DE JULIO SILVA, CON FONDO DE MÚSICA DE TANGO

Recuerdo a Julio Silva desde Córdoba
y un espejo empañado por un tango
de los que hacen llorar; pero su música
no es la del tango aquel que en Murcia juntos
en el *hall* entonáramos del *Arco*
de *San Juan*, a la sombra de Cortázar.

Su música, al pintar, canta distinta.

Cobra el mundo un color fuera del mundo
si en su pintura pienso y en su ínsula
que en Buenos Aires parte para Italia
tras pasar por París, en alto vuelo
de inocencia y de gracia y nubes altas
por un cielo de todos los colores.

Y el tango pierde entonces su lamento
y porteña humedad entre callejas
que la luna florece de rumores
de milonga que es toda su fortuna;
y los grises violines del otoño
de un París de postguerra sin teléfonos
olvidan sus sollozos verlainianos

y olvida el tango su tristeza antigua
y estalla de color como un milagro
fulgurante de azules y naranjas,
y la tarde de octubre y nubes sucias
se incendia de carmines y amarillos,
de un grito carmesí o un agua clara
como una espada al sol de mediodía
o una enorme granada de rubíes
que estallan en el aire y que lo llenan
de luces y fulgor y altas mujeres
con un rostro de luna entre jazmines,
y entro en la casa aquella del espejo
y entro en mi casa triste como un tango,
que llora a ratos lo mismo que su dueño,
y el espejo empañado de aquel tango
por ausencia de amor se mira en esos cuadros
donde cantan el gato, el pez y el pájaro,
los flamencos que danzan sobre zancos
su lento vals nupcial color de rosa
y dan gozo a los ojos que los miran,
y entonces el espejo sonríe, amigo Julio,
con todos tus colores tras tanto haber llorado
y uno, por un instante, presiente que es feliz.



JULIO SILVA • *El baile de las hormigas* (1993),
témpera / lienzo, 90 x 86 cm., col. particular, Córdoba

PELEAS DE GALLOS

Hay algo en la ahondada y discreta personalidad de este artista cordobés de Murcia, Tomás Egea, que siempre me ha interesado particularmente, al margen de su acreditado dominio de la línea y del color: es la agudeza de su espíritu, su finura intelectual; lo cual no quiere decir, por supuesto, que se trate de un erudito ni de un pintor que discurra exclusivamente entre libros y teorías —cosa que no estaría nada mal para más de un artista—, sino que está dotado de una particular y sensibilísima acuidad para captar los diversos aspectos de la realidad, así como para reflejarlos aureolándolos de un delicado y vibrátil halo de humor y de ironía, mas de la que nunca hace sangre, tal es el luminoso franciscanismo de su espíritu.

Justa prueba de ello la encontramos, por ejemplo, en los diversos libros que ha ilustrado, o mejor, interpretado a la vez de una forma lírica y plástica, y sobre todo sutilmente inteligente. Baste recordar *Nuestra ciudad* o *Los libros y los días*, ambos de Carmelo Casaño; creaciones, al margen de la aparente ligereza de su trazo —o precisamente por ello—, de profundo calado tanto emotivo o sentimental como intelectual.

Dentro de esa línea de extraordinaria versatilidad creadora, hoy Tomás Egea nos ofrece una personalísima y expresiva “Gallomaquia”, o mejor, teoría plástica-interpretativa de ese “doméstico del sol, nuncio canoro”, como lo retratará poéticamente don Luis con su verbo esdrújulo y musical, y tan escandalosamente rompedor como el canto del gallo en la mañana. Y así, en esta polícroma galería gallística podremos encontrarnos con el gallo de pelea mejicano o azteca, ostentosamente empenachado o emplumado como un deslumbrante jefe indio de la corte de Moctezuma, o bien con el “gallo cóndor”, andino y panamericano, de fulgente viveza

cromática, gracias a ese juego de las tintas planas, o bien de la acuarela, con los nítidos contornos suministrados por los trazos del rotulador negro, que lo perfila a la manera de un lumínico vitral de cristalinas diafanidades y transparencias.

Tomás parece ofrecernos en esta serie de imágenes toda la variopinta y plumífera galería de actitudes o personajes que este aguerrido volátil pueda adoptar, siempre que una retina creadora e inteligente, como la del pintor murciano, sepa captar las varias potencialidades o aspectos que tal animal pueda presentarnos; más siempre entrevisto bajo una simpáticamente fraterna humanización del mismo. Así, en esta ocasión, podemos encontrarnos con el “gallo en familia”, con el “gallo torero”, el gallo “obispo” o “embajador” y hasta con el empingorotado “gallo mariscal”; gallos de color gayo y abigarrado, rutilante e iridiscente como el “gallo arco-iris” o ese otro gallo de colores vibrantes y suavemente matizados como el juglaresco y menéndezpidaliano gallo del Cantar de Mio Cid, aquel que cantara “aprieta queriendo quebrar albos”, en clara actitud de desafío, desde las épicas almenas de nuestra belicosa Edad Media.

Ahora bien, en esta relampagueante y gallística muestra pictórica a dos manos, y frente al determinante y configurador dibujo de, tan vitalmente policromado del universo gallístico de Tomás Egea, los gallos de Luca de Tena se constituyen bajo el signo pictórico de un intenso expresionismo casi abstracto, resuelto en poderosos impactos de color, de muy acuciante dinamismo (...)

Así, los tan estéticamente diversos gallos de Egea Azcona y Luca de Tena se nos presentan en una clara y polar oposición estilística: el perfil neto frente a la vaga y tumultuosa impronta cromática, lo construido y finamente tatuado frente a la expansiva



TOMÁS EGEA • *Los poderes* (s.d.),
técnica mixta / cartón, 41 x 54 cm.

abstracción expresionista y generadora de sucesivas formas y actitudes; o bien, el gallo figurativo frente a la visión más o menos abstracta de tan emplumado y empingorotado galán: toda una fiesta de los ojos. Formalmente, pues, nos encontramos frente a una especie de artística y muy clamorosa “gallomaquia”, de muy opuestos estilos; es decir, ante una pelea o combate entre gallos de muy diverso pelaje y familia, de la misma manera que en *La Gatomaquia*, de Lope, su gran poema épico-burlesco, Micifuz y Zarramaquiz pugnaban entre sí por los amores de la casquivana gatita Zapaquilda, o en la *Batracomiomaquia*, del viejo Hesiodo, luchaban las ranas contra

los ratones en una especie de burlesca y humorísticamente superadora parodia de las prestigiosas y heroicas gestas de los adalides de Troya.

Aunque en este caso, esta gallomaquia o pelea de gallos, lo sea tan sólo a efectos formales y estilísticos, y sus responsables convivan en perfecta simbiosis amistosa y creadora. De su variedad nace la dual y contrastada armonía de esta muestra, una auténtica apoteosis del color; de la inventiva y de la gracia.

Gallomaquia. Tomás Egea - Carlos Luca de Tena, Sala «Mateo Inurria», Córdoba, dic. 1998.

**A LA IMAGEN CRUCIFICADA DEL CRISTO DE LA PIEDAD,
RESTAURADO POR EDUARDO CORONA DE SUS DETERIOROS TEMPORALES,
Y RESTITUIDO A SU IGLESIA DEL PATROCINIO, TRAS SU LARGO VIAJE, EN EL S. XVIII,
DESDE SUS NATIVAS TIERRAS AMERICANAS HASTA LA RIBERA DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA**

(Una vieja leyenda cordobesa recoge la tradición de que tal imagen, construida con elementos vegetales típicamente americanos, y de extraordinarias dimensiones —7 x 4 metros de envergadura con la cruz— apareció, de forma peregrina, en las orillas del Guadalquivir, donde fuera encontrada casualmente entre los juncos, y a donde supuestamente habría llegado remontando la corriente del río desde el Atlántico, flotando sobre las aguas.)

¿Te han traído los ángeles, o has venido en tu Cruz,
suspense en tu flotante levedad de totora
y fibras vegetales, como un arca en las aguas,
hasta el borde del río donde acaso te hallaron?

¿Has viajado en cubierta de alguna antigua nao,
apacando las olas, las tormentas, los vientos
de la mar tenebrosa con sólo una mirada,
o has venido tú acaso caminando en las aguas,
Cristo de la otra orilla, llegando hasta nosotros
—nave de salvación— como en el Tiberiades
con tu cuerpo de junco andando sobre el mar,
serenamente ingravido como un mástil de gloria,
Cristo indio, a salvarnos cual madero a unos naufragos?

¿Has venido tú acaso, Cristo inmenso y fragante,
Cristo enorme y atlántico como las nuevas tierras,
a acogernos lo mismo a nosotros que a ellos,
abriendo tu imponente majestad dolorida
en el inmenso abrazo de tus brazos abiertos,
vida eterna brindándonos a salvo entre tus alas
para cruzar contigo las simas y los piélagos
de nuestro humano exilio y este abismo de sombras?

Lo cierto es que arribaste a esta orilla, ha ya siglos,
de aquella tan lejana y recién descubierta,
con tus oídos hechos a otros rezos más dulces,
a la nueva plegaria del indio o la nostalgia,
castellana e hidalga, de quien piensa en España
desde aquellas remotas latitudes australes,

y piensa en la parroquia de su aldea y en su plaza
donde en Semana Santa bendecías a las gentes
y a los campos y el dulce mirar de las muchachas
que con la primavera verdecían los prados.

Lo cierto es que llegaste desde Lima o de Méjico
a morar con nosotros, Cristo ya de ambos mundos,
y entre todos te alzamos como un árbol de muerte
hecho vida a lo alto de tu iglesia, que Eduardo
había restituido a su gloria barroca,
como a ti tras curarte del camino las llagas.
Poleas y maromas suspendían tu estatura
de enhiesto árbol gigante, casi ingravido y puro,
cual, portado por ángeles, en su ascensión gloriosa
a tu excelso Calvario, de tu iglesia en el coro.
Y allá arriba quedaste presidiéndolo todo
con tus ojos cerrados y tu exangüe sonrisa.
Mas qué hermoso allá arriba, en tu muerte serena,
con tu cuello vencido como un ala quebrada
y tu mansa sonrisa para quien se aventura
bajo el palio de sombra de tus negros cabellos.

De esos negros cabellos que penden cual la noche,
sudario de hermosura que te nubla la cara,
mas filtra tu piadosa, dolorida sonrisa
y esa extinta mirada como luna entre nubes,
cayendo como gracia o nocturno rocío
de amor a quien te mira a los pies de tus alas,
allá arriba en el coro, presidiendo tu iglesia.



EDUARDO CORONA • Restauración del *Cristo de la Piedad* (siglo XVIII),
fibra vegetal estucada y policromada, Iglesia de Ntra. Sra. de La Piedad, Córdoba, 700 x 400 cm.

Cristo a tu Cruz prendido, pero ascendiendo alígero,
desde tu alto Calvario de piedad y blancura,
al Cielo de tu gloria, ileso del pecado,
hombre mortal triunfante, ya muerto, de la muerte,

por tu propio dolor en luz tornasolado,
y espejo a quien la vida crucifica y condena,
subiendo a tus alturas, ya en Dios transfigurado.

PASEO DE LA RIBERA

*A Antonio Bujalance,
el pintor que ha plasmado
con magistral potencia plástica
la panorámica más clásica de nuestra ciudad.*

Desde el puente de los siglos
que va de una a otra ribera,
dóricas columnas fundan
la nobleza de esta puerta
que abren su frontón romano
al oasis del Profeta.

Tres cúpulas poderosas
vuelven aéreas las piedras
mientras que —pastor celeste—
un mármoleo arcángel vela
el rebaño de las nubes
que en la tarde se apacientan
sobre un soto de espadañas
que imitan a las palmeras.

Un oro tibio y solemne
viste en Córdoba a las piedras,
un oro dulce y cansado
que bruñe el sol de la puesta.

Las gaviotas del río
—leves copos que alelean—
nievan el telón de fondo
que alza la Sierra Morena,
mientras la tarde y sus horas
discurren mansas y lentas.
Copia el río cuando pasa
su eternidad volandera;
y oro y ángel, torre y arco,
y el tiempo, que es ala y piedra,
cuando el día se despide
vuelan y a la vez se quedan,
mientras sigue murmurando
el agua bajo la piedra.

Como el sol ya en el ocaso,
cuando estos ojos no vean
—vueltos ya hacia la otra orilla—
estas torres ni esta puerta,
aún seguirán viendo en sueños
el viejo oro de estas piedras
como un resplandor celeste
que existiera allá en la tierra,
desde el puente de los siglos
que va de una a otra ribera.

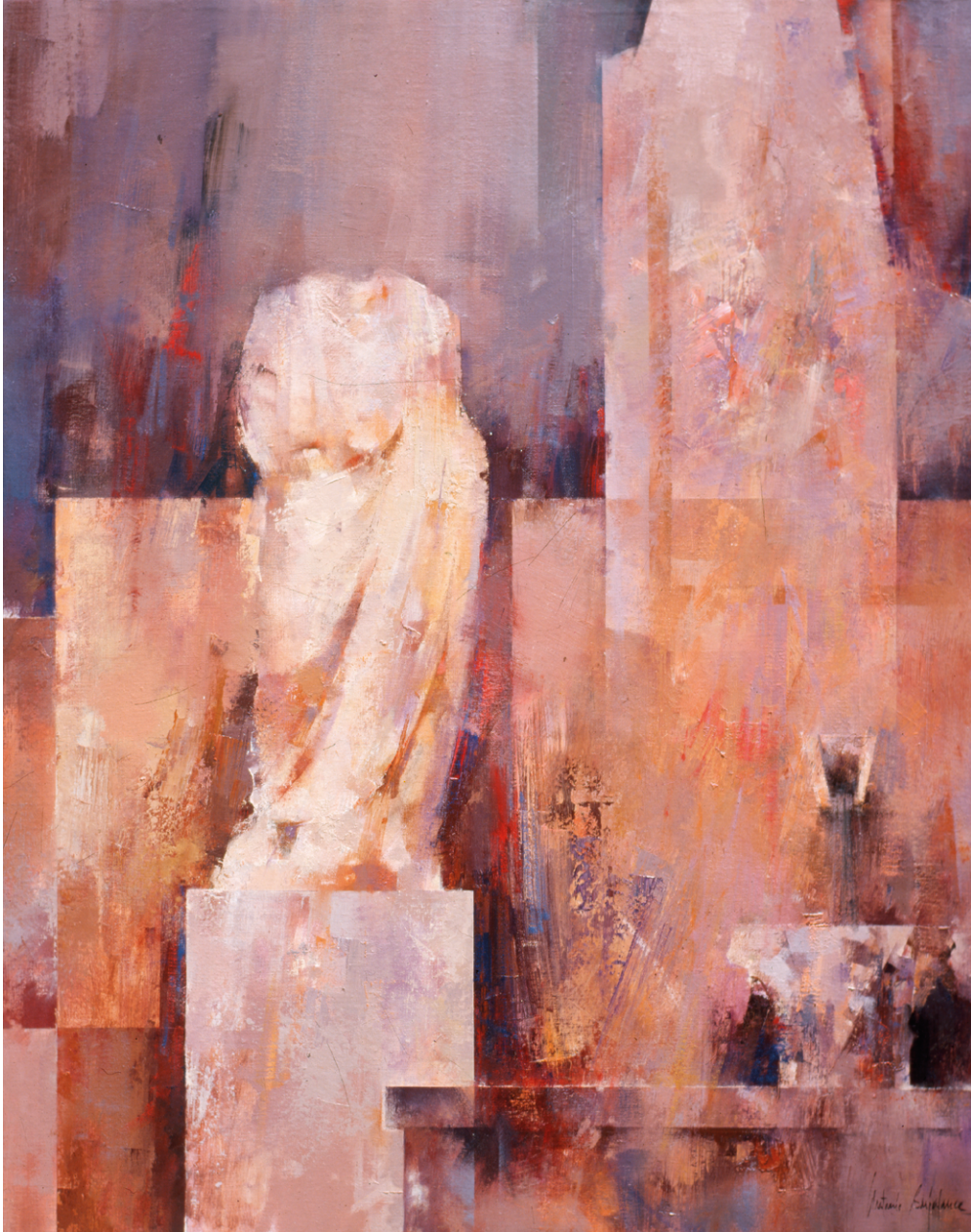
TORRE DE LA CATEDRAL

Contra el azul del cielo cincelada
alzas tu noble y áurea orfebrería
de sillares de siglos, que a porfía
afirman tu oración ensimismada.

Un alminar te late, islamizada,
en tu interior; y tu alta jerarquía
en el centro ancestral de Andalucía
confirma tu verdad, luz heredada.

En perpetua ascensión cual palma ardiente,
bajo el sol que te dora en tu hermosura,
en ti fúndense Oriente y Occidente,

oh columna de paz que, sura a sura,
salmo a salmo, creció, alta simiente,
dura espiga de luz y piedra pura.



ANTONIO BUJALANCE • Fuente de Córdoba en Plaza de Séneca (1996),
óleo / lienzo, 125 x 100 cm., col. particular, Córdoba

EL HACEDOR

A Manolo Vela, escultor y amigo

Y el mundo estaba ahí: plural, confuso
de bultos y de sombras, todavía
indistinto y precario; turbio gesto
no afirmado en el aire ni en la forma.

Y el mundo estaba ahí, insinuándose,
pero sin ser del todo: Primavera
aún no había descubierto la estirpe de las rosas
ni la espiga el Verano, ni Otoño los racimos
ni Invierno la serena beatitud de la oliva.

Las madres primordiales aún no habían encontrado
la curva de su vientre,
ni esa muchacha el cántaro
para llevar, redonda, la gracia sobre el hombro.

El cuerpo iba buscando las líneas de su cuerpo
y la risa unos labios donde alzar la alegría.
E iba buscando el cántico –vihuela adolescente–
una garganta joven para ser verso o llanto.

Nada era todavía:
ni el bisel de la boca,
ni los frutales pómulos, ni los tendidos torsos
bajo el sol y las nubes,
ni la muerte esa línea de inerme vencimiento
que pronuncian los cuellos cayendo en su abandono.

Nada era todavía: sólo materia amorfa,
espeso origen, ser sin ojos, materia
a ciegas tanteándose una forma o un rostro.

Sólo un magma tremante –vago caos sin fondo,
vacío de sí mismo, aterido y sin alma–,
y de Dios el espíritu flotaba entre las aguas.

Anónimo, expectante
un puro afán de ser pugnaba en el espacio;
y entonces tú llegaste, y soplaste en la trama
inerte de las cosas y fue haciéndose el día,
y el barro cobró forma y la forma armonía,
y el barro se hizo carne y habitó entre nosotros.

Córdoba, diciembre de 1984



MANUEL VELA • *Purpúreas rosas sobre Galatea* (2003),
terracota, 60 x 37 x 31 cm., col. particular, Córdoba

UN POEMA DE RONSARD PARA LAS ROSAS DE JUAN CANTABRANA

Esta pintura me ha hecho pensar siempre en el fresco vitalismo de la poesía renacentista de Pierre de Ronsard, el poeta de la Naturaleza, de los jardines y las rosas, por su amor a la belleza femenina, por su frescura, por su invitación a la vida y al goce del instante. Y así, su pintura de rosas y jardines, de tan noble y permanente filiación francesa, me ha hecho pensar siempre en la poesía del príncipe de la poesía de Francia, el inmortal cantor de Helena, que yo aquí traduzco para la presente ocasión como modesto homenaje a este amor floreal de nuestro artista:

Preciosa, vamos a ver
si la rosa que había abierto
su veste púrpura al sol
esta mañana, ha perdido
esta tarde ya los pétalos
de su purpúreo esplendor
y esa tez como la tuya.

¡Ay, mira en cuán poco tiempo
ella ha dejado caer
toda su belleza al suelo!
¡Madrastra eres, Natura,
pues que tal flor sólo dura
de la mañana a la noche!

Así pues, si me haces caso,
mientras que tu edad florece
en su verde novedad,
goza el momento, preciosa,
goza de tu mocedad:
la vejez, como a esta rosa,
marchitará tu beldad.



JUAN CANTABRANA • *Carlos Clementson, en tránsito de inspiración* (2025),
óleo / lienzo, 60 x 51 cm.

EL IMPERIO DE LA VIRTUD

(Palabras de Séneca)

*A Miguel Ángel Entrenas,
que lo ha llevado brillantemente a la pantalla.*

El tiempo concedido
a cada vida humana
no hay poder en el mundo que dilatarlo pueda;
por eso, mi Lucilio,
ninguno de mis días los malgasté en el ocio,
que hasta a las lentas noches buenas horas robara
por darlas al estudio, mi placer y consuelo;
que al sueño no me entrego, sino que a él sucumbo
con los ojos abiertos sobre los textos, aunque
fatigados y mustios lo estén por la vigilia.

Este austero comercio con los libros, el diálogo
con las sombras egregias de los antiguos padres,
me abrió a este saber que yo te ofrezco ahora,
pues que nunca gocé en aprender yo algo
sólo para mí mismo
sino para enseñarlo a los demás; y así
nada, por grande y útil, podrá satisfacerme
si sembrarlo no puedo más que en mi fuero interno.
De tal manera que si los propicios dioses
me concedieran la sabiduría
bajo la condición de mantenerla oculta
sin traspasarla a nadie,

yo la rechazaría,
y bien sabes cómo ella la fuente es de mi vida.

Lo he dicho varias veces, sin cansarme por ello:
“El bien supremo es la virtud”.

Y para ello
habrás de seguir siempre, Lucilio, a tu razón,
el principio divino en nuestra alma.

Síguela de buen grado y ahuyenta los temores
que fábulas groseras infundieran al vulgo,
esa fuente de errores, de absurdos y patrañas.
No temas a los dioses; antes bien, considera
que Dios es bienhechor, bienhechor gratuito,

que teniéndolo todo, todo lo da. ¿Propicio
quieres tenerlo?

Sé bueno. Suficiente
culto le dan quienes así le imitan.
Ni quieras recompensa de ultratumba a tus obras.
Ama al bien por sí mismo;

ama al prójimo,
ese primer deber a nuestros semejantes.
Y piensa en lo más alto,
elévate del suelo, pues que si bien lo miras
posible es levantarse hasta los mismos cielos
desde el rincón más ignorado de la tierra.

Un hechizo amatorio te enseñaré, sin drogas,
ni pócimas de hierbas o conjuro de brujas:
“Si quieres ser amado, ama”.

Y nada más te turbe,
que el alma, o bien será llevada
a una vida mejor, a una existencia
más luminosa y pura entre los dioses,
o bien, sin malestar ninguno,
volverá ella a mezclarse con la Naturaleza,
retornando al gran todo.

Vive contigo en paz y con los otros,
y sopórtalo todo con firmeza,
que así superarás al mismo Dios,
pues éste desconoce el sufrimiento,
y en cambio así lo vencerás tú solo.

Desdeña la pobreza, pues que nadie
será nunca tan pobre como lo fuera el día
aquel en que naciera.
Y desdeña el dolor, pues que algún día
ha de acabar o acabará contigo.
Desdeña a la fortuna, a la que nunca
se le dio arma ninguna contra el alma,



RAFAEL RODRÍGUEZ PORTERO • *Séneca* (2025),
resina acrílica con fibra de vidrio, 44 x 42 x 30 cm., col. particular

y desdeña la muerte, mero término
o mudanza final de la existencia toda.

Puedo pensar también,
si es que pienso en mí mismo,
que el futuro ya ha sido: pues que antes de nacer yo,
supe lo que es la muerte,
pues no ser es la muerte.

Así pues, lo que ésta vaya a ser ya lo sé:
y así, después de mí, habrá de ser lo mismo
que antes de que existiera.
Pues que si en ella hubiese algún tormento
forzoso fuera entonces que antes también lo hubiera;
y, verdaderamente, antes de yo nacer
nada sufrí: es cierto.

Necio fuera quien crea
que a una cualquier linterna le va mejor después
de apagarse que antes de que se encienda:
De igual modo nosotros
nos encendemos y nos apagamos
igual que esa linterna,
mientras sufrimos algo en ese lapso
de luz que late

entre esas dos oscuridades;
pues en ambos extremos
hay una honda impasibilidad, la calma.

Erróneamente pensamos que la muerte
sigue a la vida, cuando lo cierto es
que la precede y que la seguirá.
Pues todo cuanto fue
ya antes de nosotros es la muerte.
¿Qué diferencia existe
entre no empezar y dejar de ser
cuando el no ser es el efecto de una cosa y otra?

Consuélate, así pues, y no te inquietes:
Disolución y final de los dolores
será el suspiro último, más allá del cual ya
no alientan nuestros males, pues la muerte
nos devuelve
a aquella tranquilidad en que yacíamos
antes de que naciéramos.

Si alguien se compadece de los muertos,
hágalo igual también de quienes no han nacido.
El morir no es un bien, tampoco un mal.
Puede ser malo o bueno
aquello que es ya algo;
pero lo que no es nada y todo lo devuelve a una nada,
ni próspera ni adversa,
no nos aboca a suerte alguna de fortuna.

Así pues, animoso, me preparo
para mi día postrero, ese día
en que, depuesto ya todo artificio,
me juzgaré a mí mismo
y mostraré si mi valor estaba
bien en mi corazón o si en mis labios;
si mi reto a la suerte
era simulación o una comedia.

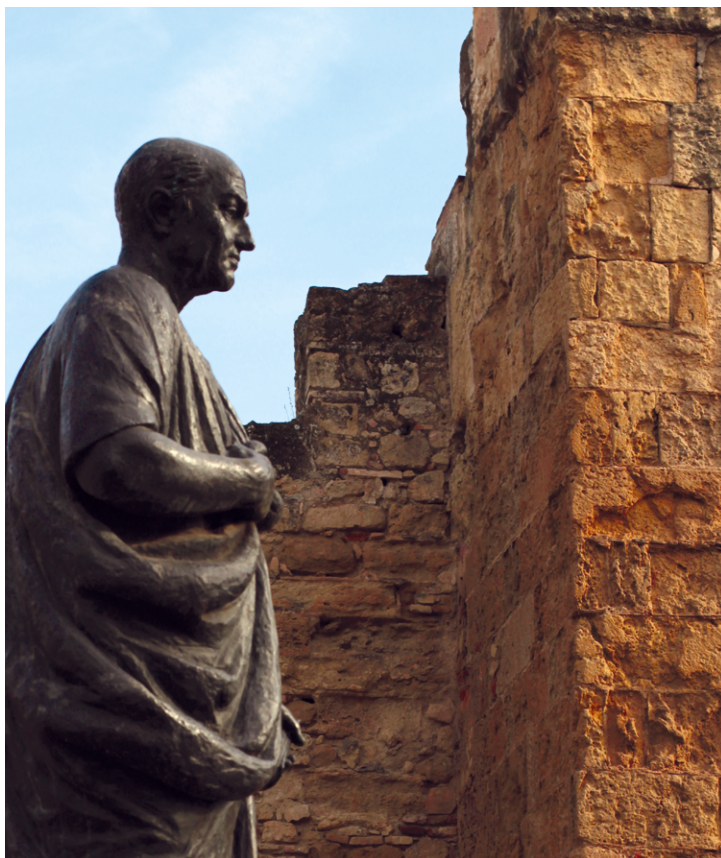
Tampoco nada cuenta la estima de los hombres,
tan dudosa,
que lo mismo concédenla a la virtud que al vicio;
ni cuentan los estudios que uno haya realizado
a lo largo de toda su existencia:
sólo la muerte es nuestro juez.

Acepto
de grado tales condiciones:
No temo al tribunal de la muerte.

Ni te turbe su idea. A la vida
vuelve, y hazla sabia, a tu vez; para ello ejerce
diaria la virtud. Te lo repito:
“La virtud es el bien”, y a la virtud
te guiará la razón, parte divina
de nuestro ser,

que su divino origen reconoce
en el mismo deleite que las cosas
divinas le producen, y a las cuales
no ve como algo ajeno sino propio.

El fruto de tus obras serán tus obras mismas;
no esperes recompensa a lo que tu preclara
razón te determine; esa virtud serena
será tu mejor premio.



AMADEO RUIZ OLMOS •
Monumento a Séneca, 1965, bronce,
foto: M. Clementson

Desprecia las injurias,
y ama a tus semejantes
como primer deber, deber que te ennoblece
pues que fraternos somos, y que el hombre ha nacido
para ayudar al hombre, al que debe ser útil,
y no sólo al amigo sino al desconocido.

Desprecia bagatelas, aunque preciadas sean
por los más, pero cuenta como lo más precioso
el tiempo de tu vida, ese don tan supremo
que ni el más generoso pagarte más podría.
En tu lecho de muerte riqueza no hay ninguna
que pueda dilatarte el plazo de tus días,
ni habrá oro suficiente
para poder comprar tan sólo uno siquiera
para por ti añadirlo a los que te dio el hado.

Así pues, nada temas:
cobarde y débil es quien muere porque sufre;

necio también quien vive para sufrir tan sólo.
A la muerte desdénala, y no la veas tampoco
como un mal, mas como algo de suyo necesario
en la creación constante y destrucción del mundo,
que no debe turbar la paz del sabio.

No quedó incompleta tu vida si fue honesta.
Dondequiera la acabes, si bien tú la rematas
estará toda entera sin menoscabo alguno;
que ese drama

no importa cuánto dura
sino cómo
tú lo representaste.

Y nada importa el sitio tampoco en que lo acabes,
mas, como a obra de arte,
cuidate de ponerle un digno colofón.

ANTE UN RETRATO PINTADO POR UN AMIGO

(Óleo de Juan Hidalgo del Moral)

La misión de todo poeta o pintor es la de rescatar las cosas de la corriente del “llegar a ser” y afirmarlas en el estado de ser.

Gerald Brenan.

Hoy te miras —narciso— en este espejo plástico que el color y sus formas convocan sobre el lienzo, y tus setenta años cristalizan, armónicos, en esta encarnación de tu ser duradero que el pincel de un amigo ha impreso en frágil lino y en rara plenitud que a ti mismo te asombra.

A partir de ahora mismo, aunque indemne en tu efigie, envejeciendo irás, lenta y gloriosamente, como sólo lo humano consciente de lo humano puede irse gastando en el caudal del tiempo, mas resuelto y sereno, en sabia aceptación de esos últimos años que aún te esperan, inciertos, antes de que tú mismo, al final, te sumerjas en un lento crepúsculo de cansancio y de sueño, igual que un sol de tarde se tiende sobre el mar.

La edad irá disponiendo a todo cuanto has sido en su ser más perfecto, labrado por los años y henchido por el tiempo, por cuanto fue *tu* tiempo, esa arena corriendo al paso de tus días que irá colmando, insomne, el vaso de tu ser hasta el último grano; sabrás que ya completa la ampolla de tus horas, habrá llegado el día en el que al fin traspases el umbral de la sombras en la esperanza —vaga— de hallar entre la niebla quizá otra luz más pura.

Mas en tu despedida, al mirarte a este espejo, sentirás el orgullo de haber vivido, al menos, de acuerdo con la idea que hicieras de ti mismo al empezar tu viaje, cumpliendo tu destino

—oscuro y transitorio— de amor a la palabra, tu vocación siguiendo desde tu albor primero.

Te sabrás moldeado por tu fidelidad a aquel que fuiste un día y hoy completas ahora, verso tras verso haciéndote como soñaste ser, hasta así enriquecer de placer y belleza, conciencia y pensamiento, el concluso horizonte de tu vida, encerrado ya en fatigadas páginas que alumbraran tu senda, antes de disiparte del todo en la ceniza.

Llegarás al sosiego de haber acrecentado, cuanto pudiste hacerlo, los contados talentos que un día te otorgaran, y que presentarás cuando llegue tu hora, como filial ofrenda, a quien sacrificara, ha ya setenta años, el fulgor de su vida a cambio de tus días.

Te irás, aunque dejando esta sombra platónica de ti mismo, que asume en su perfil más tuyo tu mejor yo —salvado por sólo unos pigmentos de color y de luz, regidos por el arte—, que en esta imagen logra la ideal plenitud que anhelaste en tus sueños al comenzar tu vida.

Todo eso te ha dado la mano de este amigo que ha hecho con su maestría, y tras bien conocerte, quede fijo en la luz tu fiel reflejo incólume con tan sólo unos puros matices musicales —la fluidez del color dando cuerpo a lo plano y espíritu a lo inerte del lienzo originario—



JUAN HIDALGO DEL MORAL • *Retrato del poeta Carlos Clementson* (2015),
óleo / lienzo, 120 x 120 cm., Museo de Bellas Artes de Córdoba

con su sabio mester de reiterar la vida;
y aun cuando te hayas ido, logrado habrá con ellos
librarte de la nada, rescatarte del tiempo,
en realidad fingida, pero alentando vida.

Y así habrá conseguido, revocando ese sino
que a todos nos acecha de incertidumbre y sombra,
salvarte del olvido, darte de nuevo a luz

tal cual quisiste ser,
y hacer con su pintura que, desde este retrato,
puedas seguir oyendo

—ya para siempre a salvo—,
en el rumor que canta desde esa caracola
—fresco como la vida y la luz de tu infancia—
cómo nace de nuevo el mar cada mañana.

NOTICIAS DE UNAS FLORES

¡Qué delicado regalo éste que Montserrat del Valle me dirige a mi Córdoba estiva, desde sus altos jardines de Castilla, tan cargados de melancolías y añoranzas cordobesas!

Parece como si las cimbras transparencias y el viento frío de la meseta decantaran y filtrasen la opulencia barroca de los frutos y el andaluz alarde de las flores, de carnosidades mironianas, en una más delicada y ascética pureza, dejándonos no el cuerpo –sensual y goloso– sino el alma, ingrátida y angélica, de estos frutos y flores a los que casi un halo de celestial blancura, de purísima atmósfera de altas cimas, los envuelve en una casi supraterrestre beatitud.

Así, la materia –floreale, pictórica y frutal– de estos lienzos se afina y transparenta en una especie de norma superior e ideal espiritualidad platónica, gracias a la gran capacidad de sugerencia de esta pintura hecha de veladuras y alusiones, de insinuaciones y silencios, de ascesis y depuraciones.

Si en los cielos ha de haber flores y frutos, uno piensa que han de ser un poco como estos inundados de luz –mariposas y pétalos casi aéreos de color ante la blancura intacta de los fondos–, como estas flores y frutos casi suspensos en la luminosidad de una difícil e ingrátida materia transparente, pero

cargados, no obstante, de realidad, de profunda y originaria realidad ejemplar, de aromas y colores, de humedades y frescura; como estos que Montserrat del Valle nos regala.

Mas estas flores, aunque reales, no han nacido porque sí, gratuita y espontáneamente como sus otras hermanas naturales, las flores del campo; estas palpitantes manchas de color, estas corolas de tan plástica y esencializada textura ante los ojos, han surgido de un consciente dominio del color y la técnica, de un riguroso equilibrio en la concepción de la obra, de una visión sutilísima del color que, en la íntima y esfumada infinitud de los fondos, alcanza sugerencias eminentemente líricas y musicales, y una apoteosis secreta, cromática y esencial, de la belleza.

Pero todo esto es así porque hay en esta pintura una seria conciencia artística, un cumplido conocimiento del oficio que, elegantemente, no se proclama pero que está ahí, tras esas expresivas y justas manchas de color, en sus densos y trabajados empastes, en la delicada transparencia de las gamas, en la reiterada sutileza de las veladuras que se recrean gozosamente en la fiesta serena y en la casi abstracción esencial de esta pintura.

Córdoba, 1991



MONTSERRAT DEL VALLE, *Flores de papel* (1981),
óleo / tabla, 48 x 31 cm., col. Real Círculo de la Amistad, Córdoba

NUESTRO PEQUEÑO REINO

(Universo pictórico de Emilio Serrano)

Hemos vuelto a encontrar los perdidos retratos:
la amarilla tristeza suspendida en los ojos
que un día fueran nuestros y nos miran absortos
desde un ayer sin tiempo y un recuerdo apagado.

Hemos vuelto a encontrar las pequeñas señales:
el olor de la leña quemada en las mañanas
de neblina y escarcha camino del colegio,
y el aroma aún caliente del pan en las tahonas
saliéndonos al paso con el campo en los brazos.

Viejas calles de piedra donde aún suena en sus muros
el eco apresurado de las vejas pisadas,
y el chocar de los lápices en las huecas carteras
con olor a maderas y a senderos del bosque.

Aquí están dibujadas las perdidas señales:
las viejas piedras lentas, esponjosas y húmedas,
de los arcos y muros con sus oros cansados;
los cipreses certeros con su cielo al alcance
de los dedos, mas grávidos y a la tierra enraizados...

El arcángel de piedra corroída en el puente
con sus velas votivas y sus flores marchitas
reflejado en las aguas aquellas que pasaron
y aún repiten la misma cantinela de entonces.

Y aquel pobre caballo de cartón en la lluvia,
y la lluvia cayendo con toda nuestra infancia,
y el temblor de la hiedra sobre el mármol, y al fondo
la fuente con su música de verdina y de frío,
y unos jazmines últimos como un suspiro blanco.

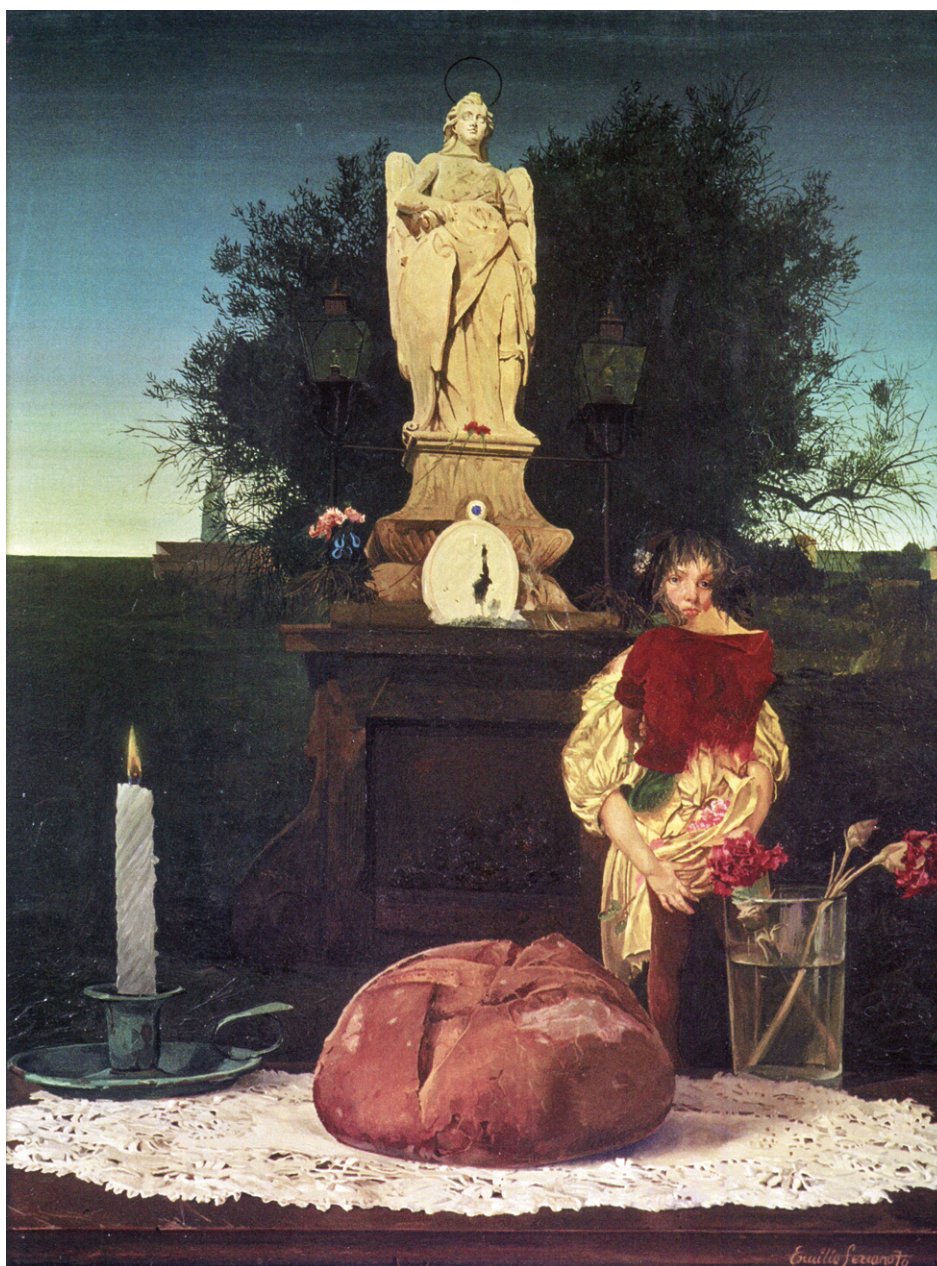
Aquí está todo escrito: nuestra pequeña historia
al calor de unas manos posadas en el halda,
y la mansa ternura de las madres calladas
con su encaje en los dedos y sus ojos de luto
mientras suena la radio y nosotros jugamos
con todos nuestros sueños sobre el hule gastado
de la hondas cocinas o el salón mesocrático.

Aquí está todo dicho con muy pocas palabras,
con muy grandes silencios sobre las blancas telas,
como un eco de entonces, por las viejas estancias
con relojes parados en las altas paredes
con toda la solemne gratuidad luctuosa
de un difunto vestido con su traje de bodas.

Y cae la tarde fría en los viejos tejados
y cae la sombra húmeda en las largas callejas,
y alzamos los visillos y no hay nadie en la plaza
más que unos negros árboles con las ramas cortadas,
y el invierno nos hace más precarios y huérfanos.

Cuán hermosa nos puede parecer la tristeza...

Hemos vuelto a pisar en las viejas pisadas.
Hemos vuelto a encontrar las señales perdidas.
Una vez fuimos reyes y aún nos duele esa herida.
Una vez fuimos niños por las calles de Córdoba.



EMILIO SERRANO • *San Rafael* (1976),
óleo / lienzo, 64 x 50 cm., col. particular, Córdoba

LA AUSTRIADA [fragmento]

Crónicas de la Corte, o María Teresa en el país de Velázquez

PROEMIO

Pasen, señores, y asistan
a una grande hora de España,
si bien ya parca en victorias,
triumfante por otras armas
más blandas y propias de
saraos, lances y cañas,
y en las letras, que en la Historia
más que el poder son preclaras.
Pasen, y vean cómo pasa
la pompa y la gloria humanas,
y vean cómo ya a la tarde
perdió la rosa sus galas,
que fuéranle prez y orgullo
radiantes con la mañana.
Son éstas cosas que pasan
en una hora de España,
y así las contó *Azorín,*
aunque las suyas más altas.
Cual lo he visto, yo os lo cuento,
aunque lo viera en estampas.

I

Está poniéndose el sol.
La tarde es vasta y dorada,
y tiñe de oro y de fuego
las pizarras del Alcázar.
Está poniéndose el sol
entre nubes coloradas,
y, poco apoco, el Imperio
en la capital de España;
aunque aún dure su esplendor
sobre torres y espadañas:
que Madrid en fiestas arde,
espléndida y confiada
en corrales y saraos,

popular y cortesana,
pues su ruina y decadencia
aún es lenta y dilatada
como un inmenso crepúsculo,
y de dos orbes ornada
aún se muestra su cabeza
doblemente coronada.

Pasen, señores, y asistan
a una hermosa mascarada.
Son éstas cosas que pasan
en una hora de España,
al borde del Manzanares
y del Prado en la enramada.

Del palacio del Retiro
hierven el fausto y la gala,
y el cielo alto de Madrid
arde con mil luminarias.
Bajo los dorados techos
embajadores y damas
tras de una guardia conversan
de parterres y guirnaldas,
de aromas y surtidores,
de lacayos y alabardas.
Y un rumor cálido y gayo
rebose por las estancias
y se extiende por la noche
madrileña azul y diáfana.

Pasa en carroza el Valido
seguido por cuatro guardias
y pasa el Imperio enorme
con tumbos y camballadas.

(... /...)

Más allá pasar se ve
a Don Felipe de España,
largo y desmayado el rostro,
como aguada la mirada,
mostrando en sus negras ropas
la etiqueta cortesana;
y entre estólida y lasciva,
igual que una augusta tara,
se ve pasar la indolencia,
a la vez sensual y lánguida,
de los últimos Austrias
como ajena, ausente y pálida,
con el labio húmedo y belfo
preludisndo un fin de raza.
Y el sarao por un momento
un aire cobra fantasma.

(... /...)

Con Góngora, su maestro,
el Paravicino trata
del nuevo estilo poético
que hace de oro las palabras,
mientras Filomena atiende
desde lo alto de una rama
por mejorar sus endechas
a músicas tan bizarras,
y Don Juan Ruiz de Alarcón
recita una rima rara
de Juana Inés de la Cruz,
la musa de Nueva España
que allende el mar continúa,
allá en tierra americana,
las modas cultas y ricas
de la Atenas castellana.



MARÍA TERESA GARCÍA LÓPEZ • *Lección de equitación del príncipe Baltasar Carlos, siguiendo a Velázquez (1992)*, técnica mixta / lienzo, 146 x 114 cm.

Entre los corros Quevedo
muestra su precaria estampa,
entre ingeniosos alardes,
renqueante y patizamba.
Habla galante y discreto
con alguna que otra chanza,
aunque a veces como un soplo
gélido del Guadarrama
sienta atravesar su pecho,
no obstante tanta algaraza,
ante esta corte de hogaño
cojitranca y patizamba.

Y gentil y con donaire,
el puño puesto en la espada,
se inclina mientras sonríele
con fresca y esbelta gracia
Doña Isabel de Borbón,
la nueva reina de España.
Velázquez la ve pasar,
y en sus ojos la retrata.

Tras de un arrayán florido
María Teresa, admirada,
la escena observa, cual una

nueva Alicia cortesana.
Lo observa todo y lo anota
con líneas justas y claras,
y toda la noche sueña
con tal fiesta abigarrada
como un sueño de colores
o visión tornasolada;
y entre incrédula y atónita,
con las primeras del alba,
con aire, gracia y donaire
lo lleva al lienzo en su cámara.

ILUMINACIÓN EN ENERO

Son los años cincuenta. En la ventana
tiembla, débil, la luz bajo la tarde
de un invierno escolar con restricciones.

Ha cesado la lluvia; en la penumbra,
grave, el dómine escribe, o bien, vigila
el estudio en el aula. Lentamente
la hora se recubre de ceniza
y en el patio se empoza la dudosa
y ajada claridad del fin del día.

Mas, de pronto, al conjuro de unos signos
todo es claro y lustral como un diamante,
todo se hace sonoro como un soplo
de júbilo en el aire, y ya no es Córdoba
ni un invierno de plomo en los cincuenta.
Es verano. Sicilia. El sol destella
al conjuro de un numen soberano
que ennoblece el vivir por su palabra:
«Purpúreas rosas sobre Galatea
la alba entre lirios cándidos deshoja».

Sólo unos versos y la clase toda
se ha encendido en azul mitología.
«Duda el Amor cuál más su color sea,
o púrpura nevada o nieve roja».

Glauco, resuena el mar allá a lo lejos.

Y de pronto amanece en la hora póstuma.



ÁNGEL SARDINA • *Cristal pisando azul con pies veloces* (2002),
técnica mixta / tablero, 45 x 59 cm., col. particular, Córdoba

POESÍA

Toda palabra es un conjuro
Novalis

Por ti, oh poesía,
viví así consumiéndome
G. Bassani

Frente a tantas catedrales de espanto,
cadalsos burotrágicos,
cercenadas gargantas por el miedo
de papeles timbrados,
manos manchadas de tampón y de sangre
tecnocráticamente,
cataratas
de hirsutos expedientes
y fichas fulminantes
de injusticia y de sombra,

frente a tanta
pasión desvencijada

apenas te sostiene
el fuego
irreductible
de una palabra pura.

* * *

SALVACIÓN DE LA PALABRA

Desde la arrebolada belleza de los astros
y la alta cima de la luz piadosa,
qué poderoso arcángel daría asilo en su pecho
a la inerme palabra, perseguida
de lobos, apenas recobrada
a fuerza viva, a dentellada pura
del gordo labio
de los altos profetas estentóreos
y la hirsuta codicia de los mercaderes,
virgen acorralada, violentada muchacha
en el quicio nocturno de la mancebía.

I

Herida en sólo un pétalo de vidrio,
te desvaneces, forma pura del sueño.

II

Te embriagaba la sangre de las cosas
y poblabas de nombres el silencio.

III

Para esta sed amarga de las cosas
tan sólo encontré un claro
manantial de palabras.

IV

Penetra en el secreto de los nombres
y sigilosamente
aventa el corazón de las palabras
antes no pronunciadas.

V

Arrojé por la borda todos mis tesoros
por esta fervorosa
servidumbre de palabras.

VI

En tu ardiente zarzal se consumía
la deslumbrada vigilia de mi sueño.

GLORIOSAMENTE

llagado por la luz de la palabra,
por su padecimiento sucesivo.



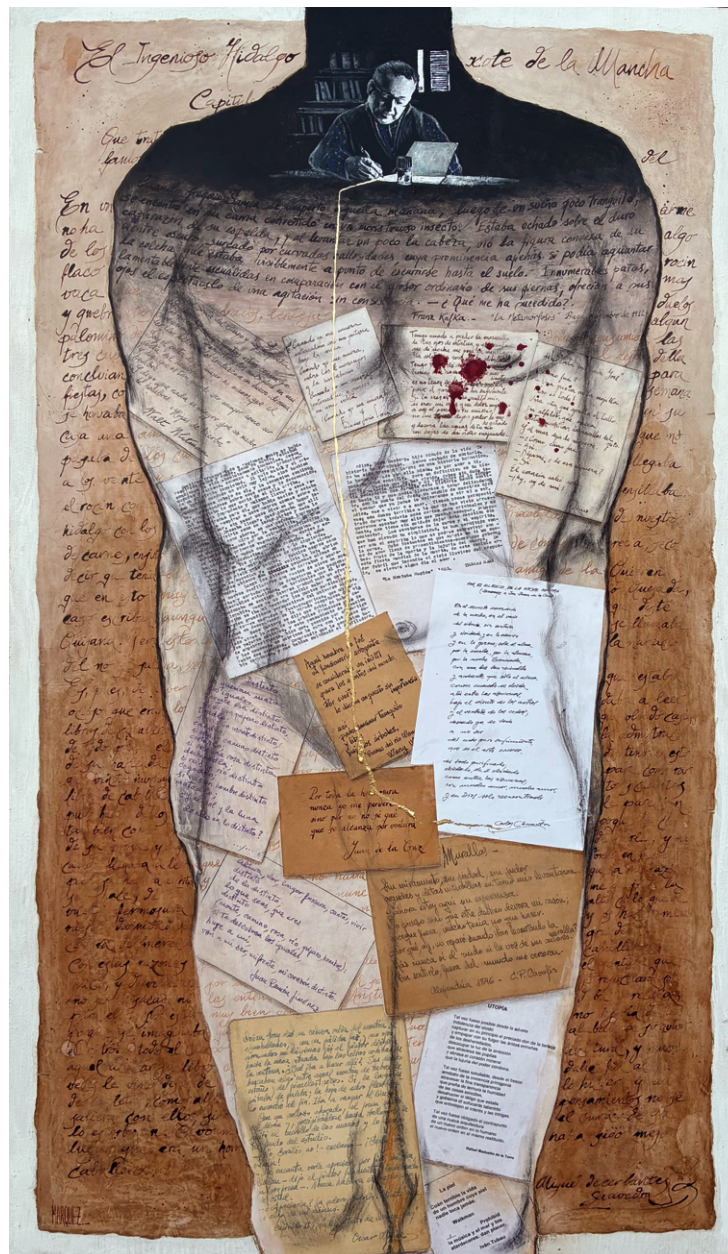
JOAQUÍN GONZÁLEZ (QUINO) • De la serie «El saber y el tiempo» (2006),
acrílico / tela, 60 x 70 cm.

POR EL SILENCIO DE LA NOCHE OSCURA

(Homenaje a San Juan de la Cruz)

En el secreto escondido
de la noche, en el vacío
del silencio, sin ventura
y olvidado, y en lo oscuro
y en lo yermo; sola el alma
por la escala, por la almena,
por la noche iluminada
con una luz tan recóndita
y ardiente que sólo el alma
conoce cuando se olvida
allá entre las azucenas,
bajo el viento de los astros
y el ventalle de los cedros;
desasido ya de todo
a no ser
del más puro sufrimiento,
que es el alto conocer
del todo purificado;
olvidado, oh sí, olvidado
como entre las azucenas;
con mucho amor, mucho amor,
y solo en Dios reencontrado.

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA (Homenaje a Carlos Clementson)



JOSÉ MÁRQUEZ • El escritor (a Carlos Clementson), 2025, técnica mixta / tabla, 120 x 70 cm.

COLOR DE JULIA HIDALGO, que hizo que floreciera una adelfa en mi casa

¿Cuántos son los colores?... Me pregunto a menudo, si mis ojos se posan en tus cuadros, que encienden con sus luces de aurora la penumbra del cuarto con los mismos colores matinales del mundo cuando el mundo saliera de las manos del Padre...

¿Cuántos son los colores?... ¿No eran, como en la escuela, el rojo, el naranja, el amarillo, el verde y el azul, el añil y el violado?...

Pero ¿son ellos solos?

¿No nos falta ninguno?

Aquí están todos juntos en feliz conciliábulo: y así nace en tus lienzos el oro ensimismado de las torres de Córdoba, los blancos ateridos de sus tapias de invierno y el verdor jubiloso de la hiedra escalando el frontal de sus ruinas, y el oro pensativo de Minerva en la oliva, los campos en agosto bajo el sol de la siega, los amarillos férvidos de Van Gogh y su agreste locura alucinada en mitad de los trigos.

Y están los cautos grises y el perla delicado, los dionisiacos rojos, vesperales naranjas, los esmeraldas fríos y los candentes cadmios.

Y el azul de los mitos, sedientos ocres cálidos, prístinas transparencias, subterráneas pizarras, homéricos y frescos ultramares zafiros, carmines ruborosos, carmesíes heráldicos, renacentistas púrpuras o pardos franciscanos sueñan, cantan o rezan cuando están en tus cuadros.

Allí están todos juntos en radiante armonía: los sienas medievales, los corintos eróticos, angélicos celestes, perfumados violetas, y, como en el principio, los negros destronados

de sus altos empíreos a un tártaro de sombras surcadas de flamígeros e infernales relámpagos. Mas saltan allá, alegres, los azules ninfales con todo el mar naciendo cada día en su orilla, y los rosas paganos con los senos desnudos, y cantan y se expanden por el cielo del cuarto, lustrales, los añiles y los oros melíficos, donde trina un jilguero o una abeja labora bajo el sol de la siesta o el cáliz de una rosa.

¿Cuántos son los colores?... me pregunto. ¿Y el malva, trémulo como un niño? ¿y el amarillo nápoles, como una playa abierta a unas olas turquesas? ¿y el color de los frutos y el color del rocío?

¿Cuántos son, cuántos, cuántos los verdes venenosos del verdor del pecado y los verdes bucólicos como el canto de un río, donde bajo la plata musical de los álamos arde estival la fiebre de pasión de la adelfa como un ascua inflamando la frialdad de las aguas o alzando restallantes contra el viento sus brasas, que hacen que el mar se encienda con su luz delirante con tal sólo dos leves pinceladas de sangre floreal, irradiante, como el arco del cielo que da luz a la lluvia y su trino a los pájaros en la paz de los campos, o alumbrando mi casa, poniendo en ella un río y una adelfa y su música sembrando en ella todos los colores del mundo?

Y así habré de nombrarte: reina de las adelfas, de las blancas, rosadas, encendidas, granates, a la orilla de un río o frente al mar, azules y espumantes, sonoras, bajo el viento que agita su melena de ménades.

¿Cuántos son los colores?... No lo sé... ¿no eran siete veces setenta veces siete, si es que están en tus manos?



JULIA HIDALGO • Adelfas (1994),
óleo / lienzo, 80 x 60 cm.

SALVACIÓN DE LA BELLEZA

(Reflexiones ante el universo estatuario de Juan Zafra)

La perfección nos llama; nos tienta su pureza
a nosotros los viejos vencidos de la tierra,
los que pisando vamos la escoria de los días
con una cierta angustia de vivir a destiempo,
y guardamos un turbio jardín en la memoria,
un recuerdo de ayer, que es búsqueda y anhelo.

Entre escombros y ceniza me allego a la armonía.
Hela aquí ante nosotros, desnuda entre los árboles,
como una antigua diosa naciendo de una fuente,
hecha bronce, o bien piedra, metal, barro, materia,
plenitud femenina centrando la creación.

Casi incrédulo el tacto, del torso invulnerable
constata la certeza, no soñada, tangible,
la euritmia de las formas desvelada en la gracia
ante el sentido atónito, su flor de perfecciones.

No está todo perdido: en plenitud del ser,
tan cerca de la mano la estatua se alza viva.
Fulgurante y palpable, existe la belleza.

Toco el bronce o la piedra, la arcilla primigenia.
Y acaricio la mansa plenitud de los hombros,
la perfección bruñida de los pequeños orbes
de sus pechos de bronce donde la luz resbala.

Compruebo la afirmada robustez del tobillo
sustentando la sólida majestad de las corvas,
la gloria de los muslos suculentos, radiantes,
y su hermosa materia naciendo de las frondas.

Recorre el dedo el álabe superior de ese labio
que una sonrisa inspira y esboza una promesa
de beatitud al alcance del hombre entre sus ruinas.

La mano ya tan sabia y en gozo se abandona
a ese ritmo de ola de la espalda, a la comba,
poderosa y dulcísima ternura de las ancas
inocentes y frescas, y ronda en la inviolable
y cerrada delicia de ese pubis de bronce
virginal y secreto y en su imposible afán.

Toda la estatua emana un fulgor sobrehumano,
como un halo de luz, destella una serena
plenitud de existir cantando en la armonía
radiante del jardín, un aura ingrátida
de criatura inmortal, mas de la tierra.

La mano aprende entonces el ritmo de la vida
en su más puro ápice de realidad colmada
latiendo en la encarnada majestad de estas formas
que un sol interior dora; temblando la retiro
y una humana tibieza me regala en la palma.

Y todo ya está a salvo: se ha cumplido el milagro.

Y absueltos de la culpa, del edén y su espada
—conciliada en sus límites con el mundo y sus dones—
esta forma nos salva del dolor y la náusea.



JUAN ZAFRA • *Volanda* (1987),
hierro batido y madera, 135 x 80 x 85 cm.

CÓRDOBA, PUERTA DEL TIEMPO

(Itinerario andante por la Ciudad Áurea)

Estas piedras conocen el ritmo de mis pasos,
el palpito secreto de mis días iguales
ha ya cuarenta años camino de las aulas,
viandante solitario de la ciudad vivida.

No obstante me acompañan muy egregias presencias
que, de mañana y tarde, me acogen familiares.
Por la mañana, Séneca me da los «buenos días»
desde su bronce indemne al edicto del sátrapa.

Ante la balaustrada, copia el estanque el oro
cansado de las piedras de la muralla, mientras
monta guardia Averroes desde su pétreo cátedra
del Arco de la Luna,
quizá temiendo alguna invasión almohade,
que a algunos nos expulse como a él y a Maimónides.

La puerta de Almodóvar me franquea a diario
su entrada a un reino al margen ya del tráfigo urbano:
Córdoba se remansa en su aljibe de siglos,
y lentamente es como adentrarse en el tiempo
de un ayer que al viandante va interpelando al paso.

Una bodega exhala un aroma profundo.
De la calle Judíos viene un rezo de salmos,
que me despierta bíblicos rumores en mi sangre
mientras Moisés Maimón el Peregrino extiende
su *Guía de perplejos* ante atentos turistas.

La calle Almanzor borra sus épicas fanfarrias
con la algazara urgente de grupos de estudiantes
camino de las clases, y allá al fondo vislúmbrase
la sombra americana del Inca Garcilaso
camino de su casa en la calle Deanes.

Ya en la plaza, Al Gafequi
repara con sus útiles mi visión neblinosa
para captar mejor tan añejas imágenes.

El antiguo Hospital me brinda su silencio,
sus largas galerías al siglo XVIII,
su jardín de palmeras y magnolio florido,
en donde los vencejos disfrutaban su recreo
en tanto me sumerjo en mis diarias labores
hasta que ya la luz se funde con las sombras.

Cuando en la Biblioteca ya se van apagando
las estudiosas lámparas, el rumor de la fuente
me da las «buenas noches», ya de vuelta a la casa,
mientras irrumpe un sacro concierto de campanas
en honor de estos nombres, que hace que estas callejas
cobren conciencia de estos inmortales vecinos
cuyo lúcido empeño en tiempos de tiniebla
anticipara el Siglo de las Luces, el reino
de la humana razón antes que la Sorbona,
cual faro que disipa las sombras de los tiempos,
desde París dictara su nueva luz a Europa.

(.../...)

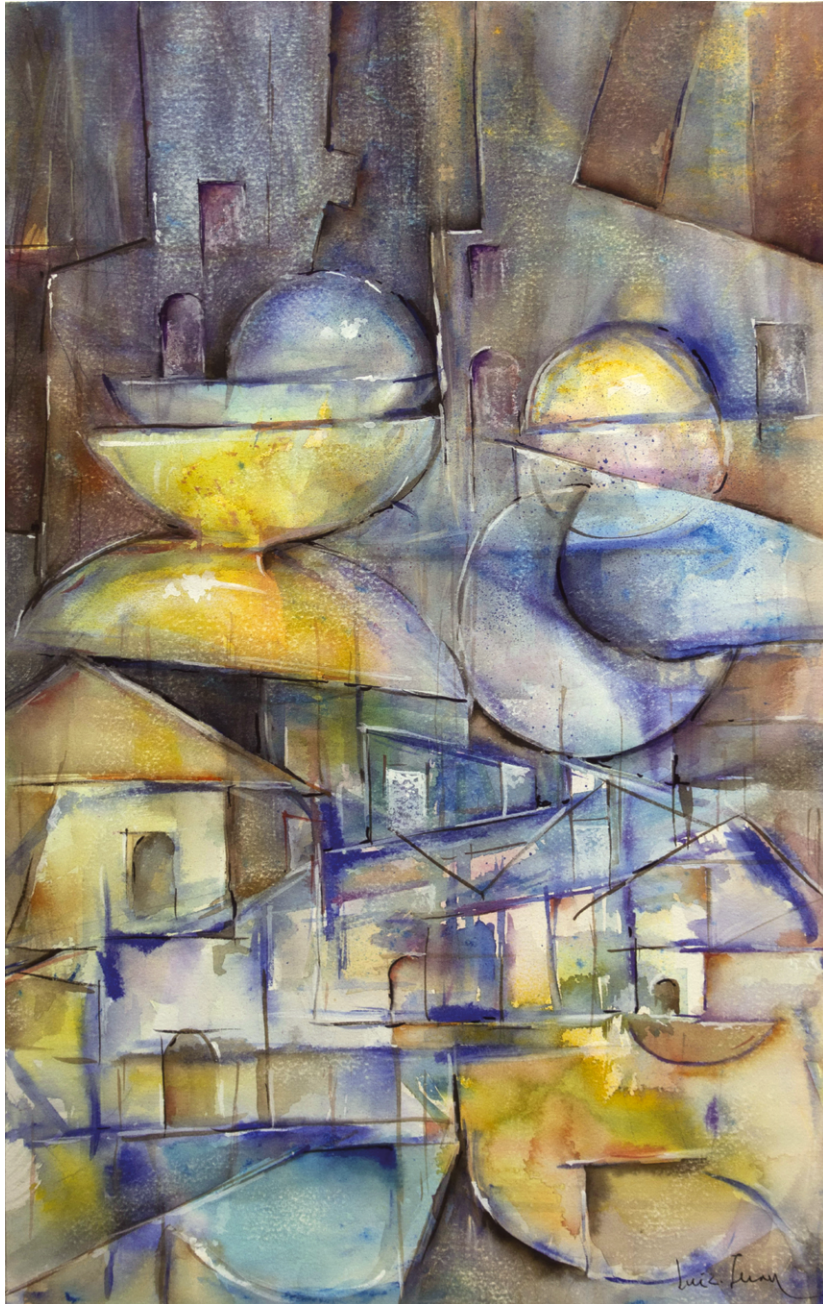


ANTONIO POLO • *El laberinto del poeta* (2025),
hierro, plasma y fragua, 40 x 40 x 18 cm.

Desde su torre el ángel dorado del ocaso
me despide lanzando el último reflejo
de un sol entre arreboles mientras de un tabernáculo
irrumpe la heridora queja, sangrando viva,
de un cante que desgarró la seda de la tarde.
Una sombra –¿es don Luis?– cruza una bocacalle.
¿Quién soy? ¿Quién pregunta por mí? ¿Sombra soy o persona?
Ilustre privilegio convivir a diario
con tan claros ingenios vecinos de este barrio,
que enaltecen un nombre ya dorado en la historia,
y a la vez nuestra casa durante tantas décadas,
dulce claustro académico, honda razón de ser.

Por iguales callejas lentamente regreso
al estrépito horrisono de la gran avenida
y al siglo XXI, dejando a mis espaldas,
o mejor, en mi pecho,
el familiar latido de unos siglos, si extintos,
casi alentando en sueños en el sueño de Córdoba.

Alma ciudad en la historia, que a diario me infundes
lo mejor de ti misma, tu lección de humanismo
y alta sabiduría, fuente diáfana y viva
que a luz nos das y luego con tu luz nos alumbras
y nutres hasta ser, ya al final, polvo tuyo.



JUAN LUIS TORRES • *Luna*,
acuarela / papel, 70 x 50 cm.

AMANECER EN EL GOLFO

Primero era un reposo más profundo si cabe
que el sueño de la noche. Inerte casi, el pecho,
como el aliento henchido de eternidad de un ángel.

Lenta una proa hendía la penumbra
de aquel mar aún muy denso. Somnolientas,
las aguas resbalaban untuosas
sobre sí mismas. Mansas,
 pausadas ondas grises,
mas ávidas de luz, iban alzando en vilo
penosamente al día
 con un fúlgido esfuerzo
de sus torsos de acero aún húmedos de sombra.

Goteaba un remo el mar como una esquirra trémula
de claridad, y el sol iba emergiendo
su pecho puro en ascuas, desnudo a ras del agua,
como un inmenso pájaro salvaje.

La mañana, sin ruido,
de par en par abría sus grandes alas blancas.



PEPE BARROSO • *Amanecer en el golfo*,
acuarela / papel, 21 x 39 cm.

LA ADELFA

A Miguel d'Ors, profético y certero

Como la adelfa, oh sí, como la adelfa
mecida frente al mar, sin vanos sueños
de eternidad,

tan sólo contemplando
el desierto del agua, la luz pura
bañada por el sol. Sobre la arena.
Dejándote mecer por el levante,
dejándote llevar,

sólo escuchando
la música del mar entre los pinos
rumorosos de azul,

tan sólo oyendo
el latido del mar como la vida,
la luz del existir, su privilegio,
sin preguntar por qué,
como la adelfa.

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA (Homenaje a Carlos Clementson)



RAFAEL CERDÁ • *La adelfa*,
técnica mixta y collage / cartón, 100 x 70 cm.

MAR DE LAS PALABRAS

Homme libre, toujours tu chériras la mer.
Ch. Baudelaire

El sabor de tu infancia era un aire salino,
un embreado aroma de puertos y escolleras
salpicando las sienas en glaucas claridades
—lentas olas rientes—, al despuntar el alba,
y el sol, como un buen padre, saliendo a su trabajo.

Radiantes en la aurora, germinales —ungidas
por el claro milagro crismal de la mañana—
las palabras primeras, contra el azul, ardían
inaugurando el mundo, fundando la pureza
en la ebriedad terrestre de una inconsciente entrega
al seno del espacio y al presente en los brazos,
turgente como un torso de mármol, solidaria
libertad y armonía dichosa del ser entre las aguas.

Sonrisa innumerable, bruñida la mejilla
por la sal del estío, marchando de puntillas
para no despertarte, por la ventana abierta
la mar se entraba en casa como una joven madre
jubilar, azulando la cal de las paredes
y el fondo de tus ojos, resurrecta del fosco
tálamo de la noche, sin sombra de memorias
ni vestigios de ayer,
como recién nacida después de darse un baño.

Y prendida en su pecho, húmeda del rocío
submarino, la rosa múltiple
de los vientos
—oh mástiles sonoros—
aromaba el deseo de volar a su encuentro
con los aéreos pétalos de su alígera estirpe:
musicales alisios,
maestral, terral, leveche... y sus silbantes sílabas
y rachas de levante rizaban tus cabellos
salados, arriaban las jarcias y aparejos,
y henchían el velamen de tu ingenua quimera

descalza entre las rocas, de alto afán de aventura
y libertad sin culpa —jardín de las hespérides—
en pos de los abiertos horizontes del mundo.

Con un temblor de asombro alzaban tus pupilas
el frontispicio límpido y azul de la mañana.
El mar era tu casa. Tú hacías el mundo, oh rey
de un palacio solar. Aún no era el invierno.

Mas fue corto el verano. Breve tu gloria y pronto
nos hurtaron el mar. Clausuraron los altos
pórticos de la dicha. Apagaron de un sople
el fulgor jaspeante del mármol meridiano,
tallado por la espuma como los labios besan;
derribarón los ídolos —gloriosa greda—, oh templo
vivo de la armonía;
nuestras huellas borraron, de luz, sobre la arena.

(El carro de los años nos arrastró muy lejos.
De aquel claro fervor, la sed tan sólo queda).

Y sin embargo esperas.

Atracado en la dársena
de aguas muertas y aceite en que, lento, se pudre
tu solitario esquife, en silencio recuerdas,
aguardas desde entonces, esperas los navíos
del ayer,

altas proas en la aurora,
estelas, mares,
espumantes amuras, grímpolas de alegría,
oh luz, oh luz de entonces,
primavera del mundo,
altar de juventud:
el himno de los vientos sagrados que regresan.



JUAN JOSÉ GÓMEZ DE LA TORRE • *Árbol seco*,
óleo / tela, 54 x 41 cm.

Y sin embargo esperas...

De tus vencidos días
fondeado en la sombra, tu luz no te abandona;
inverniza, se filtra, quizá aterida y pálida,
por las rendijas frías del corazón, oh exangüe
esponja del hastío,
mais, o mon coeur, entends le chant des matelots!

Oh, sí, extranjero, escucha, escucha las canciones
que desde lejos llegan e, ilesas, te devuelven
tus antiguas palabras en qué fundar el mundo
y conjurar del tiempo los torpes maleficios,
la tiranía insensible de tu deber decrepito
de oscuro ciudadano
entre oscuros fermentos de realidad mentida
y turbias servidumbres:

No olvides las palabras...
No olvides las palabras con que nombraste un día
tu júbilo indomable,
tu confianza en el mar, tu vocación sonora
de alegría entre los muelles, avizorando alcores
de juventud y palmeras, fustes de fuego, oh cúpulas
azules de Levante.

No olvides las palabras,
pues ellas son tu casa y te abrirán, de nuevo,
el reino de las aguas, tu antigua patria en vilo
de las espumas ebrias de libertad y deseo:
el día de la pureza.

Por eso, desde entonces, aún cuando tu destierro
se acrezca con los años, y espese de cansancio
la órbita en que se agota tu inmóvil singladura
entre los malecones que asedian tu memoria,
allá donde el mar bañe –leal– unas orillas
y el sol bautice un mundo, allá estará tu reino:
la casa de tus padres.

Vivir no es necesario.

Navegar; sí. El poeta
ya cantó.

Caminos sobre la mar y el sueño.

Pues aún en tu pobreza te quedan las palabras,
y aún sus claras espumas te iluminan los labios.

GLOSA FINAL PARA ANTONIO MACHADO ANTE EL MAR DE COLLIOURE

Ante esta última orilla todo se ha consumado,
mas todo es cual si fuera a comenzar de nuevo.

Mi infancia... estos recuerdos de un patio de Sevilla
y el huerto claro bajo el sol... y esa fuente
bajo este azul tan limpio de mis años de niño,
qué extraño es que ahora vuelvan, ya al final del camino,
a brillar otra vez como en aquellos días,
más allá de la guerra y el dolor y el destierro,
tras de Soria y Baeza y Segovia y mi vida,
ahora que estoy más solo
y más pobre que nunca, aquí al borde del agua
de este mar que me acuna como el mar de los sueños,
como antaño esa fuente, de este mar que me espera
y a renacer comienza en la luz de la tarde...
¿o es la aurora, o la muerte?

–¡qué tranquilo está todo!–,
solo ya ante esta orilla bajo el sol del ocaso
y a la luz imposible
de estos días azules y este sol de la infancia.



JESÚS IÑEZ • *Poema eterno* (homenaje a Antonio Machado),
óleo, materia y elem. de desecho / DM, 60 x 60 cm.

DON DE LA LUZ

(Con palabras de Don Francisco de Quevedo)

Aquí dejo tu voz sobre la página
con su claro rumor de espuma fresca.
Dejo también la línea de tu frente
y su curva serena y tus dos pómulos,
esos frutos que enciende tu sonrisa
como la luz del día, y esos ojos
que hacen más claro el mundo, y contra los que
nada podrá el imperio del tiempo y su costumbre.

Siguen siendo los mismos que hace años
una vez me nacieron, ese instante
en que a su luz todo cobró sentido
y empezara la vida a ser la vida.
Aquí os dejo su luz, su quemadura
la dejo ardiendo aquí sobre la página,
y escrito su fulgor desde aquel día
en que nací a su albor, y supe entonces
que a pesar de la ruina y el olvido,
de la hora postrera negra y fría,
viviría aún su luz entre las sombras;
y a pesar de la insidia de los años,
por la pura razón de un solo verso,
allá en la otra ribera sin retorno
triunfará del olvido tu hermosura.



MANUEL ÁNGEL JIMÉNEZ ARÉVALO • *Retrato de Carlos Clementson,*
fotografía analógica

NADA

Nada.
Ni los fatales ritos de la sombra
ni el agua del olvido
podrán nada
 contra esta luz.

Y la eterna memoria de esta hermosa mañana,
su color y su gloria,
y el recuerdo dorado
de este ramo de simples
margaritas de mayo
que en la abierta ventana
esplenden contra el mar,

y su frágil perfume,

a pesar del invierno y el frío de los siglos
prevalecerán
sobre las taciturnas flores
del Orco
 sin aroma.



PACO SANGUINO • *Nada*,
óleo / tela, 40 x 40 cm.

LA ADELFA BLANCA

Cerca del camposanto, tu alegría,
tu noticia lustral año tras año
abriéndole las puertas al verano;
tu nivea flor jovial bajo los rayos
fulgurantes de junio, y aún más blanca
a la luz de la luna y sus conjuros;
casi auroral, radiante, recortándote
sobre la blanca tapia de la noche
que la luna bautiza con su música
infinita y callada, mientras vela
el sueño de los muertos y esa vida
que también late en ti, en el camposanto
próximo a la ciudad; donde tú, adelfa,
no cesas de ofrendar cara al verano
en tu rito anual tu don gozoso,
tu blanca flor total como homenaje
a la vida, a la muerte, a la perpetua
rueda del existir y su misterio.

Tú y yo –¿lo sabes?– somos inmortales.



SANTIAGO CASTILLO • *Reflejos de las adelfas del Guadaira* (d'après Carlos Clementson), 2024, acrílico / papel, 60 x 20 cm.

HORTUS CONCLUSUS

(Patio de la Facultad de Letras. Antiguo Hospital del Cardenal Salazar)

*A Alberto García Ulecia,
compañero de aquellos claustros
hace ya más de medio siglo. In memoriam.*

El patio barroco eleva
su cúpula azul de cielo
mientras la tarde se ahonda
de soledades y ensueños.
Finas palmeras cimbrean
la ingravidez de tal techo,
y su azul aún más se adensa
con tres palomas en vuelo
que al aire baten sus alas
suspendidas en el tiempo.

Alza un magnolio embriagado
blancos griales abiertos:
pomos de luz que derraman,
crepuscular, su beleño
paradisíaco; aromático
carnal candelabro inmenso.

Bajo la luz de la tarde
se va extinguiendo el deseo
en esta paz que te acuna
cual maternal claustro isleño;
y el mar del vivir se aduerme
contra su costa en silencio.

La hora se cierra en sí misma
como una flor en su sueño;
una golondrina rasga
del azul el palio terso,
y el surtidor leve ensarta
la eternidad del momento.



CARMEN POLONIO • *Espacio interior* (Galerías del hospital del Cardenal Salazar, hoy facultad de Filosofía y Letras), 2025, óleo / lienzo, 55 x 46 cm.

COMO EL PEZ QUE DICHOSO

Como el pez que dichoso en su turbio elemento
ignora el alto orbe sereno de los pájaros,
y no puede siquiera asomar su cabeza
hacia otro azul más diáfano que su abismo de frío,
y, sin embargo, cree, blanda y oscuramente,
ser ése el reino único y abisal de la vida...

Como ignora el guijarro el estremecimiento
a lentos pasos verdes de la savia en la rama,
y el caracol, el vuelo cenital de las águilas,
la oscura larva, el claro navegar del albatros,
y el carbón en su mina la alta rosa del alba,

¿no podremos nosotros ignorar turbiamente
otros reinos más puros de existencia más plena
y un día ver abrirse con los ojos cerrados
otro mundo distinto sin materia ni peso,
sin vigilia ni sueño, ni dolor ni zozobra,
hecho de una luz alta y una ardiente belleza
que, cual fuego a la rosa le destila su aroma
sublimando la púrpura vegetal de sus pétalos,
a nosotros el alma nos decante hacia Dios?

(De *La selva oscura*, 2001)



DAVID SANCHO • *Homenaje a San Juan de la Cruz, padre de la mística española,*
acrílico / lienzo 3D, 90 x 90 cm.

A VECES CONTEMPLAR EL MAR...

A veces, contemplar el mar desde una roca desierta
envejece
como un antiguo tajo de desgracia
restallando en los ojos.

El mar no tiene tiempo
ni siquiera memoria
de sus primeras olas,
esa cintura de agua
como un globo de vidrio,
grávida y desolada,
rotando en los espacios
su augusta indiferencia,
ciegamente obstinada
en su centro de espumas,
polvoriento de ayer,
deshecho de naufragios.

Redondo y planetario,
idéntico a sí mismo,
hinchido de su propia
esencia innumerable,
el mar no tienen nombre
como el azul, o dios.

El mar se sueña a sí,
sueño de sal marina
incorruptible y cierto.
Solitario y sin tiempo,
su azul no tiene historia.
El mar se sabe siempre
bautismal niño amargo,
escapado a los dedos
genesíacos del Padre.
Seminales secretos
fecundan su sed viva,
su solitaria estancia.
Y en sí se satisface.

Tan sólo el mar es ciega
eternidad.

Presencia.
Su agua no cambia y dura;
resurge y permanece
como un ancho milenio
numeroso, y durando
se encuentra en sus orígenes
y tenaz se derrama,
fatal y primitivo,
en su futuro acorde
por su ancha piel de mar,
manando de su fuente
continua y sin memoria,
tornando a su energía
de insomne movimiento.

El mar conoce nombres,
fechas, navegaciones,
sabidurías antiguas,
azares y desgracias.
El tiempo de los hombres
resbala por su espalda.

Es el hombre quien pasa
y el mar tan sólo calla.

Apenas si recuerda
el rojo muro erguido, la sonrisa de Ulises,
corazas en la arena, las torres del orgullo,
tremolantes penachos
al viento de la historia,
las islas de la gracia:
dura el gesto del hombre
lo que surco de nave.

(.../...)

COLORES Y FORMAS PARA UN POETA (Homenaje a Carlos Clementson)



RAFAEL MARTORELL • *Ausencia, esencia, poeta* (2025),
escultura / objeto manipulado o transformado, 30 x 26,5 x 11 cm.

Mientras el tiempo labra con afán de naufragio
sobre desiertas playas y arrasados dominios
su anónimo epitafio.

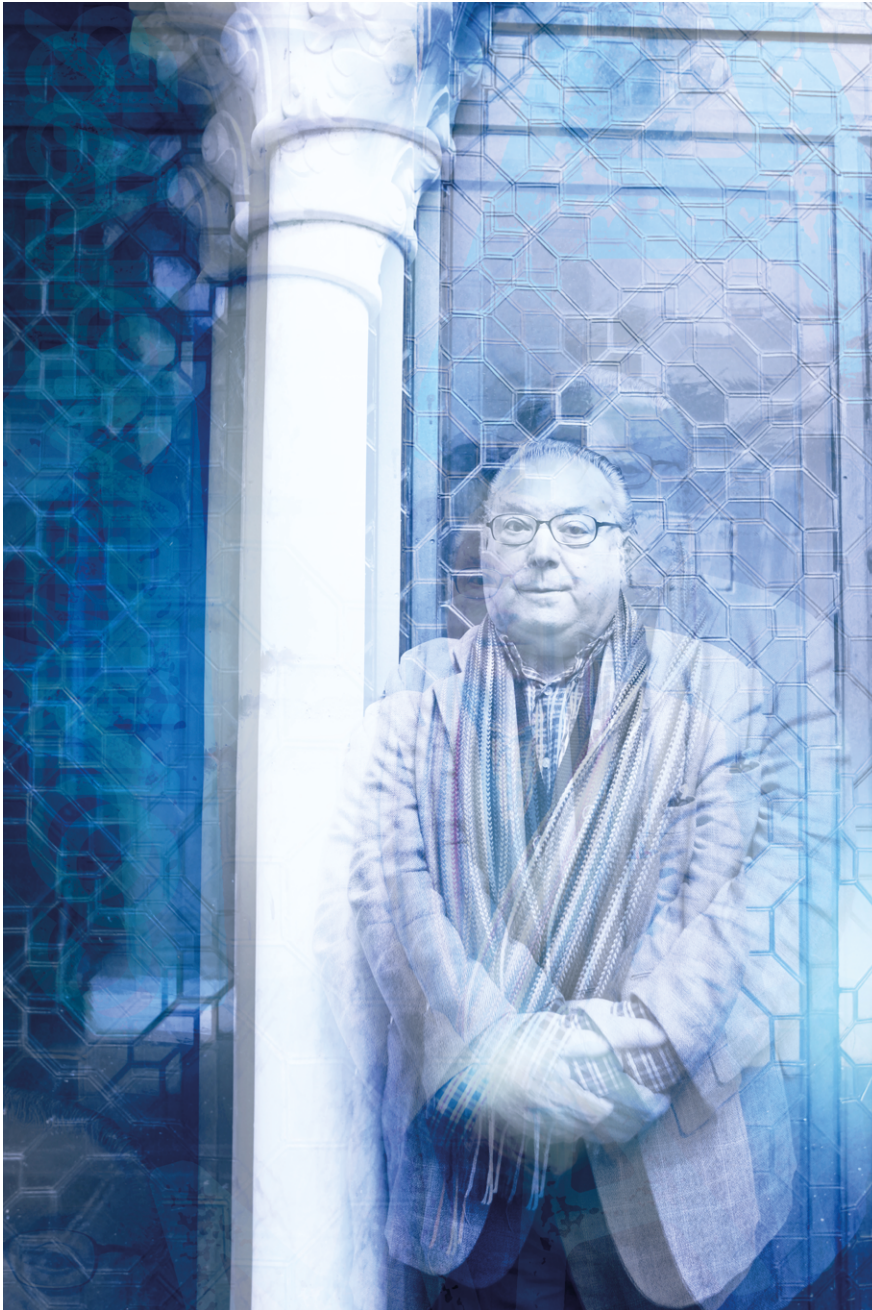
Y así rompe la luz espejos. Sobre el agua
impávida y fatal se desvanecen
las precarias y rígidas formas de la memoria,
nuestro ayer en sus brazos y la inestable espuma
de nuestro hoy en las olas,
truncas arboladuras, desmantelados sueños
o fantasmas de boria, embarrancados
en las últimas playas
y los acantilados sin nadie de un exilio
sin tiempo y sin retorno.

Y cuando nuestros nombres, escritos en la incierta
materia de las ondas por el dedo de un niño,
no sean ya tan siquiera
ni un eco en el olvido,
cuando borrada sea
la huella de unos labios que no besamos nunca

de tanto amor, la fiesta de los cuerpos
o el resol deslumbrado del mar en los estíos,
en la postrera orilla sin nadie de los años,
tal resto de un naufragio el túmulo de un sueño,
junto a un montón de escombros o un rumor de oxidadas
palabras sin sentido que arrojó la marea,
tan sólo un descompuesto
aroma de violetas marinas, o una trenza
de enarenadas algas y conchas trituradas
confirmarán la ausencia.

Por eso contemplar
el mar desde una roca desierta, al caer la tarde,
a veces envejece
ola tras ola, así pasan los años,
en tanto el agua canta
casi como una mueca,
su fatal y divina, terca, inhumana y sola,
polvorienta sonrisa de espuma indiferente.

Águilas, otoño de 1971



FRANCISCO SÁNCHEZ MORENO • *Azul* (2015, con tratamiento digital de 2025),
fotografía a color, 70 x 47 cm.

ESTATUA YACENTE

La vida es como un río, como un torso yacente
de agua clara cantando; sereno mármol, linfa
tranquila y sonriente que en sí misma reposa
colmada de sí misma y en sí misma transcurre,
y el tiempo no la roza y, fugaz, permanece.

Belleza de las formas primordiales, ingenuas,
radiantes en el alba, antes de la caída,
pues su pureza anula todo germen de culpa
y sus lustrales linfas un bautismo prometen
si es que fuimos convictos por un turbio designio.

Todo aquí ya está dicho y sobran las palabras.
Angustia alguna turba tan diáfana evidencia.
Su claridad disipa las máculas del tiempo,
su voluntad suspende sistemas y teorías,
tal realidad revoca opacas conjeturas
sobre el ser o la nada, esquivas metafísicas
ceñidas de tinieblas y culpables zozobras.

De cara a su belleza
aún no ha empezado el tiempo, y la crueldad aún no existe,
y el dolor ha depuesto su máscara sangrienta,
y aún somos inocentes y el edén es posible.

Todo aquí ya está dicho y sobran las palabras.
La vida es sólo un ritmo, como un aria gozosa
de plenitud, la misma sabiduría o trasunto
del pájaro en el alba, cuyo sentido es sólo
su fervor en el canto: conciencia armoniosa
del vivir solamente, sin hoscas teologías
ni turbadoras ansias, simplemente existiendo:
sonoro soplo efímero
convertido en su propia y ardiente melodía.

Tendido sobre el día, manso mármol fluyente,
mana el cuerpo sereno;
el fango de la historia por sus flancos resbala,
y en sus márgenes límpidas y sus claros meandros
—pura gracia— se expande
la ondulada cadencia de una vida más clara.



MARCO AUGUSTO DUEÑAS • *Contradiction* (2022),
bronce patinado, 80 x 30 x 20 cm., col. particular

RAZÓN DE ORFEO

I

FÁBULA

Una vez que crucemos las lóbregas riberas
¿seguiremos cantando?
¿Seguiremos poblando de nombres el silencio,
y el rumor de la luz, como el de un agua,
seguirá resonando entre los yertos
arrayanes sombríos
de las vastas llanuras sin aurora?

De Orfeo, la lira, a salvo,
pulsada por el viento,
aún fulgura en la noche de los astros.

II

SIGNO

A salvo ya de ménades,
preside las sublimes esferas, las edades;
conoce lo que ha sido, el hoy, el nebuloso
torso informe aún de sombra del mañana,
pura en su alta presencia luminosa
donde, intacta, en la noche perpetúa
el fulgor de su música.

III

LA VOZ PERPETUA

Mana manso el arroyo entre las sombras,
y si abreva la fiera en la corriente
–sacras luces del cielo entre las ondas–
aún se escucha su música en el agua.



GUILLERMO BERMUDO • Orfeo,
técnica mixta / tabla, 50 x 50 cm.

ORACIÓN FINAL DE UN ALMA EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XXI

Aunque tan de noche sea
en este tiempo sombrío,
creo, Señor; acrecienta
mi pobre fe; reaviva
mi esperanza; infúndeme
ascuas de tu caridad
que me inflamen toda entera
—pura rosa de pasión—
en tu llama de amor viva,
suprema sabiduría
que toda ciencia trasciende,
más allá de todo afán,
y sobrepasa, infinita,
todo humano pensamiento;
no me dejes de tu mano;
acompañame el camino,
y perdóname, Señor,
olvida todas mis culpas,
mis caídas, mis traiciones,
hazme vivir en tu amor
y morir entre tus brazos
para amanecer contigo,
despierto ya de este sueño,
eternamente ya a salvo,
y una vez roto el espejo,
cara a cara con mi Dios.



FRANCISCO ALARCÓN • Ángel de eternidad,
óleo y pastel / tabla, 84 x 50 cm.

PLAZA DE LAS TENDILLAS

(Centro urbano de la Córdoba de hoy)

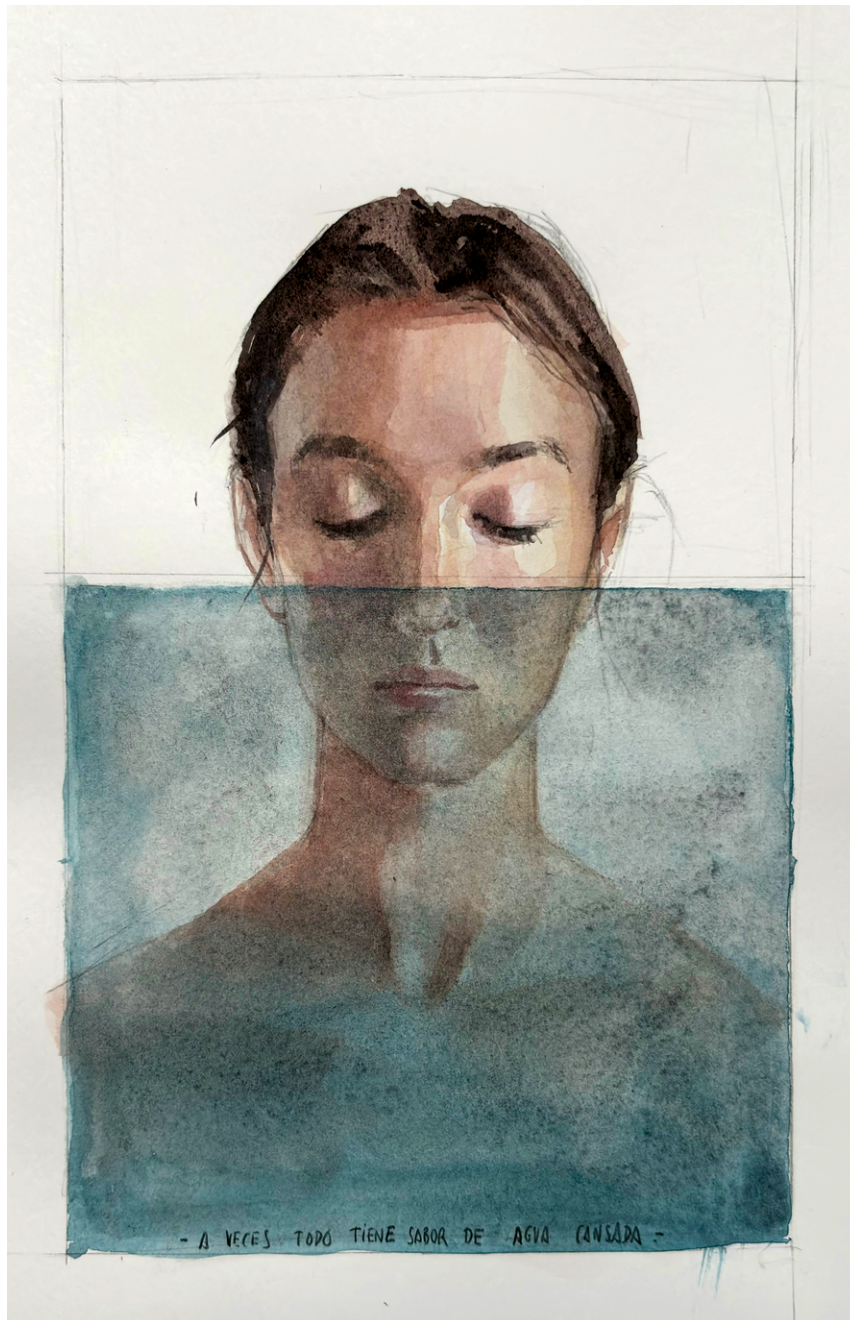
Mi moderna ciudad, *art deco* y neomudéjar,
donde anduvo mi infancia de cuadernos y lápices,
camino del colegio junto a la Compañía:
equilibrio en volúmenes de asentada firmeza,
mi Plaza medular; siempre fiel a mis ojos
durante veinte años, eje de historia y vida,
pura lección de Roma, resuelta en geometría
y sereno equilibrio de fervor y de norma,
hoy vuelvo a contemplarte, desde un ayer sin tiempo,
cuando ya siete décadas han nutrido mis años.

Veinte siglos después —ágora, almendra, foro—
me acoges en tus brazos, deambulo aún por tu plaza,
donde trota un corcel de armoniosa apostura,
saltando sobre el tiempo, que, si borra a los hombres,
a ti, indemne te instaura en tu canon perenne:

Aquí asentara Roma su primer campamento
para empezar tú a ser su Colonia Patricia;
dos mil años después, te saludo, filial
descendiente de quienes te fueran levantando
y doraron tu nombre contra el moho de los siglos;
y siento al recorrrerte que prosigo una historia
(una gota en el río infinito del tiempo)
y formo parte ya de un latir sucesivo.



JAVIER BASSECOURT • *Plaza de las Tendillas*, 12 h., noviembre,
óleo / lienzo, 40 x 62 cm.



CARMEN CHOFRE • *A veces, todo tiene sabor de agua cansada...*
acuarela y grafito / papel, 30 x 21 cm.

ÚLTIMAS VOLUNTADES

A quien quiera escucharme en las sublimes
esferas impasibles,

como último deseo

tan sólo ruego

continuar escuchando allá, desde el silencio
mineral de los muertos,

este rumor salobre del viento

entre las cañas,

el resonar del mar en la escollera

cercana a casa, los días de levante,

la música del sol,

quizá también el don

de unas gotas de espuma entre los labios

por no olvidar del todo

el sabor del verano y la alegría

que fuera nuestra un tiempo,

y finalmente,

como un vaso de luz para el camino,

la memoria de un cielo

en donde vibre

la esquila del estío al caer la tarde.

Dentro será el silencio,

el oscuro silencio de la profunda noche.

Y una cigarra de oro me cantará en el pecho.



RAFAEL LÓPEZ • *A veces, todo tiene sabor de agua cansada* (2025),
técnica mixta / tela, 97 x 70 cm.

RECOMENDACIONES PARA EMPRENDER UN VIAJE



Foto: M. Clementson

Amigos, cuando muera y este viento salobre que iluminó mis días deje de sostenerme entre sus altos hombros, cuando esta luz perpetua deje, pues, de soñarme, y se haga ya forzoso regresar a la informe oscuridad sin tiempo ni retorno posible; amigos, cuando un día este cuerpo sin nadie sea ya tan sólo un cuévano hueco de tantos dones, haya olvidado entonces el gusto de la vida, la roja pulpa fresca del existir, su aroma, y se haga pertinente disponer los rescoldos del fuego que animara esta forma gozosa, carnal y pensativa, forjada por la luz, llegado ese momento, no encerréis mis cenizas en luctuosa urna o mármol funerario que me aislen de abril.

Como otras tantas veces, subid conmigo a bordo de alguna de estas barcas de cuadrenas antiguas y amuras venerables, de esas barcas sin dueño, varadas en la arena, que nos vieron crecer y amarnos a su sombra, arriad la vela, y luego de haber bogado un tiempo si es que está el viento en calma, sin llanto ni aflicción pues al origen vuelvo, aventad mis cenizas sobre este agua materna, sobre este mar tan nuestro que me enseñara un día, la razón de la vida y el diáfano sentido del existir sin culpa; bajo esta luz perpetua, total, violenta y única que aplacó mis temores y alimentó mis ansias, sobre este mar eterno de todos los veranos donde, disuelto en brazos de espuma apasionada, seguiré acariciando la piel de las muchachas.

ARTISTAS PARTICIPANTES

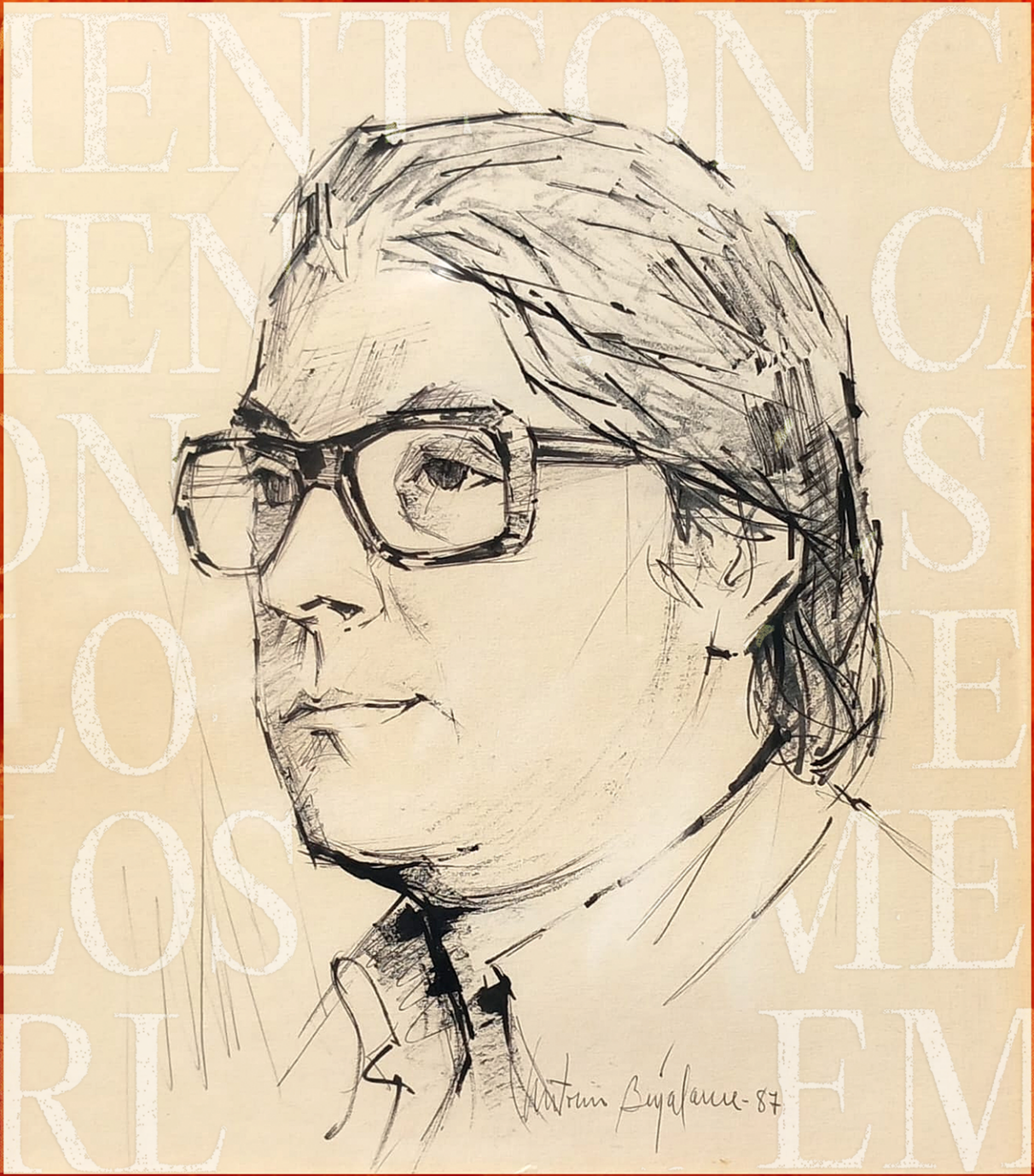
GUSTAVO GILLMAN
JOSÉ GARNELO Y ALDA
RAFAEL BOTÍ
PEDRO BUENO
ÁNGEL LÓPEZ-OBREIRO
MIGUEL DEL MORAL
MARIO LÓPEZ
ANTONIO POVEDANO
GINÉS LIÉBANA
JUAN POLO
JUAN VACAS
AURELIO TENO
LOLA VALERA
DIMITRI PAPAGUEORGUIU
JOSÉ DUARTE
MARÍA BELÉN MORALES
JOSÉ JIMÉNEZ POYATO
JULIO SILVA
TOMÁS EGEA
EDUARDO CORONA
ANTONIO BUJALANCE
MANUEL VELA
JUAN CANTABRANA
RAFAEL RODRÍGUEZ PORTERO
JUAN HIDALGO DEL MORAL
MONTSERRAT DEL VALLE

EMILIO SERRANO
MARÍA TERESA GARCÍA LÓPEZ
ÁNGEL SARDINA
JOAQUÍN GONZÁLEZ, «QUINO»
JOSÉ MÁRQUEZ
JULIA HIDALGO
JUAN ZAFRA
ANTONIO POLO
LUIS JUAN TORRES
PEPE BARROSO
RAFAEL CERDÁ
JUAN JOSÉ GÓMEZ DE LA TORRE
JESÚS IAÑEZ
MANUEL ÁNGEL JIMÉNEZ ARÉVALO
PACO SANGUINO
SANTIAGO CASTILLO
CARMEN POLONIO
RAFAEL MARTORELL
DAVID SANCHO
FRANCISCO SÁNCHEZ MORENO
MARCO AUGUSTO DUEÑAS
GUILLERMO BERMUDO
FRANCISCO ALARCÓN
JAVIER BASSECOURT
CARMEN CHOFRE
RAFA LÓPEZ

ÍNDICE

CLEMENTSON Y EL ARTE., Bernd Dietz	7
COLORES Y FORMAS PARA UN POETA. Homenaje a Carlos Clementson, Miguel Clementson Lope	9
MIS AMIGOS, PINTORES Y ESCULTORES, Carlos Clementson	31
EL POETA CARLOS CLEMENTSON EN LAS ISLAS DEL EGEO, Carmelo Casaño	36
HOMENAJE DE LOS ARTISTAS A CARLOS CLEMENTSON. “CORRESPONDENCIAS” ENTRE EL POETA Y LOS ARTISTAS	
Turrís Ebúrnea / Gustavo Gillman Bovet	40
Lección de historia / José Garnelo y Alda	42
El pintor de los patios / Rafael Botí	44
Paraíso interior de Pedro Bueno	46
Consolación de la belleza / Ángel López-Obrero	50
Versos para una exposición de dibujos de M. Del Moral	54
Itinerario andaluz de Mario López	56
Envío para Antonio Povedano	58
Los ángeles activos / Ginés Liébana	60
La luz del silencio / Juan Vacas	62
Oteadora de vientos / Aurelio Teno	64
Lola Valera	66
Nocturno / Dimitri Papagueorgui	68
Niña del suburbio / José Duarte	70
Gloria y loor del acrecentamiento / M. ^a Belén Morales	72
Partida de nacimiento / José Jiménez Poyato	74
Recuerdo de Julio Silva, con fondo de música de tango	76
Peleas de gallos / Tomás Egea	78
A la imagen del Cristo de la Piedad / Eduardo Corona	80
Paseo de la ribera / Antonio Bujalance	82
El hacedor / Manuel Vela	84

Un poema de Ronsard para las rosas de Juan Cantabrana	86
El imperio de la virtud / Rafael Rodríguez Portero / Amadeo Ruiz Olmos	88
Ante un retrato pintado por un amigo / Juan Hidalgo del Moral	92
Noticias de unas flores / Montserrat del Valle	94
Nuestro pequeño reino / Emilio Serrano	96
La Austriada (fragmento) / María Teresa García López	98
Iluminación en enero / Ángel Sardina	100
Poesía / Joaquín González «Quino»	102
Por el silencio de la noche oscura / José Márquez	104
Color de Julia Hidalgo	106
Salvación de la belleza, / Juan Zafra	108
Córdoba, puerta del tiempo / Antonio Polo / Juan Luis Torres	110
Amanecer en el golfo / Pepe Barroso	114
La adelfa / Rafael Cerdá	116
Mar de las palabras / Juanjo Gómez de la Torre / Jesús Jañez	118
Don de la luz / Manuel Ángel Jiménez Arévalo	122
Nada / Paco Sanguino	124
La adelfa blanca / Santiago Castillo	126
Hortus Conclusus / Carmen Polonio	128
Como el pez que dichoso / David Sancho	130
A veces contemplar el mar... / Rafael Martorell / Francisco Sánchez Moreno	132
Estatua yacente / Marco Augusto Dueñas	136
Razón de Orfeo / Guillermo Bermudo	138
Oración final de un alma en los umbrales del siglo XXI / Francisco Alarcón	140
Plaza de las Tendillas / Javier Bassecourt	142
A veces, todo tiene sabor de agua cansada / Carmen Chofre	144
Últimas voluntades / Rafael López	146
Recomendaciones para emprender un viaje, Carlos Clementson	148
Artistas participantes	149



Antonio Bayaluce - 87



UNIVERSIDAD
DE
CÓRDOBA



Junta de Andalucía
Consejería de Cultura y Deporte



50 años 1976-2026
UCOPress
Editorial Universidad de Córdoba



UCOCultura